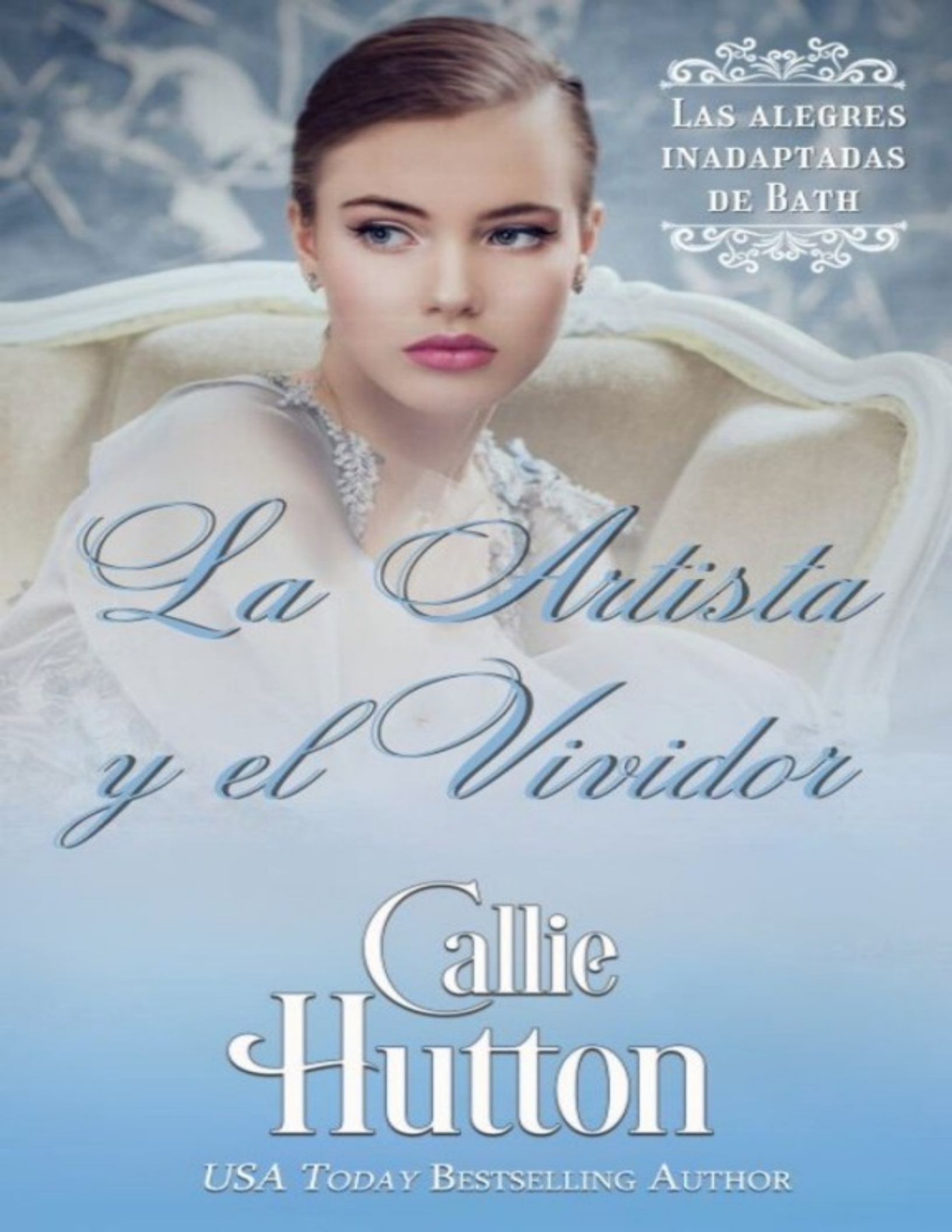

Las alegres inadaptadas de Bath
La Artista y el Vividor
Callie Hutton
USA Today Bestselling Author

La artista y el vividor

Callie Hutton

Contenido

Página del título
Sobre el libro
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Sobre la autora
Derechos de autor

Sobre el libro

¿Podrá amar a pesar de haber sido mancillada?

Hace años que la vida no está siendo nada fácil para la talentosa artista Lizbeth Davenport. Toda su familia falleció por culpa de la gripe, y ella se quedó completamente sola en el mundo. Después, fue injustamente despedida de su trabajo, que era su único sustento, y acabó siendo secuestrada y vendida a un burdel. Cuando es liberada tiene la oportunidad de continuar con su vida, aunque acumula mucha rabia. Nadie ha pagado ante la ley por haberla secuestrado.

A pesar de que su familia lo presiona para que se case, Marcus Mallory no tiene ningún interés en restringir su libertad por culpa de su estado civil. Disfruta de la compañía de algunas damas, y le gusta su vida tal como es. Como está intentando que se apruebe su Proyecto de Ley sobre la Esclavitud Sexual en la Cámara de los Comunes, le piden que ayude a rescatar a Lizbeth de un burdel. Aparte de la atracción que siente hacia ella, también considera que debe hacerse responsable de su bienestar.

Cuando descubre el plan de Lizbeth para acabar con las personas que dirigen la red de esclavitud sexual insiste en cooperar con ella, pero ¿será su creciente atracción por Lizbeth alguna vez correspondida a pesar de que no soporta que ningún hombre la toque?

* * *

¡Recibe un libro gratis y mantente al día con los nuevos lanzamientos y ventas!
http://calliehutton.com/newsletter/

Prólogo

Condado de Somerset, Inglaterra

Una bandada de pájaros pasó volando por encima de un pequeño grupo de gente, llamándose unos a otros mientras subían y bajaban a través del cielo gris. Debajo de ellos, Lizbeth Davenport se detuvo frente al enorme agujero que habían hecho en el suelo y se estremeció al oír el sonido de la tierra cayendo por encima del ataúd de su madre. El cielo nublado y el viento frío, muy apropiados para la ocasión, hicieron que se ciñera el abrigo a su cuerpo.

Miraba fijamente la flor amarilla brillante que había dejado caer sobre el ataúd justo antes de que le cayeran los primeros terrones de tierra. En cuestión de segundos, la flor estaba cubierta, ya no era visible, había desaparecido. Igual que la vida de Lizbeth.

Dio un paso atrás.

Su madre fue la última persona de su familia en ser enterrada. Apenas tres semanas antes, la vida de Lizbeth era perfectamente normal. Sus dos hermanos, Jacob y Eli, y ella vivían con sus padres en una pequeña casa en Somerset. Su padre era abogado, y se podía permitir ofrecer una vida cómoda a su familia.

A Eli y Jacob les iba bien en la escuela, y Lizbeth trabajaba diligentemente en sus pinturas, pues estaba preparando su primera exposición en una galería de arte recién inaugurada en la ciudad. Pero un martes por la noche su padre regresó a casa después del trabajo sintiéndose mal, y a los pocos días falleció. En poco tiempo, la gripe se lo llevó a él y a sus dos hermanos. Su madre había logrado aguantar hasta el día anterior, pero al final también había sucumbido a la enfermedad.

Pero milagrosamente, decían -aunque Lizbeth no estaba tan segura-, ella nunca enfermó y pudo cuidarlos a todos hasta que su madre dio el último aliento. Finalmente se había quedado sola en el

mundo, sin más parientes que unos que se habían marchado a América, pero que nunca había conocido.

—Cariño, si estás considerando vender la casa de tu padre, sé de una familia que está deseando comprarla.

Lizbeth se volvió hacia el joven pastor, horrorizada de que fuera tan insensible pocos minutos después de que el servicio hubiera concluido.

—Todavía no lo he decidido —murmuró y se dio la vuelta para alejarse de la tumba.

Hasta ahí había llegado la bondad y el cariño del clérigo. ¿Vender la casa? ¿A dónde podría ir? Lo cierto es que al haberse quedado completamente sola en el mundo, no tenía ni idea de cómo seguir con su vida. No sabía qué podía hacer, a dónde ir o, incluso, cómo mantenerse económicamente. Aunque su padre se ganaba bien la vida, su madre le dijo casi al final que no tenía muchos ahorros. Ni siquiera contaba con una dote respetable para poder casarse.

A los veinte años, ya tendría que haber estado casada y haber formado una familia propia, pero por culpa de su interés por la pintura, había asistido a muy pocos eventos sociales de la ciudad. En consecuencia, aunque había tenido algunos pretendientes a lo largo de los años, ninguno de ellos la había atraído lo suficiente como para dejar de lado su afición al arte, y asumir el papel de esposa y madre.

No es que nunca hubiera pensado en casarse. Pero no había encontrado el momento oportuno, por lo que ahora estaba reconsiderando su decisión, preguntándose si había sido una tonta por seguir estando soltera. Si hubiera tenido un marido, ahora no estaría tan sola y preocupada por no saber cómo se iba a mantener.

Varios de sus amigos habían asistido al funeral, pero algunos también tenían a familiares enfermos, ya que la epidemia se había extendido por todo el pueblo. Le ofrecieron abrazos rápidos y después se alejaron apresuradamente, con miedo de que el próximo funeral fuera para alguno de los suyos.

Después del corto trayecto en carruaje hasta su casa, subió lentamente los pocos escalones que daban a la puerta de entrada. Cuando entró, se sacó el gorro, el abrigo y los guantes, y los lanzó sobre el sofá. Cansada, se desplomó en la mecedora frente a la

ventana del salón, el lugar favorito de su madre, y se balanceó adelante y atrás con el cuerpo y la mente adormecidos.

A la mañana siguiente, se sentó en el mismo lugar después de no haber podido dormir más que una o dos horas. Al cabo de un rato se levantó y deambuló por la casa arrastrando las yemas de los dedos sobre los muebles, mientras observaba las motas de polvo que bailaban en los rayos de luz que entraban por las ventanas. Se agachó para recoger uno de los soldaditos de juguete de Eli y lo colocó junto a la pipa de su padre, ahora completamente fría.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Era lo único que su cuerpo podía producir después de varios días y noches llorando.

Después de secarse la cara se acercó al escritorio de su padre. Sacó el descolorido y desgastado mapa de Inglaterra que guardaba en uno de los cajones. Lo extendió y lo observó. Se tapó los ojos con una mano y movió el dedo índice haciendo círculos hasta que lo posó en el mapa y abrió los ojos.

Bath.

Allí era donde ella iría. No tenía otra opción, los recuerdos de ese lugar la iban a matar. Además había una familia, como le dijo el pastor Nelson, muy interesada en la casa.

Para ella había demasiado silencio.

Demasiada oscuridad.

Ya no era su casa.

Capítulo 1

Bath, Inglaterra
Mayo de 1887, cuatro años después

—Puedo asegurarle, señor, que no tengo ni idea de cómo terminó ese broche en mi retícula. La verdad es que yo no lo puse ahí. Nunca he robado nada en mi vida.
Lizbeth frunció el ceño al ver la costosa pieza de joyería diseñada para un sombrero de un pedido especial.

En los tres años que llevaba trabajado en la fábrica de sombreros, siempre había sido una gran trabajadora y cada año la habían recompensado con aumentos de sueldo. Era una de las pocas que lo conseguía. ¡Pero ahora la estaban acusando de haber robado un broche!

—Bueno, señorita, está claro como el día que pensaba llevarse este broche a su casa.

El guardia que las registraba en la puerta de salida todas las noches movió la joya frente a su cara mirándola fijamente.

Lizbeth sentía bastante miedo. Seguramente, pronto se darían cuenta de que era una equivocación. Como estaba sola, este trabajo era su único sustento.

El primer año después de llegar a Bath, se las había arreglado para vivir del dinero que había obtenido de la venta de la casa y de los últimos honorarios como abogado de su padre. Cuidando hasta el último centavo, había conseguido dedicarse a tiempo completo a su pintura. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que, dada la importancia de la ciudad de Bath, era mucho más difícil que una artista desconocida consiguiera hacer una exposición que en su pequeña ciudad.

El alquiler se llevaba una buena parte de sus ahorros, además de que la comida era más cara y tenía que comprar sus materiales de

pintura. Cuando se le acabaron los fondos, a regañadientes tuvo que dejar su sueño a un lado y se puso trabajar en la fábrica de sombreros, siempre con la esperanza de que algún día no se iba a sentir tan agotada después de trabajar largas horas, y podría volver a su pasión.

Lizbeth, que tenía la boca seca por culpa de los nervios, intentó explicarse de nuevo.

—Le repito una vez más que mi retícula estaba en un estante junto a las de las demás señoras, por lo que cualquiera podría haber puesto la joya allí pensando que era suya.

El guardia se encogió de hombros.

—A mí eso no me interesa. El bolso es tuyo, así que tú eres la ladrona. —Señaló la silla que tenía frente a él—. Siéntate ahí.

Su estómago se retorció y se le aceleraron los latidos de su corazón. Si perdía ese trabajo, en poco tiempo se quedaría sin casa donde vivir. Había sido una tontería gastar todo el dinero extra de su salario de cada semana en comprar materiales para pintar. Aunque le vendrían bien por si terminaba pintando en la calle. O en una celda de la cárcel, pensó tragando saliva.

Lizbeth alzó la vista cuando el señor Longhorn, que llevaba gafas, apareció por el pasillo junto al guardia.

—¿Señorita Davenport?

Se puso de pie, asombrada de que sus piernas temblorosas la pudieran sostener.

—Sí.

—Venga conmigo, por favor.

El hombre se dio la vuelta y se puso a andar, sin siquiera mirar atrás para ver si ella lo seguía. Por supuesto que iba detrás. No tenía otra opción.

Una vez que llegaron a la oficina del gerente, hizo un gesto a una silla que tenía frente a su escritorio y él se acomodó en su sitio.

—Parece que nuestro guardia ha atrapado a una ladrona.

Su sonrisa era tan falsa como una joya de imitación.

—No es así. —Lizbeth se secó el sudor del labio superior—. Sé que el guardia encontró el broche en mi retícula, pero yo no lo puse ahí.

El señor Longhorn levantó las cejas.

—¿En serio? Supongo que fue caminando desde donde estaba guardado para un pedido especial y llegó directamente a tu retícula.

Lizbeth suspiró.

—Ya se lo expliqué al señor Fester en la puerta. Todas nuestras retículas se guardan en el mismo estante. Cualquiera podría haberlo puesto allí.

—¿Y con qué propósito? ¿Para que te despidan?

Su corazón dio un vuelco. Eso respondía a su pregunta sobre si conseguiría conservar su trabajo.

—No. Tal vez alguien lo iba robar y lo metió en mi bolso por error.

El señor Longhorn golpeó el escritorio con el lápiz y la miró por encima de las gafas

—Ya que puede que tengas razón, no llamaré a la policía. Sin embargo, estás despedida. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Puedes irte ahora mismo.

—¡Espere un minuto! —Dijo subiendo la voz muy desesperada—. Si quería robarlo, ¿por qué lo iba a meter en mi retícula sabiendo que la registran todas las noches cuando nos vamos?

—Eso no es asunto mío, señorita Davenport. La evidencia está ahí.

Señaló el broche maldito que se encontraba en el centro de su escritorio.

Sus hombros se desplomaron. Sin trabajo y sin referencias, ya que la estaban despidiendo por robar, tal vez hubiera sido mejor que el señor Longhorn la hubiera entregado a la policía. Al menos así podría tener un techo sobre su cabeza y algo de comida.

Cuando recobró su dignidad salió de la oficina, avanzó por el pasillo con las piernas temblorosas y pasó junto al guardia, el señor Fester, que le entregó la retícula y la despidió con un gesto de cabeza como si fuera una noche cualquiera, y no un completo desastre para ella.

Hacía frío y el cielo estaba gris cuando salió el edificio. Su ánimo estaba tan decaído como el clima. ¿Qué podía hacer? Hizo todo lo posible para evitar que se le cayeran las lágrimas, pero no lo

consiguió. Se secó las mejillas y respiró hondo. No había dado más que unos pocos pasos cuando una mujer mayor se acercó a ella.

—Muchacha, pareces muy angustiada. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

La mujer la miraba con compasión, lo cual era un error, ya que no pudo evitar derramar un torrente de lágrimas delante de ella.

—Me temo que no. Me acaban de despedir de mi trabajo.

La mujer respiró hondo.

—Oh, no. Qué terrible. Eso es algo horrible que puede suceder. Lo siento mucho, cariño. —Hizo una pausa de un minuto—. No quiero ser atrevida, pero ¿puedo ofrecerte una taza de té? Mi nombre es señora O'Leary. Tengo una residencia para mujeres jóvenes a pocas calles de aquí.

Dado que su cerebro se negaba a funcionar, y repetía continuamente la palabra "*despedida*" como si fuera una cadencia enfermiza, Lizbeth asintió aturdida y aceptó que la mujer la llevara a su casa.

—¿Cómo te llamas, cariño?

Lizbeth miró los ojos compasivos de la señora O'Leary.

—Soy la señorita Lizbeth Davenport.

La señora O'Leary asintió con la cabeza y no dejó de hablar mientras se abrían paso por las calles hacia una zona menos concurrida donde había una serie de edificios que parecían ser pensiones.

—Aquí estamos, cariño.

Subieron las escaleras y un hombre con pantalones oscuros, chaleco, chaqueta y corbata les abrió la puerta y les hizo una reverencia a las dos.

—Buenas tardes, señora O'Leary.

—Buenas tardes, señor Andrews. Ella es la señorita Davenport. Ha venido a tomar el té conmigo.

El señor Andrews hizo una reverencia y la señora O'Leary la llevó a la parte de atrás de la casa donde había una cocina muy grande y bien equipada.

—Siéntate ahí, cariño, y yo prepararé el té. Después tengo que preparar comida de la cena por si quieres comer algo.

Lizbeth negó con la cabeza. Si intentaba comer algo, tenía el estómago tan revuelto que posiblemente terminara devolviendo.

—No. Gracias, pero un taza té me sentará bien por ahora.

Una vez que la señora O'Leary llevó la tetera a la mesa y se sentaron una frente a la otra, le dio unas palmaditas en la mano.

—Cuéntame qué te pasó.

Lizbeth tomó un trago de té y colocó la taza en el platillo.

—En la fábrica a menudo se usan joyas, y otras baratijas, que algunas mujeres quieren poner en sus sombreros de encargo. Hoy, cuando me iba, le entregué mi retícula al portero como hacemos todas las noches para que la inspeccione, —tomó otro trago de té y continuó— y se encontró un broche caro que pertenecía a un encargo especial. —Antes de que la amable mujer pudiera pensar mal de ella, Lizbeth se apresuró en continuar con su relato—. Pero no fui yo. Se lo aseguro, señora O'Leary. Nunca he robado nada en mi vida.

—Estoy segura de que no lo hiciste tú, cariño. Sé identificar el carácter de la gente y pareces ser una joven digna de toda confianza. De lo contrario, no te habría invitado a mi casa.

—Gracias. —Las amables palabras de la mujer hicieron que los ojos de Lizbeth se llenaran de lágrimas—. Intenté explicar que cualquiera podría haber sacado ese broche y haberlo puesto en mi retícula. Incluso mencioné al gerente que si lo hubiera querido robar no lo habría puesto en la retícula sabiendo que me iban a registrar. Pero descartó que eso fuera relevante. Todo el asunto es bastante extraño.

—¿Tienes alguna familia que te cuide?

Lizbeth negó con la cabeza.

—No. Mis padres y mis dos hermanos murieron de gripe hace cuatro años. Me temo que estoy sola en el mundo.

Más lágrimas.

La señora O'Leary la observó durante un minuto.

—¡Oh, pobrecita! Sola en el mundo. ¿Tampoco tienes marido? ¿O un prometido?

Lizbeth negó con la cabeza.

—No. Soy artista, y cuando llegué a Bath, tenía la intención de dedicarme a mi pintura y tal vez hacer una exposición. Pero no pudo ser porque se me acabó el dinero, y tuve que ponerme a trabajar en la fábrica de sombreros.

Se sentía bien hablando con esa mujer. Al ser un poco tímida, Lizbeth no hacía amigas fácilmente, y las mujeres con las que trabajaba eran en su mayoría casadas, o se tenían que ocupar de niños huérfanos de padre por lo que no tenían tiempo para la amistad.

La señora O'Leary continuaba observándola.

—Tengo una habitación vacía en este momento. Encantada te dejo que las uses gratis hasta que encuentres otro trabajo.

Los ojos de Lizbeth se abrieron de par en par mientras se secaba las mejillas.

—¿Por qué hace eso por mí?

La mujer levantó la nariz.

—Hace tiempo también estuve solo en el mundo. Sé lo aterrador que puede ser para una joven encontrarse en esa situación. Si estás dispuesta a hacer algunas cosas en la casa, como cambiar la ropa de cama, ayudar con la cena y demás, puedes quedarte.

Pero por mucho que Lizbeth quisiera aprovechar la oportunidad, enseguida asomó su honestidad innata.

—Le agradezco su oferta, señora O'Leary, pero como me despidieron acusada de haber robado, puede que pase algún tiempo antes de que encuentre otro trabajo.

De nuevo, la mujer le dio unas palmaditas en la mano.

—Eso no me preocupa. Tengo suficientes residentes como para renunciar a una habitación por una buena causa.

Lizbeth se echó hacia atrás y suspiró profundamente.

—Eso es maravilloso. No puedo creer que nos hayamos conocido accidentalmente justo a la salida de la fábrica. —Sonrió por primera vez desde hacía un par de horas—. Encantada acepto su oferta.

—Excelente. Tengo un carruaje que guardo en las caballerizas detrás de la casa. Cuando termines de tomar el té, iremos a tu apartamento y recogeremos tus cosas.

—Muchas gracias. No imagina cuánto aprecio lo que va a hacer por mí.

La señora O'Leary se limitó a sonreírle.

Londres, Inglaterra

Marcus Mallory, miembro de la Cámara de los Comunes, y sobrino del conde de Denbigh, golpeó enfadado los papeles que tenía en la mano contra su escritorio. Había pasado toda la mañana intentando conseguir votos en la Cámara de los Comunes para aprobar su proyecto de ley destinado a proteger a las mujeres y los niños vulnerables. Le sorprendió cómo algo que debería ser fácilmente apoyado por los parlamentarios seguía estando en la cuerda floja. Un proyecto de ley similar había sido aprobado dos veces por la Cámara de los Lores, pero siempre decaía en la Cámara de los Comunes.

Disgustado con sus colegas parlamentarios, salió el edificio y se dirigió a *White's*, su club de caballeros favorito. Tal vez, solo tal vez, se podría encontrar con amigos que no tuvieran nada que ver con el Parlamento para hablar de otros asuntos antes de ir a vestirse para asistir al baile de los Atkinson más tarde.

Se sentó en una mesa e hizo señas a un camarero para que le trajera una botella de brandy. A pesar de que detestaba tener que asistir a eventos sociales donde las madres con hijas casaderas vigilaban todo lo que ocurría como si fueran buitres hambrientos, había prometido a su propia madre que acudiría a al menos dos eventos cada semana.

Su madre lo reprendía religiosamente cada vez que lo veía porque se negaba a buscar novia y a comenzar a llenar el cuarto con sus propios bebés. Entonces le recordaba que él no tenía ningún título nobiliario que lo comprometiera, ya que su tío tenía tres hijos, pero a ella eso no le importaba. Cuando las cosas se ponían realmente tensas, su madre sacaba un pañuelo y se ponía a llorar por los nietos que no tenía.

Entonces Mallory le recordaba que su hermana, lady Berkshire, estaba a punto de tener un bebé, que también iba a ser nieto de

ella. Además, el marido de Addie había aportado un niño pequeño al matrimonio, Michael, de quien su madre se había enamorado y lo llamaba "*mi nieto*". Después de ese recordatorio, sus lágrimas se secaban rápidamente y eran reemplazadas por una cierta irritación.

—Mallory. Pensaba que estarías merodeando por los pasillos del Parlamento tratando de conseguir votos para tu proyecto de ley.

Lord Harding, vizconde y miembro activo de la Cámara de los Lores, le sonrió y se sentó en el asiento de enfrente.

Enseguida apareció un camarero con una copa y Harding la llenó con la botella de brandy que había sobre la mesa.

—Brindo por el éxito de tu proyecto de ley, aunque creo que tampoco se va a aprobar esta vez.

Levantó su copa y dio un gran trago.

—¿Nos honrarás con tu presencia esta noche en el baile de los Atkinson? Se rumorea que va a anunciar el compromiso de la hija menor. —Dijo Harding.

Marcus negó con la cabeza.

—¿Quién es el pobre bobo al que ha atrapado?

Harding se echó hacia atrás y apoyó el tobillo de su pierna derecha en la rodilla.

—En realidad, parece que es un matrimonio por amor.

Marcus resopló y bebió un gran trago de brandy.

—Eso no existe.

—¿Y tu hermana? —Dijo Harding sonriendo—. ¿No se ha casado por amor?

Mallory e encogió de hombros.

—Quién sabe. Tuvo un comienzo extraño, y creo que en un momento dado ella lo dejó porque él intentó vender su librería sin consultárselo.

—Ah, eso no está bien hecho, pero por lo que he sabido ahora están como dos tortolitos enamorados a la espera de la llegada de un nuevo miembro de la familia.

—Sí. —Marcus se puso en pie. El tema del amor y el matrimonio lo ponía nervioso—. Por mucho que me guste hablar de romances, me tengo que preparar para el baile de los Atkinson. ¿Supongo que también vas a venir?

—Sí. Además, hay una señorita que me ha llamado la atención.

Marcus arqueó las cejas.

—¿Suenan campanas de boda, querido amigo?

Harding agitó el brandy en la copa y sonrió.

—Tal vez.

Marcus le dio una palmada en la espalda.

—Buena suerte.

Se dirigió a la puerta, el portero le entregó el abrigo, el sombrero y los guantes y se marchó del club.

En la alta sociedad, Marcus tenía la fama de ser un libertino deseado y codiciado, que no mostraba ningún interés por casarse. Y a él le gustaba que fuera así. Había muchas viudas solitarias con las que mantener caliente su cama. Pero, a pesar de su reputación, nunca se acostaba con jóvenes inocentes, ni con mujeres casadas infelices. Y por extraño que pareciera, creía firmemente en la santidad del matrimonio, por lo que evitaba tener que casarse él mismo.

A pesar de que las madres que buscaban marido para sus hijas continuaban engatusándolo, e incluso intentaban atraparlo, él siempre se mantenía fuera de su alcance. Sin embargo, hacía un tiempo que había comenzado a preguntarse si su insistencia en no querer casarse era genuina, o simplemente se había convertido en una costumbre.

O peor aún, en una manera de fastidiar a su madre, lo que sonaba bastante infantil.

Cuando terminó con su última amante, descubrió que no estaba lo suficientemente motivado como para reemplazarla. Tal vez ya era hora de dejar a un lado el frustrante sinsentido de los proyectos de ley del Parlamento, así como los eventos sociales, e ir visitar a su hermana en Bath para incordiarla mientras estaba a la espera del nacimiento de su hijo.

Quería mucho a su hermana, Addie, y estaba muy contento de que hubiera encontrado a alguien a quien amaba, y que también la amaba a ella. Sin embargo, su hermano mayor iba a estar molestándola durante un tiempo. Sonrió ante el plan.

Marcus se apoyó casualmente contra la pared del salón de baile de los Atkinson y examinó a la muchedumbre. La misma gente, los mismos chismes, la misma ratafía para beber. Las mismas esposas infelices, sin sus maridos infelices, que se aferraban a hombres que con todo gusto se metían en sus camas, mientras sus esposos se metían en los tocadores de otras mujeres infelices.

—¿Por qué pareces estar tan amargado?

James Wilson, un viejo amigo y compañero de escuela, se acercó a él, obviamente con un par de copas demás.

A pesar de que probablemente no era una buena idea intentar mantener una conversación con un hombre en sus condiciones, Wilson había dado en el clavo.

—¿Nunca te cansas de todo esto?

Hizo un gesto con la mano señalando el salón de baile, y parte del líquido de su copa cayó al suelo.

La expresión de perplejidad de Wilson se aclaró cuando finalmente se dio cuenta de lo que Marcus le había preguntado.

—¿De qué parte? ¿De las señoras que buscan compañeros de cama, o de los juegos de cartas en la habitación de al lado donde uno puede incrementar su fortuna? ¿O de las dulces señoritas que acaban de salir de la escuela, cuyas madres no quieren a alguien como yo, por no ser lo suficientemente bueno para sus preciosas hijas? —Sonrió y cogió una copa de champán de la bandeja de un sirviente que pasó a su lado—. Nunca me cansaré de esto. —Wilson se inclinó hacia él y su aliento apestaba a la mezcla de licores y comida que había consumido—. Esta es nuestra vida, hombre. Estoy agradecido de que mi padre no haya malgastado su dinero para que yo pueda llevar la vida de un caballero.

Si Marcus necesitaba una excusa para irse del baile, Wilson se lo había puesto fácil.

—Veo que Harding está ahí enfrente. Necesito hablar con él. Discúlpame.

Marcus se alejó en dirección a lord Harding, pero enseguida cambió de opinión bruscamente y se marchó del salón.

De camino a casa quiso olvidar lo que Wilson le había dicho: "*Esta es nuestra vida, hombre. Estoy agradecido de que mi padre no*

haya malgastado su dinero para que yo pudiera llevar la vida de un caballero".

A pesar de que el padre de Marcus era un hombre adinerado, siempre había insistido en que su hijo tenía que contribuir a los negocios familiares. Y su padre y él dedicaban varios días a tiempo completo a gestionar las diversas empresas que dirigían. Además de eso, Marcus asistía a la Cámara de los Comunes y trabajaba diligentemente en su proyecto de ley. Apenas hacía vida de caballero, a pesar de tener la reputación de ser un frívolo libertino. Eso, supuso, era por culpa de la gran cantidad de mujeres con las que había tenido relaciones románticas a lo largo de los años.

Un pensamiento tremendamente aterrador se apoderó de su mente. ¿Tenía razón su madre? ¿Había llegado el momento de calmarse? ¿De buscar esposa? Lo cierto es que no quería que fuera alguna de las colegialas risueñas y frívolas que se presentaban en sociedad cada año. Las pocas veces que intentó tener algo con alguna de ellas, le dolieron lo oídos de todo lo que hablaban. Y nunca hablaban de nada que valiera la pena.

Pero tampoco quería pasar el resto de su vida con una mujer que llevara años sin recibir ni una oferta de matrimonio. En su mayor parte eran exigentes, petulantes y pretenciosas. Parecidas a la esposa del desdichado lord Mulgrave, el hermano de la amiga de Addie, lady Pamela. Había visto a la pareja un par de veces y siempre que los veía se quedaba negando con la cabeza. Esa mujer podía llevar a cualquier hombre al alcoholismo.

Sí, últimamente se encontraba un poco hastiado. A pesar de su arduo trabajo, el proyecto de ley por el que había luchado tanto iba a decaer en la Cámara de los Comunes. Era hora de terminar con todo lo que estaba haciendo e ir a visitar a su hermana. Había que sacar a sus demonios de Londres.

Capítulo 2

Lizbeth observó la acogedora habitación que la señora O'Leary le había prestado y sonrió con satisfacción. Era la primera cosa buena que le pasaba en mucho tiempo. La habitación era muy cálida, y sus paredes y el cubrecamas eran de tonos rosa pálido y verde. Incluso tenía una alfombra muy suave.

Finalmente se había trasladado y se iba reunir con las otras residentes para cenar esa noche. La señora O'Leary le dijo que podía descansar después de la mudanza y que no tenía que ayudarla con la cena hasta el día siguiente. Lizbeth aprovechó el tiempo libre que le quedaba para sacar su última pintura y analizar qué le pasaba, ya que la veía desequilibrada, pero no sabía por qué.

Un leve golpecito en la puerta desvió su atención del lienzo.

—¿Sí?

La puerta se abrió un poco y una guapa mujer rubia asomó la cabeza.

—Hola. ¿Eres la n-nueva re-residente?

Lizbeth se puso de pie y sonrió.

—Sí. Soy yo. ¿Quieres pasar?

La mujer entró en la habitación y se apoyó en la puerta cerrada.

—Soy lady P-pamela M-manning. Probablemente ya has n-notado que tengo problemas al hablar.

Pamela se sonrojó un poco, y a Lizbeth enseguida le cayó bien la visitante. Tenía la sensación de que podían ser amigas. Algo que no tenía desde hacía mucho tiempo.

—Es un placer conocerte. Soy la señorita Lizbeth Davenport. Y tu tartamudez no me importa. —Hizo un gesto con la mano a la única silla de la habitación mientras se dirigía a la cama— ¿Te sientas un ratito? Me gusta tener una visita.

—Espero que t-te quedes más ti-tiempo que las últimas re-residentes —dijo lady Pamela mientras se acomodaba en la silla—. Justo cuando a-acababa de conocer a la señorita S-spencer, la última ocupante de esta habitación, se m-marchó y se trasladó a otro sitio.

Lizbeth se encaramó en la cama y se sentó con las piernas por debajo del trasero.

—¿Hay mucho ajetreo por aquí? Parece una residencia muy bonita.

—Es un lugar fa-fantástico para v-vivir. Llevo aquí tres a-años. Ya c-conocerás a las otras señoras en la c-cena. Lo único es que e-esta habitación parece tener un m-montón de entradas y s-salidas.

—Espero que eso cambie. Sería maravilloso poder quedarme aquí cuando haya encuentrado trabajo. —Se detuvo un momento y, sintiendo afinidad hacia ella, añadió—: Supongo que debería decirte que me despidieron de mi trabajo acusada de haber robado.

Lady Pamela arqueó las cejas, pero no dijo nada.

—También te digo que fue un error. Trabajé allí tres años y nunca tuve ningún problema. —Dijo negando con la cabeza, de nuevo desconcertada por cómo se había producido su despido—. Nunca robaría nada a nadie.

—Qué e-extraño. ¿Qué es lo que p-pasó?

Lizbeth le contó toda la historia, y le explicó cómo la Sra. O'Leary la rescató ofreciéndole la habitación gratis hasta que pudiera conseguir un nuevo empleo.

—Eso fue muy a-amable de su p-parte. Ya lo ha hecho a-antes.

—Creo que esta mujer es una santa. No tengo ni idea de lo que habría hecho si no la hubiera conocido.

Charlaron durante una media hora. Lady Pamela insistió en que se olvidara de su título y la llamara simplemente Pamela. Finalmente, sonó la campana que llamaba a los residentes a cenar, y Lizbeth y su nueva amiga bajaron juntas hasta el comedor.

Una vez que se acomodaron alrededor de la mesa, la señora O'Leary le presentó a las otras mujeres. La señora O'Reilly, la señorita Dawson y la señora Grady le hicieron un saludo con la cabeza y le dieron una cálida bienvenida.

Después de que comenzara la comida las residentes se pusieron a charlar alegremente. Cuando le preguntaron por su pasado, omitió decir que había sido despedida acusada de ser una ladrona. Aunque se había sentido cómoda con Pamela y se lo había reconocido, no creía que fuera prudente compartir ese dato con las demás

huéspedes, no fuera a ser que empezaran a guardar sus joyas bajo llave. O, peor aún, que le pidieran a la señora O'Leary que la echara de la residencia.

Lizbeth echó un vistazo al calendario que había colgado en la pared y se dio cuenta de que llevaba dos semanas en la residencia de la señora O'Leary. Ya se sentía bastante asentada en el lugar. Ayudaba a la señora O'Leary con las tareas domésticas y después se dedicaba a buscar trabajo. Como se temía, al no tener referencias que mostrar le estaba costando mucho encontrar un empleo. Cuando se lo mencionaba a la señora O'Leary, la mujer se limitaba a darle una palmadita en la mano, le decía que no se preocupara por eso y le ofrecía una taza de té.

Como, por desgracia, no tenía tiempo libre, no se podía dedicar a sus pinturas, pero al menos tenía un techo sobre su cabeza y el estómago lleno.

Cuando terminó su tarea en la cocina, fue a su habitación y se desnudó lentamente para ponerse su camisón favorito. Se lo había regalado su madre justo la Navidad antes de perder a toda su familia. Ya estaba un poco desgastado, pero no dejaba de usarlo. Cogió el camisón con fuerza y lo olió. Aunque el aroma de su antiguo hogar hacía tiempo que se había desvanecido después de numerosos lavados, aún así cada noche intentaba recuperar la sensación de seguridad que sentía cuando vivía con su familia, que en su momento no le había dado la suficiente importancia.

En cuanto se puso el camisón y estaba a punto de meterse en la cama llamaron a la puerta. Cruzó la habitación y asomó la cabeza por la puerta. Vio que era la señora O'Leary, que llevaba un vaso en la mano.

—Cariño, en la cena me di cuenta de que estás un poco resfriada. Creo que es una buena idea que te bebas esto antes de dormir. Te ayudará a mejorar del catarro y descansarás mejor.

Lizbeth sonrió y tomó el vaso.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

Se tomó la medicina y le devolvió el vaso.

—Buenas noches, cariño —le dijo.

Lizbeth le deseó buenas noches también y se metió en la cama. Cogió el libro que estaba leyendo y bostezó. Cuando había leído apenas unas cinco páginas, tenía tanto sueño que tuvo que dejar la lectura. Lo que le había dado la señora O'Leary, sin duda estaba funcionando muy rápido. Apagó la mecha de la lámpara que tenía a su lado, se acurrucó bajo las cálidas mantas y se quedó dormida.

Algún tiempo después, Lizbeth intentó abrir lentamente los ojos, lo que le costaba mucho ya que los sentía muy pesados. Algo malo estaba ocurriendo. Negó con la cabeza intentando entender lo que estaba pasando. Su mente ralentizada interpretaba que dos hombres la estaban sacando de su cama.

¿Qué?

Intentó preguntar, pero su boca no funcionaba. Aunque de vez en cuando estaba completamente dormida alcanzaba a ser consciente de que la habían sacado de la residencia y la habían subido a un carruaje.

Poco tiempo después, un bache en el camino hizo que se despertara de golpe.

—¿Qué pasa…?

Intentó sentarse, pero le dieron un empujón y se lo impidieron. Hacía todo lo posible por mantenerse despierta porque se daba cuenta de que estaba en peligro, pero al final siempre se quedaba dormida. Había una pregunta que tenía que hacer, pero no podía recordar cuál era. Era importante, pero no lo recordaba.

Lo siguiente que supo fue que la estaban sacando del carruaje y la estaban subiendo por unas escaleras. Se mareó cuando intentó girar la cabeza para ver dónde estaba.

—Ponla aquí —dijo un hombre cuya voz no reconocía.

La colocaron en otra cama cómoda, suave y cálida, y feliz de haber salido de la pesadilla que creía estar soñando, se dio la vuelta para seguir durmiendo.

Una vez resueltos todos los asuntos que tenía que atender, Marcus estaba a punto de ir a visitar a su hermana Addie en Bath cuando recibió una carta de un tal Nicholas Smith donde le hablaba del secuestro de una amiga. El hombre tenía la fuerte sospecha de que

la joven en cuestión había sido secuestrada para ser vendida a una red de prostitución. Al parecer, el señor Smith se había enterado de que el proyecto de ley de Marcus languidecía en el Parlamento, y le preguntó si podían reunirse para hablar sobre el asunto.

Aunque Smith vivía en Bath, estaba pensando viajar a Londres, donde creía que había más posibilidades de encontrar a la desafortunada mujer. Marcus suspendió de inmediato su viaje y le respondió rápidamente, muy interesado en reunirse con él y hablar sobre el tema.

Debido a su extensa investigación y a las entrevistas que había realizado mientras trabajaba en el proyecto de ley para luchar contra los secuestros de mujeres y niños, estaba más que feliz de que toda la información que había reunido, y que tanto le había costado conseguir, pudiera ser útil. La idea le levantó el ánimo como nada lo había hecho desde hacía meses.

Mientras esperaba el encuentro con Smith, que le comunicó que viajaría a Londres en breve y se quedaría en la casa de su amigo íntimo, lord Montrose, aprovechó para revisar las notas que había ido guardando los últimos meses.

Ya cansado, se frotó los ojos con el pulgar y el índice, dejó las notas a un lado y bajó las escaleras para hablar con su ama de llaves. Entonces, su mayordomo, Grimsley, le entregó una nota que le había llegado.

—Señor Mallory, esto acaba de llegar para usted.

—Gracias.

Marcus tomó la nota y la leyó mientras avanzaba por el pasillo para ir a ver a su ama de llaves.

Sr. Mallory:
He recibido la nota que me dejaste con el mayordomo de Montrose para que te avisara de nuestra llegada a Londres. Ya estamos aquí y nos encantaría, si fuera posible, que vinieras a cenar con nosotros esta noche.
Sr. Nicholas Smith

Una especial emoción se apoderó de él. Por primera vez en meses tenía un propósito concreto. Y, además, era con un fin noble. Ayudar a una joven a escapar de las garras de lo peor de la sociedad.

Regresó a la puerta principal.

—Envíe esta nota al señor Smith a la casa Montrose, en Grosvenor Square.

Marcus garabateó que aceptaba la invitación en el reverso de la nota de Smith y se la entregó a Grimsley.

Una semana más tarde, Marcus daba vueltas sobre la suave alfombra de la biblioteca mientras esperaba la llegada de Nick Smith. Resultó que la mujer desaparecida era amiga de lady Pamela, una encantadora dama a la que Marcus había conocido por su hermana, Addie.

Lady Pamela había viajado a Londres con Smith porque había estado haciendo preguntas sobre la desaparición de su amiga y había sobrevivido a un atentado muy peligroso, por lo que había tenido que buscar la protección de Nick. Marcus sonrió al recordar lo rápido que Nick le había dejado claro en la cena que lady Pamela estaba vetada para él. El interés de Smith por ella era bastante evidente.

Al final de la velada, Marcus le solicitó una descripción completa de la señorita Davenport. Smith no solo le dio una descripción completa, sino también un boceto de la mujer desaparecida. Marcus lo había enseñado a compañeros de sus clubes y del Parlamento que sabía que frecuentaba burdeles que ofrecían mujeres limpias. Lo cual, en la mayoría de los casos, significaba que eran jóvenes y vírgenes.

Rápidamente supo que podrían ser dos burdeles, pero uno de ellos parecía más probable que el otro, por lo que él y Nick lo iban a visitar esa misma noche.

Suspiró aliviado al oír la aldaba de la puerta, y dejó de seguir desgastando la alfombra. Antes de que Grimsley pudiera dar un paso atrás para permitir que Smith entrara, Marcus ya estaba en la puerta con el abrigo puesto.

—¿Has traído una pistola?

Se puso los guantes mientras bajaban las escaleras para dirigirse al carruaje.

—Siempre llevo una. Así como un puñal. O dos. —Nick subió al carruaje—. Me crié en la calle, recuerda.

En la reunión anterior, Nick le había contado su pasado. Había tenido una infancia terrible sobreviviendo en las calles de Londres y, gracias a sus artimañas y a una extraña capacidad para memorizar números, un ascenso meteórico hasta convertirse en propietario de una exclusiva casa de juego de Bath. Una historia extraordinaria, sin duda, y por su manera de comportarse era casi imposible adivinar sus orígenes.

Marcus sacó un papel doblado del bolsillo interior de su chaqueta.

—Como te dije en la nota, estoy seguro que la señorita Davenport está en este burdel. Sin embargo, aparentemente solo lleva un par de días aquí. No estoy seguro de qué habrá ocurrido con ella desde que se la llevaron. —Miró a Nick—. También pude conseguir un plano del edificio con todas las salidas marcadas.

Nick tomó el papel que le entregó Marcus. Lo acercó a la linterna que colgaba de la pared del carruaje para estudiar bien el plano.

—Esto es bastante útil. ¿Cómo lo conseguiste?

—El dinero puede comprar cualquier cosa. Confía en mí.

Nick echó un vistazo al dibujo. Era bastante detallado.

—Te lo reembolsaré.

—No hace falta. El precio ha valido la pena: rescatar a una joven de las garras del infierno. —Tomó el papel que le devolvió Nick y se lo guardó—. Mis fuentes me dicen que el procedimiento del burdel es que las primeras horas la *madame* anima a los 'invitados' a conocer a las jóvenes, a beber, a jugar y a gastar dinero. Después, los caballeros se emparejan con la señorita que han elegido para pasar toda la noche, y se retiran juntos a alguna de las habitaciones de arriba.

—Eso hace que todo sea más fácil. —Nick se removió en su asiento y se inclinó hacia adelante con los dedos entrelazados sobre las rodillas—. Esto es lo que propongo. Entraremos juntos, pero allí

nos separaremos, aunque tenemos que intentar mantenernos siempre a la vista el uno del otro. Después me acercaré a la señorita Davenport, y le diré quién soy y por qué hemos ido a buscarla. —Marcus asintió—. La elegiré a ella entre las demás, y nos retiraremos al piso de arriba. En cuanto todo el mundo esté metido en las habitaciones, la llevaré al final del pasillo donde hay unas escaleras. Allí nos encontraremos contigo y nos indicarás por dónde bajar para salir al exterior.

El carruaje se detuvo frente al edificio. No había ninguna señal que indicara que no era más que una casa adosada de un respetable barrio de clase media.

Cuando salieron del carruaje Marcus dio algunas instrucciones al conductor mientras Nick se dirigía a las escaleras. Una vez que volvieron a reunirse, Nick dejó caer la aldaba de la puerta. Inmediatamente abrió un hombre alto y corpulento con traje de librea.

—¿Sí?

—El señor Dennis Chambers nos invitó a venir esta noche. Yo soy el señor Marcus Mallory, y él es el señor Nicholas Smith.

El hombre los miró a los dos, después procedió a cachearlos y encontró las armas que llevaban, que entregó a otro hombre igualmente corpulento:

—Pueden recuperarlas cuando se marchen.

Pero no encontró los puñales.

Satisfecho, el portero dio un paso atrás y tuvieron que seguir a un tercer hombre que los llevó una gran habitación que seguramente habría sido un salón cuando se construyó la casa. Marcus se inclinó hacía Nick.

—Ahí quedó nuestra protección para la noche.

—Todavía tengo dos puñales. —Le dijo hablando de medio lado —. Pero si todo sale según lo planeado, no los necesitaremos. Te daré uno sin que nadie se dé cuenta.

Marcus asintió y comenzaron a deambular por la habitación por separado, tal como habían planeado. Como la misión de Marcus en el rescate era esperar hasta que todos estuvieran instalados en las

habitaciones, y después subir las escaleras traseras para encontrarse con Nick y la joven, decidió pasar el tiempo en la sala de cartas.

Después de un par de horas, ya estaba cansado de esperar y, además, el juego de cartas no era muy interesante. Justo cuando estaba a punto de excusarse por dejar de jugar, levantó la vista y vio que Nick se acercaba a la mesa. Marcus le tendió una mano.

—Ya he terminado de jugar, caballeros.

Enseguida dieron una vuelta por la habitación y Nick le entregó sigilosamente uno de los puñales.

—Ahí lo tienes.

Marcus asintió.

—Muy bien. Creo que esta gente tardará alrededor de media hora en subir a las habitaciones. Una vez que la *madame* pida que todo el mundo elija a la muchacha con la que se quiere quedar, saldré afuera, entraré por la parte de atrás y nos encontraremos en lo alto de las escaleras.

—Buena suerte. Ten cuidado, estoy seguro de que tendrán a alguien vigilando cada puerta.

Marcus asintió y esperó unos diez minutos, después salió por la puerta principal y recuperó su pistola. Cuando el portero levantó las cejas hacia él, se encogió de hombros. —La única chica que me gustaba ya había sido elegida.

Bajó las escaleras como si no tuviera nada en particular que hacer. Caminó un par de calles y se detuvo a estudiar el plano del edificio bajo una de las farolas. Cuando estuvo seguro de que había pasado el suficiente tiempo, y de que conocía bastante bien la distribución del edificio, se metió el papel en el bolsillo y regresó al burdel.

No había nadie en la puerta trasera, pero eso no significaba que no hubiera alguien dentro. Sacó la pistola, se aseguró de que el seguro estuviera puesto, la giró en su mano, y después llamó a la puerta.

La puerta se abrió y un hombre asomó la cabeza.

—¿Sí?

Marcus entonces golpeó la culata de la pistola contra la cabeza del portero, y cayó como si fuera un saco de harina. Enseguida lo

arrastró alejándolo de la puerta y, con un gruñido lo dejó tirado en el callejón pegado al muro de ladrillos del edificio.

Cuando abrió la puerta lentamente, supuso que si había alguien más acompañando a ese hombre, ya se abría marchado. Respiró hondo y subió las escaleras hasta el lugar donde se tenía que encontrar con Nick y la señorita Davenport.

Al cabo de unos minutos vio dos sombras que se dirigían hacia él. Sabía que una de ellas correspondía a Nick, y la otra tenía que ser la señorita Davenport. Entonces avanzó hacia ellos.

—Hasta ahora, todo bien —dijo.

En lugar de hacer presentaciones, los tres bajaron las escaleras con Marcus a la cabeza.

—He tenido que hacer dormir al hombre que vigilaba la puerta. Le dolerá la cabeza durante un tiempo, pero no tendrá ninguna consecuencia grave.

Marcus sonrió cuando llegaron al último escalón y abrió la puerta del estrecho callejón.

—Por aquí.

Corrieron hacia la parte trasera del edificio, donde los esperaban el carruaje y el conductor. Cuando llegaron al vehículo los tres iban jadeando. Rápidamente entraron en el vehículo y se acomodaron en él.

Cuando el carruaje comenzó a avanzar, la señorita Davenport echó un vistazo a los dos hombres que tenía sentados frente a ella y, cubriéndose la cara con sus delicadas manos, rompió a llorar.

Capítulo 3

Marcus no podía dejar de mirar a la señorita Davenport. Era, con mucho, la mujer más hermosa que había visto en su vida. Y había visto a muchas, y en las distintas fases entre estar vestida y completamente desnuda.

Llevaba su cabello castaño oscuro peinado hacia atrás y se veía bien la fina estructura de su rostro. Sus profundos ojos azules mostraban una gran tristeza. Y rabia. Parecía que echaba humo por las orejas.

Luego estaba su boca. Era la única parte de su cara que no podía dejar de mirar. Si hubiera sido un cliente del burdel del que acababan de salir, hubiera pagado hasta el último centavo que tuviera por pasar una noche con ella.

Su vestido transparente azul pálido le daba un aspecto etéreo. Sin ser demasiado sugerente, su diseño resaltaba sus deliciosas curvas. Curvas que le encantaría acariciar.

Enseguida se sintió mal consigo mismo. ¿Qué demonios le pasaba? Lo más probable es que esa pobre muchacha hubiera sido una virgen inocente cuando la secuestraron en su propia cama para venderla a un burdel. Debería sentirse avergonzado por pensar de esa manera.

Ella continuaba restregándose los ojos con el pañuelo que Nick le dio cuando rompió a llorar. Su rostro estaba manchado con el *kohl* negro que le corría desde sus ojos. Ajena al maquillaje facial que le cubría las mejillas, agarró con fuerza el pañuelo y miró por la ventana. Estaba oscuro y no se veía demasiado, pero Marcus supuso que prefería mirar a la nada antes que tener que mirar a un hombre.

De pronto, se apoderaron de él unas enormes ganas de saltar del vehículo y correr de vuelta al burdel para pegarse con todos los hombres que hubiera por ahí. Y también a la señora que se pavoneaba con su vestido de seda rojo, a la que había visto pavonearse por los salones animando a los hombres a elegir a sus mujeres.

Sus puños se apretaron cargados de ira. Contra eso precisamente intentaba luchar con su proyecto de ley.

El carruaje se detuvo frente a Montrose House. Nick bajó de un salto y se volvió para ayudar a la señorita Davenport. Ella vaciló un poco, pero enseguida aceptó su mano. Las entrañas de Marcus se tensaron. Quería ser él quien la ayudara a salir del carruaje. Quería haber sido él quien la hubiera rescatado del burdel, y no solo haberla sacado del edificio y acompañarla al carruaje.

Subieron la escalinata y la puerta principal se abrió de inmediato. Era lady Pamela, que enseguida se tapó la boca con la mano.

—¡Lizbeth!

Bajó volando las escaleras y agarró a la señorita Davenport con tanta fuerza que ambas tropezaron hacia atrás. Nick tuvo que agarrar a Pamela para evitar que se cayera y, Marcus, que estaba detrás de la señorita Davenport, la tuvo que sujetar con sus brazos.

Lo primero que sintió es que su cabello olía ligeramente a rosas. Y sí, sus curvas eran tan gloriosas como sospechaba. Pero antes de que pudiera procesar toda esa información, ella le dio un codazo en el estómago y él la soltó rápidamente. Cuando se estabilizó se volvió hacia él.

—Le pido disculpas. Me temo que ha sido un movimiento reflejo.

Marcus se quedó atónito durante instante al escuchar su voz. Era suave y sensual, y le volvieron a la mente las imágenes que acababa de apartar de su cabeza cuando iba en el carruaje. Cuando ella se dio cuenta de que la estaba mirando, le dijo:

—Está bien, señorita Davenport. No se preocupe.

Pero antes de que pudiera responderle, Lady Pamela la rodeó con sus brazos y las dos damas se abrazaron.

—¿Y si seguimos el reencuentro dentro de la casa? No deberíamos alarmar a los vecinos y que empiecen a hacer preguntas.

Nick las separó y llevó a lady Pamela escaleras arriba.

Marcus ofreció su brazo a la señorita Davenport, pero ella lo ignoró y subió las escaleras sola por delante de él, que tuvo que ponerse a conjugar latín de memoria para evitar mirarle las caderas que se balanceaban delicadamente.

A pesar de que ya no tenía ninguna amante, no había pasado tanto tiempo desde la última vez que se había acostado con una mujer, por lo que su reacción era bastante inquietante. La diferencia es que, a pesar de que sentía una atracción física muy fuerte hacia ella, a eso se le añadía la necesidad de protegerla. Para borrarle el dolor y la tristeza que se veía en sus ojos. Para asegurarle que nada de lo que le había ocurrido le volvería a pasar.

Se instalaron en el salón con una mujer mayor que entró apresuradamente con los implementos para tomar el té. Los dos hombres se sirvieron una copa de brandy. Nick se volvió hacia Lizbeth y Pamela, que estaban agarradas de las manos y se sentadas en el sofá. Levantó su copa.

—Brindo por el éxito de esta gran noche.

Marcus le devolvió el brindis y dio un trago de brandy.

Dos días después, Marcus volvía a estar paseándose por la biblioteca mientras esperaba con mucha impaciencia una misiva de su hermana. Al día siguiente del rescate, le había enviado una telegrama preguntándole si podía proporcionar una habitación a la señorita Davenport. Se lo había sugerido una noche, cuando le mencionó a lady Pamela que no le gustaba Londres y que quería regresar a Bath.

Dado que de todos modos pensaba hacer una visita Addie, y consciente de su generosidad, inmediatamente se ofreció a ponerse en contacto con ella. A pesar de que la señorita Davenport se negó al principio, lady Pamela finalmente la convenció de que su buena amiga, lady Berkshire, tenía un gran corazón y le iba a encantar poder ayudarla.

Se sintió bastante satisfecho cuando accedió a que se lo pidiera, sabiendo que así la podría tener más cerca. Como le parecía una locura la enorme atracción que sentía hacia Lizbeth, tuvo que volver recordarse que acababa de pasar por una experiencia tremendamente estresante y degradante. Estaría molesta, y con toda razón, y probablemente no querría ver, hablar o escuchar a ningún hombre durante bastante tiempo. Si es que volvía a hacerlo alguna vez.

Ignoraba todavía si su enamoramiento era genuino, pero sabía era que sentía la necesidad de estar cerca de ella. Y, para tranquilizar a su conciencia, se decía a sí mismo que hablar con ella podría servirle para reunir información de primera mano para conseguir que se aprobara su proyecto de ley.

Intentando de mantenerse ocupado mientras esperaba noticias de Addie, hojeó el último informe que su padre le había enviado por mensajero sobre un nuevo negocio que quería que su empresa estudiara para hacer en Bath. En el informe estaba toda la información, y una vez que lo leyó todo, consideró que estaba de acuerdo con todo. Era una buena idea.

—Señor Mallory, le ha llegado este telegrama.

Grimsley, el mayordomo que llevaba siglos en la puerta de la mansión de los Mallory, le entregó un sobre.

—Gracias.

Marcus lo abrió y sonrió. No es que le sorprendiera, conociendo a su hermana, pero era bueno poder mostrarle a la señorita Davenport la prueba fehaciente de que era realmente era bienvenida en la casa de su hermana.

Silbó vagamente una melodía, recogió los papeles del informe y los metió en el cajón. Su padre estaba en la oficina de su empresa en Bond Street, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Pero Marcus prefería el ambiente informal de la oficina de la casa familiar.

Pensaba ir a caballo hasta Montrose House para enseñar a la señorita Davenport la respuesta de Addie. Eso sin duda la convencería de que tenía que aceptar su propuesta. A continuación, podrían organizarlo todo para irse de Londres lo más rápido posible.

Lizbeth se sentó en el banco que había junto a la ventana de la encantadora habitación que le habían asignado en la casa donde se alojaban Pamela y el señor Smith. Aunque estaba muy agradecida al señor Smith y al señor Mallory por haberla rescatado de aquel horrible lugar, quería marcharse lo más lejos posible de Londres.

A pesar de que había accedido a que el señor Mallory pidiera a su hermana que le dejara una habitación en su casa, todavía se

preguntaba si había sido sensato hacerlo. Para decirlo claramente, se sentía sucia y mancillada. Había trabajado en un burdel. No importa que hubiera sido por poco tiempo y en contra de su voluntad, había tenido que hacer cosas innombrables. O le habían hecho cosas innombrables. Se estremeció al pensarlo.

¿Y qué pensaría lord Berkshire, el marido de Addie, de tener que alojar a alguien como ella? Pero, lo cierto es que tener orgullo es maravilloso cuando se tienen muchas opciones. Pero ella no tenía ninguna.

Pero había algo de lo que no dudaba. Pensaba ir a la casa de la señora O'Leary a que le devolviera sus cuadros. Pero lo mejor era que no fuera sola porque temía acabar en la cárcel acusada de asesinato. Tal vez el señor Mallory querría ayudarla.

Levantó las rodillas, apoyó la barbilla en ellas y pensó en el señor Mallory y en el señor Smith. Los dos eran unos caballeros extraordinarios. Arriesgaron su vida por salvarla, y lo único que hizo ella para agradecérselo fue encerrarse en sí misma y darle un golpe al señor Mallory cuando la sujetó para que no se cayera después de que Pamela la abrazara con tanta intensidad.

Tampoco había aceptado tomarlo del brazo para subir las escaleras, ni había querido tomarse la copa de jerez que le ofrecieron y, muy poco después de haber llegado, pidió retirarse a dormir. Le parecía que se estaba comportando como una ingrata.

Si alguien le preguntaba cómo se sentía después de su terrible experiencia, honestamente tenía que contestar que no lo sabía. Mientras era sometida a sufrir la peor pesadilla de su vida, siempre le estaban dando pequeñas dosis de láudano que le evitaban tener que sentir nada. No había lugar ni a sentimientos, ni a pensamientos, ni a preguntas.

Todo había sido una especie de sueño en el que se había dejado llevar. Era la única forma que conocía para poder sobrevivir.

—Lizbeth, el s-señor Mallory ha v-venido a verte.

Pamela había llamado suavemente a la puerta y había entrado en la habitación con una cálida sonrisa en su rostro. Siempre le había parecido un misterio haber tenido la suerte de haberse hecho amiga de esa mujer tan encantadora.

En resumen, lady Pamela Manning le había salvado la vida.

—¿A verme?

Pamela cruzó la habitación hasta el asiento de la ventana y le dio la mano.

—Sí, s-sí. Creo que es para que r-regreséis a Bath.

Lizbeth asintió y se puso de pie.

—Gracias. Estoy deseando irme de Londres y no volver nunca más.

Pamela le pasó un brazo por los hombros.

—No lo e-entiendo del t-todo.

Cuando llegaron al salón, el señor Mallory estaba dando vueltas. Era un hombre que parecía estar siempre en movimiento. Incluso la noche de su rescate, no había parado de dar vueltas el poco tiempo en que estuvieron charlando antes de que Lizbeth pidiera que la disculparan porque quería retirarse.

—Buenas tardes, señorita Davenport.

Mallory se acercó a ella y le hizo una leve reverencia.

—Lo mismo digo, señor Mallory. —Miró a su alrededor, pero Pamela los había dejado solos—. ¿Quieres sentarte?

—Gracias.

Se sentó en el sofá y apoyó el pie derecho en la rodilla. Ella se acomodó en una silla frente a él. Eso era lo más cerca que iba a estar de él. Se aclaró la garganta, con la esperanza de que dejara de mirarla y le explicara lo que fuera que viniera a buscar. Entonces se dio cuenta de que cuando venía una visita generalmente había que preguntarles si querían tomar algo.

—Te pido disculpas, señor Mallory, ¿te gustaría tomar una taza de té?

Mallory negó con la cabeza:

—No. Gracias, aunque sé que probablemente sea un sacrilegio para un inglés,
no me gusta especialmente el té.

Ella levantó las cejas.

—¿No te gusta el té?

Mallory sonrió y negó con la cabeza.

—No. No es lo que más me gusta. Prefiero el café. O un brandy.

Lizbeth sin darse cuenta le devolvió la sonrisa. Era un hombre con el que era fácil hablar. Pero no tenía ni la menor intención de mantener conversaciones con hombres. Ni tampoco quería saber nada más de ellos el resto de su vida. Ya había tenido suficiente, muchas gracias.

El señor Mallory se enderezó en su asiento y sacó un papel del bolsillo de su chaqueta. Hoy he recibido esto de mi hermana, lady Berkshire.

Le entregó la carta.

Queridísimo hermano:
A lord Berkshire y a mí nos encantaría que la señorita Lizbeth Davenport se quede con nosotros. No he tenido el placer de conocer a la amiga de lady Pamela, pero estoy deseando hacerlo.
Con amor, tu hermana, Addie

Lizbeth volvió a doblar la nota y se la devolvió.

—Tu hermana es muy amable —Dijo poniéndose recta—. Sin embargo, insisto en que quiero pagar mis gastos. Puede que tenga dificultades para encontrar trabajo porque me despidieron injustamente, pero quiero hacer un trato con Lady Berkshire hasta entonces. En la casa de la señora O'Leary trabajaba como sirvienta.

—¡No trabajarás de sirvienta en la casa de mi hermana! Serás una invitada más. —Después de una ligera vacilación, dijo—: Si no te angustia demasiado, ¿puedo preguntarte cómo te sacaron de la residencia? —Continuó rápidamente—. La razón por la que lo pregunto es que estoy trabajando en un proyecto de ley que espero que se apruebe en la Cámara de los Comunes, como ya lo hizo la Cámara de los Lores, que trata sobre el secuestro de niños y mujeres con fines nefandos.

Lizbeth lo observó durante un momento. Mientras la tenían secuestrada había decidido que cuando encontrara una manera de escapar, y tenía toda la intención de hacerlo aunque tuviera que hacer daño o incluso matar a alguien, iba a descubrir cómo se produjo exactamente su secuestro.

Tenía una idea bastante clara de dónde había comenzado todo, pero ¿quería contarle lo que sabía a ese hombre? Parecía ser una persona de naturaleza cariñosa, y había participado en su rescate. Asintió ligeramente.

—Perdí mi trabajo porque en mi retícula se encontró un broche robado que nunca puse allí.

Incapaz de quedarse quieta mientras comentaba en voz alta por primera vez lo que había pensado, se puso de pie y deambuló alrededor del sofá mientras seguía hablando. Por supuesto, como era un caballero, Mallory también se puso de pie.

De pronto lo miró directamente a los ojos y le dijo.

—Nunca he robado nada en mi vida.

Después continuó paseándose alrededor del sofá.

—Mi casera, la señora O'Leary, estaba merodeando alrededor de la fábrica de sombreros donde yo trabajaba cuando salí ese día. Parecía muy dulce y cariñosa, y lo que parecía un regalo del cielo en ese momento fue, creo, el comienzo de mi calvario.

Lizbeth empezó a sentir que se estaba comportando como una tonta con el señor Mallory de pie y ella deambulando alrededor el sofá. Tal vez si se tomaba una taza de té o ofrecía una copa brandy al señor Mallory, podría quedarse quieta.

—Señor Mallory, ¿quieres tomar una copa de brandy? Creo que pediré que me traigan una taza té.

—Sí. Pero primero tengo que pedirte algo.

Lizbeth se acercó al tirador de campanilla para pedir su taza de té.

—¿Qué es?

—Por favor, llámame Marcus. Cuando alguien se dirige a mí como el señor Mallory, siempre me doy la vuelta para ver si tengo a mi padre detrás mío.

Lizbeth se echó a reír. Algo que no había hecho en mucho tiempo. De hecho, el señor Mallory, Marcus, la tranquilizaba. Siempre y cuando mantuviera las distancias.

—Sí, lo entiendo. Entonces tú me puedes llamar Lizbeth.

Grossman apareció en la puerta del salón.

—¿Ha llamado, señorita Davenport?

—Sí. Por favor, quiero que me traigan una taza de té. —Se volvió y miró a Marcus, que estaba apoyado en la repisa de la chimenea con los brazos cruzados. Parecía un hombre al que le gustaba comer —. Y algunos sándwiches también —agregó.

Por primera vez desde que la habían sacado de su habitación de la residencia, sintió que podía hablar con alguien de su pesadilla . Por mucho que quisiera a Pamela, sin duda habría sufrido mucho escuchando la historia de lo que había pasado.

Marcus parecía el tipo de persona que podía escucharla y evitar que llorara mientras contaba la historia. Lo cierto es que tenía los hombros lo bastante anchos. Sus rasgos cincelados y hermosos indicaban que era una persona fuerte, y sus ojos color whisky la miraban con simpatía y comprensión, pero no con lástima.

Su ropa fina y su pelo castaño ondulado demasiado largo era parecido al de algunos de los hombres que había visto en el burdel, pero sus ojos mostraban algo bueno y amable que lo diferenciaba de los demás.

—Por favor, si quieres sírvete una copa de brandy. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el aparador—. Tengo mucho que contarte.

Capítulo 4

Lizbeth y Marcus hablaron de cosas sin importancia mientras él se bebía su copa de brandy, y ella esperaba su taza de té.

Todavía la tenía confundida. Le extrañaba la razón por la que se había involucrado en su rescate, a pesar de que estuviera trabajando en un proyecto de ley sobre la prostitución forzada. Una vez que culminó su liberación, la mayoría de los hombres se habrían inclinado cortésmente ante ella y enseguida habrían pasado página. Pero Marcus no. Se ofreció para pedir a su hermana que le proporcionara un lugar donde vivir.

Y ahora había regresado, no solo para entregarle el mensaje de su hermana, sino para hacerle preguntas sobre su terrible experiencia. Aunque siempre había sido una persona muy confiada, y por eso había aceptado la proposición de la señora O'Leary cuando le ofreció una habitación, ahora analizaba a todo el mundo y cualquier comentario pensando en que la podían engañar.

¿Qué era exactamente lo que Marcus pretendía de ella? ¿Le excitaba escuchar su historia, o necesitaba añadir más información a su proyecto de ley para persuadir a la Cámara de los Comunes de que lo aprobara? ¿O pensaba que como ya la habían malogrado ahora podría ser una buena amante?

Una vez que el sirviente trajo la bandeja con el té, ella se preparó una taza a su gusto y ofreció a Marcus una bandeja con sándwiches.

Tomó un trago de la infusión relajante y colocó la taza con cuidado en el platillo.

—Probablemente debería retroceder un poco en el tiempo para entender cómo llegué a Bath. Nací y crecí en un pequeño pueblo de Somerset, donde vivía con mis padres y mis dos hermanos. Ambos más jóvenes que yo. —Se acarició un brazo pues la parte más triste de su historia todavía la perturbaba—. Hace cuatro años, mi padre llegó un día a casa después de salir de su oficina y dijo que no se sentía bien. —Se detuvo un instante y miró a Marcus—. Era gripe.

Marcus hizo un gesto de disgusto.

—Sí. Y a las tres semanas, toda la familia, excepto yo, había muerto.

Marcus respiró hondo.

—Lo siento mucho.

Lizbeth respiró estremecida y continuó.

—Sí. Bueno, eso era lo peor que me podía pasar. Me había quedado sola en el mundo, ya que la única familia que tengo vive en Estados Unidos. Pero me equivoqué. Vendí la casa de mi padre y usé el dinero para mudarme a Bath. Después de estar viviendo sola durante cuatro años, apenas llegando a fin de mes, un día me despidieron, como ya te conté, por robar un broche.

—¿Y fue entonces cuando tu casera habló contigo al salir del trabajo?

Lizbeth asintió.

—En ese momento pensé que era una suerte que ella estuviera en el lugar correcto en el momento adecuado. Me ofreció que me instalara gratis en una de las habitaciones de su residencia.

Marcus depositó su copa ya vacía en la mesa que tenía al lado.

—Déjame adivinar. Has llegado a pensar que te estaba esperando a propósito a la salida de la fábrica de sombreros.

—La realidad es que estaba ahí —le espetó, y sus labios se tensaron—. No tengo ninguna duda. Desde entonces he reflexionado mucho sobre todo esto asunto, y creo que la señora O'Leary y la fábrica de sombreros estaban coordinados de alguna manera. Creo que tal vez fue ella quien planeó mi despido, o le notificaron que me iban a despedir.

>Era muy fácil deslizar ese broche en mi retícula, sabiendo que me registrarían al salir. El plan era que me registraran, que descubrieran el broche y me despidieran, y después, una buena samaritana —resopló— me esperaba afuera para proporcionarme la salvación. Una estrategia de lo más simple.

Marcus se echó hacia atrás y estiró sus largas piernas.

—Cuando estaba haciendo la investigación para mi presentación ante el Parlamento, siempre estuve centrado en Londres. Sabía que había una banda que importaba mujeres de fuera de la ciudad, pero

no sabía de dónde. Supuse que era de otro país. Nunca se me ocurrió que fuera de Bath.

Lizbeth se inclinó hacia adelante.

—Creo que hay una banda organizada en Bath, y que la señora O'Leary es una de las proveedoras. Por lo que sé, incluso podría ser la cabecilla. Recuerdo que Pamela me dijo que la habitación que ocupaba en la residencia había tenido bastantes inquilinas que se habían marchado en los tres años que vivió allí.

Marcus se enderezó y se inclinó hacia adelante mostrando un gran interés con la mirada.

—Entonces, ¿estás diciendo que todas esas muchachas salieron de esa habitación?

—Oh, sí. Y pienso demostrarlo.

Lizbeth levantó la barbilla mientras se le revolvía toda la rabia acumulada que le estaba produciendo un fuerte dolor de estómago.

Marcus sacudió la cabeza.

—Espera un minuto, no puedes meterte en algo así. Es demasiado peligroso.

—Ya estoy metida en esto —contestó—. Mi mundo se ha hecho añicos. Nunca volveré a ser la misma mujer que era cuando entré en esa residencia por primera vez.

Tomó un trago de té con la mano temblorosa.

Levantó la vista y vio a Marcus mirándola fijamente.

—¿Qué?

—No tienes ni idea de en qué te estás metiendo —dijo en voz baja.

Lizbeth se levantó de un salto y le cayeron unas gotas de té en el vestido.

—No, *señor Parlamento,* y tu jodido proyecto de ley. No tienes ni idea de en lo que *te* estás metiendo. ¿Crees que por poder acceder a los salones del gobierno, exhibir tus documentos y pedir votos en clubes y bailes elegantes, ya eres un experto en esto? —Lizbeth se apuñaló el pecho con su propio dedo—. Yo soy la experta. Fui yo la que fue engañada para que aceptara vivir en una habitación donde me hicieron sentir agradecida y segura, siendo que ya tenían planeado mi secuestro y mi posterior venta a un burdel. Maldita sea,

no solo estaba planeado, sino que lo tenían todo organizado. —Se tocó las mejillas cuando se dio cuenta de que estaba llorando—. No descansaré hasta que la señora O'Leary y quienquiera que esté trabajando con ella estén muertos —dijo gritando.

Sus palabras reverberaron por las paredes, e incluso ella misma se sorprendió por haberse expresado con tanta furia. Levantó un brazo con la palma de la mano hacia afuera cuando Marcus se acercó a ella. No podía soportar la idea de que nadie, especialmente un hombre, la tocara.

—No. No lo hagas.

Marcus asintió.

—Lo entiendo. Por favor, siéntate, Lizbeth. Termina tu taza de té.

Le entregó un pañuelo y volvió a su asiento.

Ella sonrió.

—Esa es siempre la solución para ayudar una mujer angustiada, ¿verdad? Siéntate muy tranquila, compórtate bien y tómate el té. No te hagas ilusiones de que vaya a disculparme por haber tenido un arrebato y por mi lenguaje. —Se llevó el pañuelo a la boca—. ¿Sabes lo horrible que es estar totalmente indefensa? ¿Que te obliguen a hacer algo tan repulsivo que preferirías matarte? Pero no tenía ningún arma cerca, nadie que me ayudara, nadie a quien le importara lo más mínimo que yo estuviera completamente horrorizada.

Marcus cerró los ojos un instante obviamente intentando controlarse.

—No. Reconozco que nunca he estado en una situación así. Pero escúchame. Vayamos a la policía y les contamos tu historia. Deja que ellos se encarguen de todo. Están entrenados para eso.

Lizbeth resopló y tomó otro trago de té.

—Supongo que vale la pena intentarlo, pero en los últimos años he descubierto que solo dependo de mí misma y de nadie más.

—¿Me dejarías ayudarte?

Lizbeth entrecerró los ojos. Ahí estaba. La otra pieza del rompecabezas.

—¿Por qué querrías hacerlo? ¿Para que forme parte de tu último proyecto en el Parlamento? ¿Y le pondrías mi nombre a un proyecto

de ley?

A pesar de la forma en que ella le había hablado, en lugar de dirigirse a la puerta, se levantó de su asiento completamente embobado y se sentó a su lado, pero ella se apartó un poco.

—Escúchame, Lizbeth. Me involucré en tu rescate desde el momento en que el señor Smith me pidió ayuda, y con mucho gusto participé en él. Siento cierta responsabilidad por ti...

—… no sigas con eso. Nadie es responsable de mi vida, excepto yo misma.

Marcus asintió.

—Muy bien. Lo acepto. Por ahora.

Lizbeth lo miró entrecerrando los ojos. ¿A qué se refería con por *ahora*? ¿Otra pieza para agregar al rompecabezas? Volvió a pensar que tal vez podría tener planes con ella. Quizás pensaba que como había pasado un tiempo en un burdel ahora era libre para ofrecerle sus favores. Al fin y al cabo, Pamela le había dicho que en los círculos de la clase alta el señor Marcus Mallory era conocido por ser un libertino.

Sin embargo, con toda honestidad, no había visto esa parte de él en absoluto. Todavía. Igual que la señora O'Leary, que le mostró su lado más dulce y amable cuando se conocieron.

Continuó.

—Pero mantengo lo que te he dicho. Quiero ayudarte, aunque solo sea para mantenerte a salvo.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca volveré a sentirme segura —susurró.

—Ni siquiera puedo imaginar cómo te sientes en este momento, pero debes saber esto. Haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte a llevar a esas personas ante la justicia y garantizar de que algún día vuelvas a sentirte segura.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres hacer eso?

Marcus la observó clavándole los ojos, y el corazón de Lizbeth se puso a latir con fuerza.

—Porque me importa.

Capítulo 5

Porque me importa.

Sus palabras se quedaron entre ellos. Era una especie de promesa, una determinación de hacer lo correcto. Marcus no tenía la intención de decirlas en voz alta. En todo caso todavía no. Esa mujer hermosa, triste y muy enfadada había tocado algo profundo dentro de él. Estaba destrozada y quería ayudarla a recomponerse.

—¿Puedo sugerirte que habría que ir pronto a la comisaría? Espero que mañana podamos irnos a casa de mi hermana.

—Podemos marcharnos ahora mismo. —Lizbeth se puso de pie y sacudió las faldas—. Como ya te dije, quiero irme de esta maldita ciudad lo antes posible.

A la mañana siguiente, lady Pamela llegó a la mansión de los Mallory en el carruaje de Montrose, acompañada de un sirviente y de Lizbeth. Después de despedirse pensaba volver a la casa para preparar su viaje de regreso a Bath con Nick.

Nick había confiado a Marcus que una vez que hubiera terminado el rescate de Lizbeth del burdel, pensaba proponerle matrimonio a lady Pamela. Estaba muy contento por él. Lady Pamela era una mujer muy cariñosa y Nick Smith era el hombre adecuado para cuidarla.

Algo similar a la idea de que él tenía que cuidar de Lizbeth, que comenzaba a formarse en su cabeza. Aparte de la atracción física que sentía hacia ella, era una mujer inteligente, fuerte y decidida. Sin embargo, dado su estado de ánimo actual, podría pasar mucho tiempo antes de que lo aceptara, si a eso lo llevaban sus sentimientos.

—Por favor, haz todo lo que p-puedas para de-dejar todo esto a-atrás.

Lady Pamela abrazó a Lizbeth mientras se preparaba para abordar el tren.

—Lo haré —dijo Lizbeth.

Luego se volvió y tomó la mano que le ofreció Marcus para ayudarla a subir las escaleras. Rápidamente retiró la mano en cuanto entró en el tren.

Aunque se sentaron uno al lado del otro, Lizbeth hizo todo lo posible por ir lo más cerca de la ventana que pudo para no tener que tocarlo. Marcus entendió su petición tácita y mantuvo siempre la distancia.

Cuando el tren comenzó su recorrido desde Londres hasta Bath, Lizbeth se volvió hacia él.

—Háblame de tu hermana. Por lo que me dijo Pamela, lady Berkshire, Lottie y ella han sido amigas íntimas desde hace un par de años.

Agradecido de tener algo de qué hablar que pudiera distraer a Lizbeth de su terrible experiencia, dijo:

—Mi hermana siempre fue Adeline hasta que rechazó todo lo *relacionado con la alta sociedad* y obligó a mis padres a entregarle su dote para poder trasladarse a Bath y comprar una librería. Allí se convirtió en empresaria de éxito, acortó su nombre a Addie y, finalmente, conoció y se casó con lord Berkshire.

—¡Oh! ¿Qué fue lo que la hizo decidir hacer todo eso? ¿No es eso algo extraño en vuestro mundo?

Marcus asintió.

—Había sido muy infeliz en medio del torbellino social al que llaman el *mercado matrimonial*. Su problema era que es un poco torpe, y posiblemente tenía un poco más de peso que la mayoría de las chicas. Eso la había llevado a ser tímida y a ser señalada por algunas de las jóvenes con menos encanto como blanco de sus burlas.

—Eso debió de ser terrible. ¿Por qué lo hacían?

Marcus se removió en su asiento para poder mirarla directamente. Y vaya espectáculo. Lizbeth llevaba un vestido de rayas azules y blancas bajo una capa de lana color azul real con un sombrero a juego que resaltaba el azul profundo de sus ojos. Imaginó que Pamela le habría prestado la ropa, o tal vez se la había comprado a toda prisa.

Su peinado se había suavizado desde la noche en que la recogieron del burdel, y ya no iba peinada hacia atrás, sino con suaves ondas alrededor de la cara, y con el resto del cabello recogido en un moño en la parte posterior del cuello.

Volvió a la conversación y respondió a su pregunta.

—He descubierto que algunas mujeres, a pesar de sus dulces sonrisas, sus ojos tristes y sus comportamientos delicados, pueden ser francamente crueles con aquellos que consideraban que no son los favoritos.

—¿Y a tu hermana no se la consideraba favorita?

Marcus se encogió de hombros.

—No. Asistimos juntos a un baile y, desde lejos, observé lo mal que lo pasaba. Cuando regresé a casa esa noche, la apoyé en su idea de comprarse una librería.

—Eres un buen hermano.

Lizbeth sonrió, y a él se le calentó el corazón.

Después de varios minutos de silencio, Lizbeth dijo:

—Nunca he sido una persona que le vaya a restregar a otra algo que dijo, pero me voy a permitir hacerlo ahora. No me sorprendió en absoluto que la Policía Metropolitana no saliera de inmediato de la comisaría a detener a la gente del *Naughty Nest* cuando fuimos a hacer la denuncia ayer.

Marcus asintió.

—Por desgracia, estoy de acuerdo. No fueron muy útiles, pero dijeron que llevaban un tiempo vigilando ese lugar. Ahora tienen más información que podrán usar algún día para cerrarlo y arrestar al propietario, a los gerentes y a los proveedores. Recuerda que la policía tiene reglas que está obligada a seguir.

Lizbeth lo observó con el ceño fruncido y se volvió para mirar el paisaje por la ventana. Marcus pensaba que había terminado con la conversación, y se sorprendió cuando añadió:

—Pueden hacer lo que quieran en Londres, pero yo voy de ocuparme de los cómplices que tienen en Bath.

Sus palabras encendieron una alarma en Marcus. No le había gustado lo que dijo ni cómo lo había dicho.

—Lizbeth, ya sabes que en la Policía Metropolitana te explicaron que se pondrían en contacto con los agentes de Bath, y ellos, a su vez, se pondrían en contacto contigo.

—¿Y tú crees que es cierto?

Lo miró por encima del hombro y sonrió.

Después de unos momentos, Marcus sonrió suavemente.

—No.

—Ya te lo he dicho: eres un hombre muy inteligente.

El resto del viaje transcurrió en silencio, hicieron algunos comentarios sobre Bath en comparación con Londres, y sobre el cumpleaños de la reina, el clima y el estado de las carreteras. Todos temas inocuos que la mayoría de los ingleses eran expertos en analizar.

Había muchas cosas más de las que Marcus quería hablar con Lizbeth, pero teniendo en cuenta el trauma por el que acababa de pasar, pensó que lo mejor era darle un par de días para que se instalara tranquilamente en la casa de Addie. Solo esperaba que no hiciera nada insensato y volviera a meterse en problemas.

Sacudió la cabeza cuando el tren se detuvo en la estación de Bath Spa, y todos los pasajeros comenzaron a recoger sus pertenencias. Aunque creía que era capaz de ocuparse de sí misma, en realidad si había una mujer que necesitaba ser cuidada, esa era la señorita Lizbeth Davenport.

Lizbeth tuvo que reconocer que estaba bastante nerviosa cuando el carruaje se detuvo frente a la residencia de los Berkshire. Pamela y Marcus le aseguraron que lady Berkshire la iba a recibir con los brazos abiertos. Pero ahora que se había asentado firmemente en la mente de Lizbeth la idea de sospechar de las buenas acciones de todo el mundo, se preguntó qué ganaba la amiga de Pamela ayudándola.

Le preocupaba haberse vuelto tan insensible y cínica. Pero, por otro lado, nunca se dejaría engañar de nuevo.

Un sirviente abrió la puerta del carruaje y retrocedió para que bajaran. Marcus salió primero, y después se giró para tomarle la mano. Hubiera preferido bajar por sí misma, pero sus faldas la

volvían torpe y lo hacían imposible. Lo más probable esque terminara cayéndose al suelo. Al menos, tanto ella como Marcus iban con guantes, así que no tendría que tocarle la piel.

En cuanto llegaron al último escalón se abrió la puerta principal y salió un hombre.

—Buenas tardes, señor Mallory.

—Buenas tardes, Penrose. —Marcus adelantó a Lizbeth—. Ella es la señorita Davenport. Va a ser huésped de lord y lady Berkshire.

—Bienvenida, señorita Davenport —dijo el mayordomo y enseguida se volvió hacia Marcus—. Su señoría está en el salón.

Marcus tomó a Lizbeth del brazo y la acompañó por las escaleras hasta llegar al primer piso. Lizbeth sintió varios espasmos de pánico a medida que se acercaban a la puerta al final del pasillo, donde se oía a gente conversando.

—¡Marcus!

Lady Berkshire se puso en pie y extendió los brazos hacia su hermano. Lizbeth no dudó de que era su hermana. Si ambos hubieran sido hombres, o mujeres, hubieran sido considerados gemelos idénticos.

Marcus abrazó a su hermana con fuerza y le dio un beso en la mejilla.

—Estás maravillosamente bien para estar a punto de dar a luz. —Se echó hacia atrás y observó su enorme barriga con preocupación —. Eh, ¿para cuándo se espera que nazca?

Ella hizo un gesto con la mano.

—Él o ella, hermano, nacerá en unas seis o siete semanas. Aparte de comer todo lo que veo y de dormir mucho durante el día, aunque no puedo hacerlo por la noche, me siento bien. Gorda.

Enseguida se apartó de su hermano y observó a Lizbeth.

El corazón de Lizbeth latía con fuerza, preguntándose si tenía que huir y buscarse otro lugar donde quedarse. Era una mujer de la *alta sociedad*. Estaba casada con un conde, por el amor a la bondad. ¿Por qué permitían que una mujer deshonrada entrara en su casa?

Entonces Addie se acercó a ella, con los brazos extendidos una vez más.

—Estoy muy contenta de que te quedes con nosotros, señorita Davenport.

Cuando le dio un abrazo, de nuevo su barriga se interpuso entre ellas.

Lizbeth contuvo las ganas que tenía de llorar. Se aclaró la garganta y miró a lady Berkshire.

—Estoy muy agradecida de que me permitáis quedarme en vuestra casa. Si terminara siendo un problema, no dudes en hacérmelo saber.

Lady Berkshire arqueó las cejas.

—¿Un problema? ¿Por qué piensas eso? Lord Berkshire y yo estamos encantados de que te quedes con nosotros.

Colocó un brazo alrededor de los hombros de Lizbeth y la acompañó hacia el sofá donde ambas se sentaron.

—Tengo una habitación preciosa lista para ti. —Miró a Marcus, y vio que sonreía—. ¿Por qué me sonríes? Es por la barriga, ¿no? —Sacudió la cabeza hacia Lizbeth y puso los ojos en blanco—. Hombres.

—Y para ti hermano te hemos preparado tu habitación de siempre —dijo por encima del hombro, y después volvió a dirigirse a Lizbeth—. No he hecho que nos preparen el té porque pronto vamos a almorzar. Me encantaría que tengamos una charla larga y tranquila, pero me imagino que te quieres conocer tu habitación y refrescarte un poco. La cocinera tendrá todo listo en unos quince minutos.

—Sí. Me encantaría.

Lady Berkshire se volvió hacia Marcus.

—¿Podrías llamar a un sirviente, por favor?

Una vez que llegó el sirviente, dijo:

—Por favor, haga que Sybil enseñe a la señorita Davenport la habitación que la señora Marshall ha preparado para ella. —Se volvió hacia Lizbeth—. Sybil es una de nuestras sirvientas, y la señora Marshall es el ama de llaves. Si necesitas algo, puedes llamar a la señora Marshall. Es una mujer estupenda.

Decir que estaba abrumada era quedarse corto. En su infancia tuvieron a una mujer que venía a lavar la ropa y a limpiar, así como

una cocinera, pero solo una sirvienta, y definitivamente ningún sirviente, ya que en su pequeña casa apenas cabían los cinco.

—Gracias, mi lady. Una vez más, te agradezco la amabilidad.

—Oh, no quiero que me llames "mi lady", por favor. Me gustaría que me llamaras Addie, que es como me llaman mis amigos.

Que la considerara una amiga tan rápida y fácilmente decía mucho sobre ella. ¿Podría ser que fuera tan amable como Marcus parecía ser? Entonces recordó que se no tenía que confiar en nadie, y mentalmente se replegó. Era mejor mantener una distancia entre ellos para así protegerse mejor.

—Gracias. Y, por favor, llámame Lizbeth.

—Es un nombre inusual. ¿Hay una historia detrás?

Addie estaba haciendo una gran esfuerzo por levantarse de la silla. Marcus se acercó, la tomó de las manos y la levantó. Ella le dio las gracias y enseguida le dio un manotazo en el brazo al ver que se echaba a reír. Addie fue con ella hasta el vestíbulo donde esperaron a Sybil.

—De hecho, sí —contestó Lizbeth—. Mi hermano Jacob era cuatro años menor que yo. No podía decir 'Elizabeth', que es mi nombre de pila. Muy pronto todo el mundo me comenzó a llamar Lizbeth y así ha sido así durante años.

Addie entonces cogió la mano de Lizbeth.

—Me enteré de la terrible tragedia que sufriste con la muerte de tu familia. Espero que no te importe que Pamela nos lo contara una vez que quedamos para tomar el té. Lamento mucho lo ocurrido.

—Gracias. —Lizbeth tuvo que parpadear para no llorar de nuevo.

—Si te apetece, Lizbeth, me gustaría que fuéramos al teatro esta noche —dijo Marcus mientras se unía a ellos en el vestíbulo justo cuando una joven sirviente, que debía de ser Sybil, bajaba las escaleras.

Aunque Lizbeth era reacia a aparecer en público, si iba a seguir adelante con su plan de vengarse de las personas que habían arruinado su vida, tendría que tragarse sus miedos y salir de la casa. Además, le encantaba el teatro y llevaba años sin ir a uno. Marcus la observó mientras dudaba hasta que finalmente sonrió.

—Sí. Creo que eso me gustaría ir.

Marcus le sonrió a su hermana.

—Te invitaría a ti y a Grayson también, pero no creo que quepas en ninguna de las butacas.

Addie volvió a poner los ojos en blanco.

—Lárgate. Ve a buscar a Grayson, y tomaros una copa de brandy. —Miró a Lizbeth—. Grayson es lord Berkshire.

Sybil se presentó a Lizbeth y le pidió que la siguiera por las escaleras. El segundo piso estaba alfombrado, y las pisadas eran silenciosas. La sirvienta mantuvo una animada charla mientras llegaban casi hasta el final del pasillo, donde abrió una puerta y dio un paso atrás, permitiendo que Lizbeth entrara primero.

—Esta es su habitación, señorita, espero que le guste.

La habitación era encantadora y mejor que cualquiera en la que se hubiera alojado antes. El papel pintado azul suave y verde pálido daba a la habitación una sensación agradable. Una gran cama ocupaba casi todo el centro de la habitación.

En una pared había una chimenea entre dos ventanas alargadas, con cortinas que hacían juego con la colcha, que ya habían retirado, que proporcionaban una luz brillante al lugar. En la otra pared había un hermoso tocador de caoba con una jarra y un cuenco encima. Un pequeño escritorio y una estantería a juego pegados a la pared sur completaban la habitación.

—Esto es maravilloso. —Lizbeth colocó su retícula y sus guantes en el tocador.

—Si necesita algo, por favor toque esa campana. —Sybil señaló un tirador de campanilla de brocado que colgaba cerca de la puerta —. El almuerzo se servirá en unos quince minutos. Una vez que se haya refrescado, simplemente regrese por donde vinimos y vaya hacia el salón. La primera puerta que hay después es el comedor.

—Muchas gracias.

—Un placer atenderla. —Sybil le hizo una reverencia y salió de la habitación.

Lizbeth se dio la vuelta y examinó el lugar. Tuvo que hacer un esfuerzo para no sentir el pánico que se apoderaba lentamente de su cuerpo haciendo que su corazón se acelerara. La última vez que

le ofrecieron una hermosa habitación gratis, todo había terminado siendo un desastre.

—Creo que fue muy noble de tu parte ayudar a rescatar a Lizbeth de ese horrible lugar —dijo Addie mientras Marcus y ella se sentaban uno frente al otro en el salón.
Era de noche y estaba esperando a que llegara Lizbeth para irse al teatro.

Marcus bebió un trago de brandy mientras observaba a su hermanita, que había huido de Londres para seguir su propio camino, y había terminado exactamente donde su madre quería que estuviera. Casada y con un hijo en camino. ¿Es eso lo que le iba a pasar a él? ¿Era imposible ir en contra de los deseos de los padres? ¿Se saldría con la suya su madre y él también terminaría casado y con un hijo en camino?

Era extraño que ya no le pareciera algo tan aterrador.

Parecía que desde que había conocido a Lizbeth ya no pensaba que fuera a ser tan desagradable, lo cual era ridículo porque lo más probable era que lo último que querría esa pobre mujer era ser tocada por un hombre. Y él no era de los se conformarían con tener un matrimonio con celibato.

—En todo el tiempo que llevo defendiendo a las mujeres y los niños que son secuestrados en las calles para ser vendidos a los burdeles, siempre me había parecido que era una especie de fantasía. Nombres en un trozo de papel. —Observó el líquido marrón que se arremolinaba en su vaso—. Aunque no es que no supiera a ciencia cierta lo que estaba sucediendo. —Miró a Addie—. Rescatar a Lizbeth lo convirtió todo en algo completamente real. Una mujer perfectamente inocente, de buena familia, aunque sin el dinero y los títulos que caracterizan a los de nuestra clase social, que tuvo una educación muy similar a nuestra.

Eran tan parecidos, de hecho, que eso le asustaba más que todas las horas que había pasado investigando, haciendo entrevistas y hablando con la policía. Si le pudo pasar a Lizbeth, podría haberle pasado a su hermana, o a una hija suya algún día.

—Grayson y yo estamos encantados de que Lizbeth se quede con nosotros, pero ¿qué pasa con el resto de su vida? A pesar de lo injusto que es, tiene que cargar con un estigma. ¿Le costará mucho atraer a algún pretendiente? ¿Querría tenerlo siquiera? No creo que quiera.

Marcus saltó de su asiento, sorprendiendo a Addie.

—A Lizbeth no le pasa nada malo. No carga con ningún estigma. Sigue siendo una joven pura e inocente. Si algún hombre no ve su valía, no es digno de que pierda el tiempo con él.

Addie asintió con la cabeza mientras miraba a su alrededor, y la expresión de su rostro hizo que Marcus se volviera y se encontrara cara a cara con Lizbeth.

El ligero rubor de su rostro se le clavó como una daga en su corazón. Aunque obviamente se sentía avergonzada, enderezó los hombros e intentó sonreír.

—Estoy lista.

Realmente no había mucho más que decir, al menos en ese momento, así que Marcus le hizo una leve reverencia.

—Excelente. —Se volvió hacia Addie. —Que tengas una buena noche. ¿Dónde está Grayson, de todos modos? ¿No debería estar aquí contigo?

—Ay, por favor. No seas bobo. Pasa tanto tiempo mirándome a mí y a mi barriga que le pedí que se fuera a su club esta noche.

—¿Es una buena idea?

Marcus ayudó a Addie a levantarse, ya que parecía querer ponerse de pie, pero sus movimientos era tan elegantes como los de una mariquita caída de espaldas.

—Estoy bien. Por favor, no empieces a mirarme igual que él. Tengo gente aquí que puede pedir ayuda si fuera necesario. —Hizo un gesto con los dedos—. Largaos de una vez. Y disfrutad de la noche. Yo me retiraré a descansar temprano.

Marcus tomó el abrigo de Lizbeth que le entregó el mayordomo y la ayudó a ponérselo. Enseguida bajaron juntos la escalinata donde los esperaba el carruaje.

Una vez que se acomodaron en su interior y comenzaron a avanzar, Marcus le sonrió.

—Estás muy guapa esta noche. —Una vez más se había quedado prendado de su semblante. No solo de su belleza, sino de la forma como se comportaba. No era una persona tímida. Pero, como no la había conocido antes del incidente, no tenía forma de evaluar qué daños le habían hecho a su personalidad—. ¿Encontraste ropa de tu gusto en el armario de mi hermana?

—Sí. —Lizbeth se alisó la falda—. Me dio absoluta confianza para que me probara sus vestidos y otras cosas, y me aseguró que eran prendas que ya no le iban a quedar bien después de que naciera el bebé.

Marcus asintió.

—Addie nunca ha sido delgada, así que creo que probablemente tardará algún tiempo en quitarse los kilos de más que seguramente tendrá después de que nazca el bebé —Pero enseguida dijo—: En todo caso, no hace falta que se lo cuentes a nadie.

Lizbeth se echó a reír.

—Lo prometo. Será nuestro secreto.

Nuestro secreto. Eso le gustó mucho.

Lizbeth suspiró y se volvió a alisar las faldas.

—¿Me prometes que no te sentirás mal conmigo si te digo que todo esto me incomoda?

Marcus frunció el ceño.

—¿Qué te hace sentir incómoda?

—Toda la ayuda que tú, tu hermana y lord Berkshire me estáis dando. Aprendí por las malas que no todo lo que parecen ser buenas intenciones realmente lo son. —Giró la cabeza para mirar por la ventana—. No me gusta cómo suena eso, porque realmente aprecio todo lo que has hecho. Y Addie también. Es solo que...

—Comprendo. —El carruaje se detuvo frente al teatro justo cuando comenzaba una ligera llovizna. Marcus intentó cogerle una mano, pero Lizbeth la retiró—. No puedo imaginar cómo te sientes, pero por favor debes saber que cualquier cosa que yo, o lady Pamela, o Addie, hagamos por ti, de verdad que lo hacemos con las mejores intenciones.

Salió del carruaje y se volvió para ayudarla a bajar. Después, un sirviente los acompañó hasta la puerta principal del teatro para

taparlos con un paraguas.

Una vez que entraron y se sacaron los abrigos pasearon por el vestíbulo a la espera de que el espectáculo comenzara. Marcus se alegró cuando Lizbeth aceptó cogerlo del brazo mientras se abrían paso a través de la gente para dirigirse al palco de Berkshire, que Marcus usaba cada vez que se encontraba en Bath. Tal vez por culpa de la penumbra que había en el carruaje y la cercanía de sus cuerpos Lizbeth había rechazado que le tomara la mano. E incluso ahora, intentaba mantenerse a cierta distancia de él.

Aunque Marcus vivía en Londres, tenía numerosos amigos y contactos comerciales en Bath, y parecía que muchos de ellos estaban en el teatro esa noche. Le gustó advertir que Lizbeth no eludía a aquellos que lo conocían, y después de su rechazo inicial a participar en las conversaciones, había perdido algo de su rigidez y parecía estar disfrutando.

Cuando acababan de comenzar a subir las escaleras que llevaban al nivel superior, Lizbeth respiró hondo y se volvió hacia él, con los ojos muy abiertos y el rostro pálido.

—¿Qué pasa?

Tenía los ojos llenos de lágrimas y negaba con la cabeza.

—Tengo que marcharme.

Se dio la vuelta para bajar las escaleras, pero él la detuvo al ver que tropezaba por culpa de su urgencia.

—Lizbeth, dime qué te pasa. —La tomó por los antebrazos y observó su cara angustiada—. ¿Qué te ha pasado?

Lizbeth tragó saliva y apretó las manos.

—Ese hombre de ahí —miró a la derecha donde había un grupo de hombres y mujeres conversando.

—¿Qué hombre? ¿Y qué pasa con él?

Su respiración se había acelerado y comenzaba a temblar.

—El del chaleco rojo.

Marcus se fijó en el grupo y divisó al hombre al que se refería. Era un hombre al que no conocía, corpulento, no demasiado alto, calvo en la parte superior de la cabeza y movía un cigarro de un lado a otro. Marcus rodeó los hombros de Lizbeth con un brazo y la condujo escaleras arriba. Milagrosamente, ella no lo rechazó:

—Espera un minuto y ya estaremos en nuestro palco.

Lizbeth se limitó a asentir con la cabeza y se tropezó con él. Solo estaban ellos dos en el palco, y estaba oscuro. Pero una vez que la cortina se cerró, y quedaron separados del resto de la gente, sintió que Lizbeth comenzaba a relajarse. La llevó hasta una butaca y se sentó a su lado con muchas ganas de cogerle la mano, pero comprendió que era mejor no tocarla en ese momento.

—¿Quién es ese hombre, Lizbeth?

Ella se secó las lágrimas y lo miró.

—Es el hombre que ordenó que me golpearan después de que me descubrieran intentando apuñalar a mi primer cliente del burdel.

Capítulo 6

—¿Qué? —El grito de Marcus la sobresaltó y la obligó a echarse hacia atrás—. ¿Te golpearon en ese lugar? —Dijo en voz baja.

Lizbeth se secó la nariz con el pañuelo que Marcus le entregó y asintió.

—Sí. —Suspiró y apretó con fuerza el pañuelo el lino que tenía en la mano pues los recuerdos que tanto se había esforzado en relegar al fondo de su mente aparecieron de golpe—. Por extraño que suene, fue lo mejor para mí porque no me hicieron trabajar hasta que me desparecieron los moretones.

A pesar de la penumbra, era obvio que Marcus estaba furioso por lo que le había confesado. Pero continuó:

—Por eso solo estuve dos días trabajando. Tres, si cuento la noche en que el señor Smith y tú me rescatasteis.

Marcus se pasó una mano por la cara y respiró hondo.

—Tengo que averiguar quién es ese hombre. ¿Te importa si te dejo sola unos minutos?

—¿Qué vas a hacer?

—No temas, cariño, no le voy pegar una paliza. Todavía. Pero si estás decidida a llevar a estas personas ante la justicia, el mejor lugar para comenzar es aquí y ahora. —Levantó una mano y le colocó un rizo suelto detrás de la oreja. Ella retrocedió bruscamente, pero le sorprendió que cuando la tocó no se le hubiera erizado la piel —. Volveré lo más rápido posible.

Después de esas palabras, le dio un beso en la frente y salió del lugar tras cerrar la cortina, y ella se quedó sola con sus pensamientos. Se frotó la frente con las yemas de los dedos. Marcus era un hombre cariñoso, pero no dejaba de ser un hombre. Se estremeció al pensarlo.

Lizbeth se mantuvo ocupada revisando el programa y observando a las personas que estaban en los palcos de enfrente. Era obvio que todas los palcos estaban ocupados por aristócratas y *nuevos ricos*. Las pocas veces que había ido al teatro, nunca se había sentado en un lugar tan elegante e importante.

Se giró cuando la cortina se abrió y entró Marcus.

—¿Pudiste conseguir alguna información?

—Sí. —Se sentó a su lado y tomó el programa que ella le entregó —. Su nombre es Joey Barton. Es propietario de varios negocios de la ciudad. Estoy seguro de que una vez que revisemos sus antecedentes, algunos de esos negocios podrían ser delictivos. Pero, si ordenó que te golpearan en un burdel, obviamente está involucrado en tu secuestro y en la prostitución forzada.

Marcus le habló al oído cuando la orquesta comenzó la obertura.

—¿Te encuentras bien? ¿Preferirías volver a casa?

—No. —Apretó los labios, sus músculos se tensaron—. Ya me han robado bastante. No voy a dejar que me roben el resto de mi vida. Me encanta el teatro.

Marcus sonrió. Volvió a intentar tomarle la mano, pero Lizbeth cruzó los brazos por encima de la cintura. Aparentemente impertérrito después de que lo volviera a rechazar, susurró:

—Tu valentía me sorprende, señorita Davenport.

Aunque era lo suficientemente honesta como para reconocer que se sentía valiente, lo más probable es que ese valor estuviera potenciado por tener a Marcus a su lado. Aunque lo suficientemente apartado de ella como para no sentirse asfixiada.

Sin embargo, no fue tan valiente como para pasearse por el vestíbulo durante el intermedio. En cambio, Marcus fue a buscar unos vasos de limonada para los dos.

Al comenzar la obra, se puso a repasar todo lo que le había sucedido desde el momento en que se despertó en una cama extraña con un gran dolor de cabeza al día siguiente del secuestro. Miró de reojo a Marcus, y decidió que cuando volvieran a casa le iba a explicar toda la historia.

Ya le había contado cómo había terminado en la residencia de la señora O'Leary, pero se habían distraído y nunca terminó de aclararle toda la historia. Como parecía que estaba dispuesto a ayudarla a encontrar a los malvados que la habían secuestrado, tenía conocer el resto de la historia.

En su mayor parte, consiguió disfrutar de la representación, a pesar de que se dio cuenta de que la miraban desde los otros

palcos. Como Addie y lord Berkshire no estaban con ellos, probablemente habían generado un gran interés por saber quiénes eran. Por supuesto, cualquiera que conociera a Addie reconocería que Marcus su hermano. Ella, en cambio, era una mujer misteriosa.

Una vez terminada la obra, se dirigieron a la entrada del teatro donde hacían fila los carruajes. Mientras esperaban el suyo, Lizbeth se dio cuenta de que estaba buscando a Joey Barton entre la muchedumbre. Cuando Marcus le dijo su nombre, recordó que alguien lo había llamado Joey, pero había olvidado muchos de los detalles ya que había hecho todo lo posible por ignorar lo que sucedía a su alrededor.

La lluvia había pasado de ser una ligera llovizna a convertirse en un aguacero. A pesar del paraguas, su abrigo y la parte inferior de su vestido se habían mojado. Cuando el carruaje comenzó a alejarse del teatro estaba temblando de frío.

—Parece que tienes frío, pero no quiero angustiarte, así que te daré la opción de que te pongas mi abrigo o que me siente a tu lado y te rodee con un brazo para darte calor. Lo decides tú.

La barbilla de Lizbeth temblaba de frío.

—Muchas gracias, pero no puedes darme tu abrigo porque te a va a dar frío a ti.

—No me importa. —Dijo y comenzó a quitarse el abrigo.

—No. No lo hagas. Estaré bien si te sientas a mi lado.

Contuvo la respiración, temerosa de cuál sería su reacción al sentir su cercanía. Marcus se movió lentamente y, después de acomodarse, la rodeó con cuidado con su brazo para transmitirle su calor. Lizbeth suspiró aliviada cuando comprobó que su cuerpo no tuvo ninguna reacción adversa.

El calor que emanaba del cuerpo Marcus era suficiente para que pudiera dejar de temblar.

—¿Está todo bien?

La miraba genuinamente preocupado. Era un hombre realmente muy agradable. Todavía no había visto en él a una persona con la reputación de ser un "libertino", tal como le había contado Pamela.

—Sí. Todo bien. —Meditó un instante y después dijo—: Yo... Quiero contarte lo que me pasó.

Obviamente lo había sorprendido porque dejó de mirar por la ventana y frunció el ceño.

—¿Te refieres a cuando te secuestraron?

Ella respiró hondo y asintió.

—Sí. Creo que si se lo cuento a alguien empezaré a sentirme mejor conmigo misma. Pero no quiero agobiar a tu hermana con esto, y hoy me he enterado de que Pamela no va a volver a Bath porque ha decidido volver a vivir con su hermano en Londres.

—Qué raro —dijo Marcus—. Tenía la impresión de que Nick Smith le iba a pedir matrimonio.

Lizbeth sonrió, pensando en lo bonito que sería que su amiga encontrara la felicidad.

—Qué bueno. Serían una pareja perfecta. Me pregunto qué le habrá pasado.

—No tengo ni idea. Sin embargo, como estoy seguro de que Addie y su marido ya se habrán retirado a dormir cuando regresemos, sugiero que esperemos hasta llegar a casa para que me cuentes tu historia.

Lizbeth asintió y acercó el abrigo a su cuerpo, lo que hizo que Marcus la abrazara aún más fuerte.

—Sí, creo que me vendría bien tomar una copa de jerez cuando hablemos.

Ahora que había decidido contarle a Marcus todos los detalles desagradables de su terrible experiencia, se preguntaba si iba a ser una buena decisión. Tal vez guardárselo todo para ella misma era mejor opción.

Cuando llegaron a casa, entregaron los abrigos y se dirigieron al salón. Lizbeth se sentó en un sofá con el corazón palpitante. Mientras se retorcía los dedos que tenía apoyados en su regazo se dijo a sí misma que iba a ser capaz de hacerlo.

Marcus se acercó a ella y le dio una copa de jerez. Miró el espacio que había junto a ella en el sofá con las cejas arqueadas.

Ella asintió, agradeciéndole en silencio que fuera consciente de sus problemas para estar cerca de un hombre.

—Sí.

Se sentó a su lado, pero dejó suficiente espacio entre ellos como para que se sentara otra persona. Lizbeth dio un buen trago de jerez para darse valor, y dijo:

—La mañana después de que me sacaran de la residencia, me desperté en una habitación extraña con un terrible dolor de cabeza. Casi no recordaba que me hubieran sacado de la habitación, y solo estaba confundida y extremadamente cansada.

– ¿Te drogaron?

—Sí. Sin embargo, no me había dado cuenta en ese momento. Solo sentía que estaba confundida y desorientada. La señora O'Leary había aparecido por mi habitación poco antes de que me retirara a dormir y me ofreció una tisana porque me dijo que había estado estornudando mucho durante la cena, lo que en retrospectiva me doy cuenta de que no era cierto. Me explicó que con esa tisana iba a dormir mucho mejor.

Marcus resopló y se tomó un gran trago de brandy.

—Continua.

Como era un caballero, Marcus se sentó tranquilamente con su copa de brandy en la mano para escuchar a Lizbeth. Su corazón latía con fuerza y se le había apretado el estómago.

Con cada palabra que ella le decía, lo único que quería era volver al teatro para buscar a Barton y molerlo a golpes. Después de sonsacarle los nombres de todos los que habían estado involucrados en el secuestro de Lizbeth. Sin embargo, tuvo que hacer un gran esfuerzo para calmarse, ya que sabía que esos sentimientos iban a irse exacerbando a medida que Lizbeth continuaba narrándole su historia.

—Cuando me desperté, una mujer entró en mi habitación y me dijo que debía estar preparada para recibir a un cliente en un par de días, y que mientras tenían que "enseñarme" a cumplir con mis deberes.

La voz de Lizbeth temblaba, Marcus cubrió su mano con la suya, y ella no la apartó.

—Naturalmente, le dije que no tenía idea de lo que me estaba hablando. Además le pregunté dónde estaba y le exigí que me

devolvieran a mi casa. Me dijo que estaba en un burdel y que me quedaría allí todo el tiempo que les hiciera falta. Mientras yo me sentía completamente conmocionada, me dijo que me iban a subastar en un par de noches…

Dejó de hablar y cerró los ojos.

—¿Subastaban tu virginidad? —Dijo Marcus en voz baja.

Ella asintió y comenzó a llorar. Marcus apretó y aflojó su mano, pero sabía que tenía que mantener la calma. Lizbeth necesitaba contar su historia. Si quería sanar, tenía que hacerlo. Por mucho que no le gustara tener que ser quien la escuchara, en realidad no tenía a nadie más a quien contársela.

Lizbeth suspiró estremecida.

—Pasaron dos días entrenándome, examinándome... —su voz flaqueó, y se tomo otro trago de jerez—. Cuando llegó la noche me maquillaron, me arreglaron el pelo y me dejaron en otra habitación que obviamente pertenecía a un burdel. Estaba vestida con una especie de camisón, pero no se parecía en nada a los que yo suelo usar.

Marcus intentó bloquear de su mente la imagen de Lizbeth cuando la sacaron del burdel. Debían de cobrar un alto precio por pasar una noche con ella.

—Cuando me dejaron en la habitación, estuve dando vueltas durante más de una hora y me di cuenta que habían olvidado retirar la bandeja de la cena, donde encontré un cuchillo que escondí en los pliegues de mi camisón. Entonces esperé sentada en la cama.

Cuando la puerta se abrió, me levanté de un salto y corrí hacia el hombre y le apuñalé un hombro. Pero por desgracia no era el cliente, sino uno de los propietarios y Joey Barton estaba con él. Se enfureció y también lo ataqué a mordiscos y patadas, luchando todo lo que pude.

—Buena chica.

—Sí. Pero al final me sometieron entre los dos, y Joey ordenó que me dieran una paliza. Me sacaron a rastras de esa habitación, y la paliza que recibí, como *advertencia*, según dijo Joey, hizo imposible que pudiera recibir "clientes" durante más de una semana.

Marcus le quitó la copa de la mano y se acercó al aparador. Allí volvió a rellenarle la copa, pensando que probablemente lo mejor era tomarse brandy. Cuando se volvió a sentar a su lado, ella continuó:

—Una vez que los moretones dejaron de verse, me volvieron a llamar, me maquillaron y me pusieron un camisón. Entonces la misma mujer del primer día apareció en la habitación y me obligó a tomar una pequeña dosis de láudano.

—Como el proceso era que pagaban para pasar toda la noche conmigo, solo tuve dos "clientes". La tercera noche fue cuando el señor Smith pagó para irse conmigo, y los dos me sacasteis de allí. El resto de la historia ya lo conoces.

Por lo tanto, Lizbeth solo había sido sometida por dos hombres. Menos mal, Nick y él habían llegado en el momento justo.

—Eso explica por qué el hombre que me contó que estabas en ese burdel me dijo que acabas de llegar hacía un par de días antes. Habíamos especulado acerca de dónde habrías estado antes.

Lizbeth le dedicó una sonrisa amarga.

—Recuperándome.

A lo largo del relato, varias veces había derramado lágrimas. Pero gracias a su gran coraje lo había hecho sin histeria ni desvanecimientos. Era una mujer verdaderamente extraordinaria.

—¿Te sientes mejor?

Ella negó con la cabeza con una sonrisa triste.

—No. Pero creo que con el tiempo mejoraré, ya que lo he sacado todo. —Dejó la copa de jerez sobre la mesa y se volvió hacia él—. Lo que siento ahora es que estoy muy, muy enfada. Indignada, en realidad. No hice nada para merecer que me pasara eso. Y te digo algo: me voy a vengar. —Se puso de pie y se estiró las faldas—. Ahora mismo estoy agotada y quiero irme a la cama.

Marcus se terminó su copa.

—Te voy a acompañar durante el proceso. Me has dado mucho de qué pensar.

—Si realmente quieres ayudarme, puedes pensar en alguna manera de hacer que esas personas paguen por lo que han hecho.

Subieron las escaleras, y una vez que llegaron a la puerta de la habitación de Lizbeth, se volvió hacia él, con la mano apoyada en el picaporte.

—Basándome en lo que Pamela me contó sobre esa habitación de la residencia de la señora O'Leary, probablemente haya varias muchachas más a las que les haya pasado lo mismo que a mí. Es posible que no podamos ayudarlas, pero quiero asegurarme de que nadie más vaya a ocupar esa habitación.

Marcus le tocó la mejilla y le sorprendió que tuviera la piel tan suave.

—Haré lo que sea necesario para detener a esa mujer.

—No. Me ayudarás a hacer lo que sea necesario para detenerla. No dejaré que nadie me deje de lado. Esta es mi guerra, y me encanta contar con tu ayuda, pero no soy una mujer débil y llorona que se queda en casa mientras un caballero con armadura brillante lucha sus batallas.

Marcus sonrió.

—¿Soy yo tu caballero de brillante armadura, entonces?

Sus ojos se abrieron de par en par, probablemente sin ser consciente del todo de lo que había dicho.

—Quizás. Tal vez no. Depende.

Marcus apoyó un brazo en la jamba de la puerta y le sonrió.

—¿Depende de qué?

—De si piensas tratarme como a un niña. O como a una compañera.

—Como a una compañera. —Le dijo aunque levantó la mano cuando vio que ella sonreía alegremente—. Sin embargo, no dejaré que salgas por tu cuenta a exponerte al peligro.

—Hum, estaba pensando ir a ver a la señora O'Leary muy pronto.

Marcus retrocedió.

—¿Qué? No puedes acercarte a ella. ¿Qué estás pensando?

Lizbeth se cruzó de brazos.

—Estoy pensando que quiero que me devuelva mis pertenencias. Sobre todo mis cuadros.

—¿Pinturas?

—Sí. Soy pintora. Una pintora consumada, podría añadir. Estaba preparando una exposición en una ciudad cercana a Somerset cuando mi familia murió. Como no pude quedarme en esa casa porque estaba llena de recuerdos, cuando me trasladé a Bath me traje todas mis pinturas.

Marcus se golpeó los labios con la yema de un dedo.

—Estoy de acuerdo. Deberías recuperar tus cosas. Pero no puedes ir sola. Es posible que la señora O'Leary ni siquiera sepa que ya no estás en el burdel, y no sé cómo podría reaccionar.

—Voy a ir a verla—dijo ella—. Mañana mismo, de hecho.

Marcus respiró hondo y miró hacia arriba, como si esperara que una entidad superior le diera fuerzas para lidiar con esta mujer.

—Iré contigo.

Lizbeth asintió.

—Muy bien. Gracias. Buenas noches.

Con esas bruscas palabras entró en la habitación, cerró la puerta, y lo dejó allí completamente atónito.

Entonces Marcus llamó a su puerta.

—No se te ocurra ir sin mí.

Al ver que no le respondía, se dio la vuelta y se dirigió a su habitación.

¡Qué mujer tan obstinada!

Capítulo 7

Poco después del almuerzo, Lizbeth se dirigió al salón de la casa de los Berkshire para esperar a Marcus. Iban a ir a la casa de la señora O'Leary, y Lizbeth, siendo honesta consigo misma, tenía que reconocer que estaba nerviosa. La idea de enfrentarse a esa mujer la aterrorizaba y la enfurecía al mismo tiempo.

—Ah, veo que estás lista.

Marcus entró en la habitación tan tranquilo como un gato que duerme al sol.

—Sí. Estoy lista.

Pasó junto a él y se dirigió a la puerta deseando terminar con todo eso.

Marcus la siguió y la tomó de la muñeca.

—Más despacio. Queremos que parezca que simplemente vamos a reclamarle legítimamente tus pertenencias.

Ella asintió, pero continuó a su ritmo rápido hasta llegar al carruaje que esperaba al borde de la acera. El conductor mantuvo la puerta abierta y Lizbeth le dio la dirección de hacia dónde tenían que ir. Subieron y se sentaron uno frente al otro.

—Me encantaría que me devolvieran todas mis cosas, ya que hay algunas joyas, que no valen mucho en dinero, pero que tienen un gran valor sentimental para mí. Pero mi principal preocupación son mis pinturas. Hay bastantes porque estaba preparando una exposición, además de todos mis materiales de pintura en los que invertí bastante dinero.

Marcus se limitó a asentir y continuó observándola.

—¿Pasa algo? ¿Tengo una mancha en la cara?

Oh, sabía que estaba siendo grosera. Estaba muy tensa y quería que terminar con el conflicto.

—No. Estaba pensando en lo guapa que estás esta mañana. —Le contestó sonriendo y, a pesar de su angustia y de sus gritos, se relajó un poco y le devolvió la sonrisa.

—Gracias. La verdad es que no me siento nada guapa. Estoy nerviosa y enfadada.

Permanecieron en silencio durante el resto del tiempo hasta llegar a la residencia. Cuando llegaron, Marcus bajó primero y la ayudó a salir del carruaje. Lizbeth se estiró el vestido, tiró de los puños de su chaqueta que le habían prestado y subió las escaleras con Marcus a su lado. Dejó caer la aldaba y al cabo de unos minutos se abrió la puerta.

—¿Sí?

Levantó la barbilla.

—Señor Andrews, soy yo, la señorita Davenport.

El rostro del hombre empalideció y sus ojos se abrieron de par en par.

—Me temo que no la conozco, jovencita.

Intentó cerrar la puerta, pero se lo impidió un pie de Marcus que bloqueó su movimiento.

—No nos importa si reconoce usted a la señorita Davenport o no. Estamos aquí para hablar con la señora O'Leary.

El tono de Marcus hizo que a Lizbeth se erizaran los pelos de la nuca. Ciertamente podía sonar peligroso cuando quería.

El señor Andrews se encogió un poco y se lamió los labios.

—Me temo que no está en casa.

Intentó volver a cerrar la puerta, pero Marcus colocó su mano en la puerta, la empujó y, enseguida, entró al vestíbulo y arrastrando a Lizbeth con él.

—Vamos a buscarla por la casa y comprobarlo por nosotros mismos.

Continuaba sujetando la mano de Lizbeth y le dio un ligero apretón.

—Señor, mire, no puede irrumpir en una casa privada como esta. Si no se va, me veré obligado a llamar a la policía.

El rostro del hombre había pasado de pálido a bastante rojo, y lanzaba continuamente miradas por el pasillo.

Marcus se cruzó los brazos y le sonrió.

—Es una excelente idea. ¿Por qué no llama a la policía? Con mucho gusto la esperaremos.

Lizbeth también se cruzó de brazos y se quedó mirándolo fijamente. Sus ojos captaron un movimiento y dejó caer los brazos y

se enderezó al ver que la señora O'Leary se acercaba apresuradamente por el pasillo. Sus ojos también se abrieron de par en par cuando vio a Lizbeth.

—Vaya, señorita Davenport, qué placer verla por aquí.

Extendió las manos como si fueran viejas amigas. Realmente tenía un gran talento como actriz, y podría estar actuando en el teatro de Drury Lane.

—¿De verdad? —Lizbeth levantó las cejas y dio un paso atrás para evitar que la tocara—. Al parecer, la memoria del señor Andrews no es tan buena como la suya, señora O'Leary.

Marcus le había sugerido que no entablara una batalla verbal con ella por lo sucedido, sino que simplemente le pidiera sus cosas y se fueran. Hasta que fueran a la policía de Bath, mostrar cualquier indicio de represalia contra ella no era demasiado acertado.

Lo siguiente que tenían en la agenda era ir a la comisaría de policía de Bath, ya que los "bobbies" de Londres no se habían puesto en contacto con ella, tal como le habían prometido.

La señora O'Leary rechazó el comentario de Lizbeth.

—La vista del señor Andrews ya no es como era. ¿Qué puedo hacer por ti?

Lizbeth se enderezó y miró a la mujer a los ojos.

—Quiero que me devuelva mis cosas.

Completamente serena y tranquila, la señora O'Leary dijo:

—Cariño, me temo que te lo llevaste todo cuando te marchaste tan de pronto.

Lizbeth casi se atragantó ante lo que le había dicho. Apretó la mano de Marcus con tanta fuerza que probablemente le iba a hacer un moretón. Era eso o tirarse a la garganta de la señora O'Leary. La mujer parecía tan imperturbable que, por un momento, Lizbeth se preocupó de que Marcus pensara que se había inventado toda la historia.

—No me fui por mi cuenta, como usted bien sabe.

Marcus comenzó a frotarle el interior de su muñeca con un dedo, lo que la calmó mientras respiraba profundamente.

—Se quedaron todas mis pertenencias personales aquí cuando me sacaron inesperadamente de mi habitación. Quiero que me las

devuelva.

La señora O'Leary negó con la cabeza.

—Me temo que estamos en un callejón sin salida, señorita Davenport, porque no hay nada en la casa que sea suyo.

Lizbeth dio un paso al frente.

—Quiero revisar mi habitación.

La señora O'Leary suspiró, como si su petición la llenara de tristeza.

—Me temo que eso no es posible, ya que ahora tenemos a una nueva residente en esa habitación.

El nerviosismo de Lizbeth desapareció. Su corazón latía tan fuerte que hasta Marcus podía oírlo. ¿Tenía a otra residente en esa habitación?

—¿Sabe cuáles son los planes que tiene para ella? ¿Está al tanto de lo que le sucede a las muchachas que aloja en esa habitación? ¿Ella...?

Marcus le pasó brazo por la cintura y la atrajo contra él.

—Buenos días, señora O'Leary.

Abrió la puerta y la arrastró fuera del edificio.

—¡Déjame!

Lizbeth le dio varios puñetazos en el brazo y le dio una patada con el talón al intentar darle un golpe en una pierna.

—No. No vas a llegar a ninguna parte y cualquier otra cosa que digas podría delatar nuestras verdaderas intenciones.

Lizbeth se retorció en los brazos de Marcus.

—Quiero que me devuelva mis cuadros. Trabajé un montón de años en ellos.

Entonces, para su total humillación, se desplomó contra él y rompió a llorar.

Marcus la tomó en sus brazos como si fuera una niña pequeña y la llevó al carruaje. La ayudó a entrar, indicó al conductor que regresaban a casa y sentó a Lizbeth en su regazo.

Ella se aferró a las solapas de su chaqueta y puso a llorar a mares. ¡Todas esas pinturas que la habían tenido esclavizada un montón años! ¿Podría volver a ser feliz? Marcus le frotaba la espalda

de arriba abajo. Después la movió un poco para poder llegar a su bolsillo, de donde sacó un pañuelo y se lo dio.

La verdad es que creía que no le quedaban más lágrimas, pero al parecer, se había equivocado. Pensar en todas las horas que había estado trabajando en esos cuadros, y todo el dinero gastado en los mejores materiales, le había provocado un nuevo torrente de lágrimas.

Tenía varias pinturas de los miembros de su familia, de sus mascotas, o del hermoso amanecer que se veía desde la parte trasera de su casa. También sus primeras obras cuando todavía estaba aprendiendo. Finalmente, dejó de llorar cuando el carruaje se abrió paso entre el tráfico. Marcus continuaba sujetándola, frotándole la espalda y murmurando palabras tranquilizadoras mientras ella suspiraba temblorosa. Justo cuando se limpió la cara y se sentó por su cuenta, el carruaje se detuvo frente a la residencia de Berkshire.

Miró por la ventana.

—No tengo nada —susurró.

Marcus colocó las manos sobre sus hombros e hizo que se diera la vuelta para poder mirarla a los ojos.

—Sí. Tienes muchas cosas. Tienes talento, amigos y gente que se preocupa por ti.

Lizbeth resopló.

Marcus le puso un dedo por debajo de la barbilla y le levantó la cabeza.

—A mi me importas. Mucho. Recuerda que estamos juntos en esto. Verás cómo se hace justicia. Te lo prometo.

Miró sus labios y bajó lentamente la cabeza, pero ella se hizo a un lado, impidiéndole llevar a cabo lo que sabía que tenía pensado hacer. No estaba preparada para eso. Y probablemente nunca lo iba a estar. Una cosa más que le habían robado.

Marcus sonrió cuando Lizbeth dejó claro que no estaba abierta a que le diera un beso. Tal vez tenía razón, y él se estaba aprovechando de su angustia. Sin embargo, desde la primera vez que la vio había deseado besarla.

Como no quería forzarla, no le dio importancia al hecho y la soltó para que pudiera levantarse de su regazo. La puerta se abrió y bajó del vehículo. Le ofreció una mano y ella salió.

—¿Me veo demasiado mal? —Preguntó sabiendo que probablemente tenía los ojos rojos e hinchados, así como la nariz y las mejillas.

Él le sonrió.

—Te ves bien.

Lizbeth respiró hondo y se dispuso a subir las escaleras.

—Mentiroso.

Cuando entraron en la casa, Addie estaba en el salón. Cuando lo vio levantó la vista del bordado en el que estaba trabajando.

—¿Va todo bien?

—Sí. —Lizbeth se desplomó en el sofá—. Bueno, en realidad no.

Marcus todavía estaba furioso por el encuentro con la señora O'Leary en el que negó tener las cosas de Lizbeth y había insistido en que ella se había marchado por su cuenta. Naturalmente, le preocupaba que lo más probable es que se iba a poner en contacto con su gente para informarles de que Lizbeth estaba de vuelta en Bath.

¿Intentarían secuestrarla de nuevo? ¿Podrían llegar a ser tan audaces? Por otro lado, para ella no era bueno que se supiera que una de sus cautivas había logrado escaparse del burdel.

—Marcus, ¿me estás prestando atención? —Dijo Addie frunciendo el ceño.

Él le dedicó la sonrisa torcida con la que conseguía que más de una mujer de metiera en su cama. De ahí su reputación.

—Sí. Claro que te estaba prestando atención. ¿No lo hago siempre, hermana?

Addie resopló.

—Le estaba diciendo a Lizbeth que en el local que vendí el año pasado ofrecen empleo a tiempo parcial. Creo que Lizbeth sería perfecta para ese trabajo.

Lizbeth le dio unas palmaditas en la mano a Addie.

—Por mucho que lo aprecio, prefiero tener un trabajo a tiempo completo para poder pagarme mis propios gastos.

Pero Lizbeth no parecía tan decidida como sus palabras. En realidad, parecía completamente perdida, lo que activó el instinto protector de Marcus.

—No estoy de acuerdo. —Se sentó frente a las damas—. Addie, Lizbeth es una artista. Estaba preparando una exposición de pinturas en su ciudad antes de trasladarse a Bath. De hecho, hemos intentado recuperar sus pertenencias en la residencia, lo que incluía sus obras de arte.

Addie sonrió muy alegre.

—Oh, qué maravilloso. Ojalá tuviera un poco de talento. Soy disléxica, ya sabes, y apenas puedo pasar el día sin provocar algún tipo de catástrofe.

—No te menosprecies, Addie —dijo Marcus—, tienes muchos talentos y tu marido piensa que eres la mejor de las mujeres.

—¿Te dijo eso? —Preguntó Addie con las cejas arqueadas.

—No hace falta. Se ve en sus ojos cada vez que te mira.

Addie se sonrojó y volvió a centrar su atención en Lizbeth.

—Creo que necesitas tiempo para poder dedicarte a tu pintura.

—Sí. Estoy de acuerdo —dijo Addie—. Realmente no quiero que te vayas demasiado pronto. Con la llegada del nuevo bebé, agradecería tener tu compañía.

—Pensé que mamá iba a estar aquí —dijo Marcus.

Su hermana se echó a reír.

—Sí. Es probable que nuestra madre venga mucho aquí, pero precisamente por eso necesito a otra mujer. —Addie se volvió hacia Lizbeth—. La quiero mucho, pero puede ser un poco pesada, y tener a una amiga con la que poder poner los ojos en blanco sería maravilloso. De hecho, me harías un favor. En el local te necesitarían solo unas pocas cada semana, lo que te dejaría tiempo para pintar y para ayudarme con mi madre.

Lizbeth se mordió el labio inferior mientras asimilaba las palabras de Addie.

—Tengo la sensación de que te estás inventando todo eso para que no me sienta culpable.

Addie negó con la cabeza.

—Marcus, cuéntale a Lizbeth lo de mamá.

Marcus se reclinó en la silla y sonrió.

—Nuestra madre es maravillosa. En pequeñas dosis. No me malinterpretes, los dos la queremos hasta la muerte, pero puede ser, digamos... ¿Difícil?

Addie aplaudió.

—Entonces ya está. Si aceptas el trabajo en *Once Upon a Book* podrás seguir pintando.

—Espera un momento —dijo Lizbeth—. ¿No tengo que hacer una entrevista y dar referencias al propietario? Recordad que me despidieron acusada de ser una ladrona. Dudo que alguien que tenga un negocio quiera que un ladrón maneje dinero.

—¡Para! —Marcus se inclinó hacia delante—. No eres una ladrona y sabes cómo ocurrió todo eso. Acepta el trabajo, ya que parece que Addie ya ha ofrecido tus servicios al señor Finch.

Por la expresión de su rostro, se había dado cuenta de que su hermana ya lo había organizado todo para que contrataran a Lizbeth.

—¿Es el dueño? —Preguntó Lizbeth.

—Sí. —Addie miró el largo reloj de la esquina—. Estará allí otras dos horas más o menos. Si te presentas esta tarde, probablemente querrá que empieces mañana. Cuando hablé con él ayer, necesitaba urgentemente a una dependienta.

—¿Fuiste a la librería ayer?

Lizbeth miró la gran barriga de Addie como si fuera a explotar en cualquier momento. A Marcus le pareció lo mismo.

Addie se sonrojó y comenzó a alisarse la falda.

—No. Ayer lo invité a tomar el té, para ver cómo iban las cosas en la librería, y me lo mencionó.

Entrelazó los dedos, los colocó donde solía estar su regazo y ofreció a Lizbeth una cariñosa sonrisa.

Marcus sabía que estaba mintiendo. Había invitado a Finch a tomar el té para obligarlo a que le diera un trabajo a Lizbeth. Lo más probable era que ella misma tuviera la intención de pagar el salario de Lizbeth. Con suerte, Lizbeth no lo sabría nunca. A pesar del poco tiempo que llevaba conociéndola, estaba seguro de que era demasiado orgullosa como para aceptar una limosna.

—Qué oportuno —dijo Lizbeth lentamente levantando las cejas todo lo que pudo mientras miraba a Addie.

Parecía que Lizbeth era tan inteligente como Marcus pensaba que era y no había caído en las artimañas de Addie. Tuvo que ocultar su sonrisa.

Addie seguía pareciendo muy inocente.

—Sí. A mí me pareció bastante oportuno.

Se intentó poner de pie, y Marcus se levantó de un salto y tomó sus manos para ayudarla.

—Creo que voy a descansar un poco si no os importa.

Addie salió de la habitación contoneándose.

—Parece que en la familia Mallory corren las mentiras —Dijo Lizbeth cuando vio que Addie se marchaba.

Al menos, la oferta de trabajo de Addie parecía haber distraído a Lizbeth de sus problemas.

Penrose entró en la habitación con una hoja de papel doblada.

—Señor Mallory, le acaba de llegar esta carta.

Marcus tomó la nota de su mano, la abrió y leyó el contenido.

—Bueno, es interesante.

Lizbeth se puso de pie y se acercó a él.

—¿Qué?

—Es una nota del Departamento de Policía de Bath. Se nos pide, a ti y a mí, que vayamos a la comisaría esta tarde, o mañana por la mañana. —Dobló el papel y la miró—. Parece que los *bobbies* de Londres sí han avisado a la policía de Bath, después de todo.

—¿Pero servirá de algo? —Preguntó Lizbeth.

Marcus no tuvo el valor de decirle que probablemente no serían mucho más útiles de lo que había sido la policía de Londres. Y aunque estuvieran investigando al grupo de delincuentes involucrado en los secuestros, no iba a compartir su información con ellos.

—Solo hay una forma de averiguarlo. Como ya has tenido una tarde difícil, te sugiero que lo pospongamos hasta mañana por la mañana.

—Estoy de acuerdo. Lo que tengo que hacer ahora, de todos modos, es ir a ver al señor Finch en la librería. Quiero empezar a trabajar lo antes posible. Necesito reponer mis materiales de pintura.

—Yo te compraré lo que te haga falta. Podemos ir a alguna de las tiendas de materiales arte después de que conozcas al señor Finch.

—No. —Lizbeth se dio la vuelta y se dirigió a la puerta del salón —. Me compraré mis propios materiales. —Se dio la vuelta cuando llegó a la puerta—. Voy a ir a ver al señor Finch.

—¡Espera! Después de haber ido a ver a la señora O'Leary, no quiero que andes sola por la ciudad. Puede que no sea seguro.

Lizbeth dejó caer los hombros y se frotó los ojos.

—Por mucho que no me guste reconocerlo, puede que tengas razón.

—Siempre tengo la razón.

Marcus sonrió y se unió a ella en la puerta principal.

Capítulo 8

Alrededor de las diez de la mañana siguiente, Lizbeth y Marcus entraron en Orange Grove, la comisaría de Bath, para llegar a tiempo a la cita que tenían con los *bobbies*, o *peelers*, como también se les conocía, después de que Robert Peel creara la Policía Metropolitana de Londres unos años antes.

Lizbeth entró al edificio con más rabia que miedo. Había superado su encuentro con la señora O'Leary, así que estaba segura de que podía lidiar con la policía. No renunciaba a reclamar todo lo que se había dejado en la residencia y, además, estaba tramando un plan, que no había compartido con Marcus, pues lo más probable es que intentara que no lo llevara a cabo.

—Hemos venido a ver al inspector Lewis —dijo Marcus mientras se acercaban a un joven que estaba en un escritorio de la oficina principal.

El agente, que llevaba uniforme de policía, parecía que apenas tenía edad suficiente como para haberse afeitado por primera vez. Se puso de pie e inclinó la cabeza.

—Sí, señor. ¿Me dicen sus nombres?

– Soy el señor Marcus Mallory, y ella es la señorita Lizbeth Davenport.

—Está bien. Pueden sentarse allí —señaló un grupo de sillas dispuestas en círculo alrededor de una mesa baja, y enseguida desapareció.

Lizbeth observó la comisaría y se fijó en su austera decoración que obviamente no estaba pensada teniendo en cuenta el clima del lugar. Aunque no era pequeña, la comisaría de Bath no era tan grande como la de Londres.

Unos cincuenta años antes, las autoridades de Bath organizaron y prepararon a sus agentes de la ley siguiendo el modelo de la Policía Metropolitana de Londres. La idea de tener un departamento de policía oficial inicialmente se había encontrado con la resistencia de los vendedores ambulantes debido a la política de "hacer circular" de la policía. Sin embargo, los ciudadanos, que estaban deseosos de

tener una protección fiable, se alegraron muchos de ver a los *bobbies* en las calles.

A los pocos minutos, el agente regresó.

—Por favor, síganme.

Marcus ayudó a Lizbeth a ponerse de pie y apoyó su mano en la parte baja de su espalda mientras seguían al agente. El roce de su cálida mano le provocó escalofríos. Pero no estaba muy segura de si eran escalofríos placenteros, o lo que querían decir era:
por favor, no me toques.

Lizbeth no había podido evitar preguntarse cómo habría sido su beso si ella no hubiera girado la cabeza. A los dos clientes que tuvo en el burdel les negó los besos en la boca. Ojalá hubiera podido negarse a todo lo demás.

Por alguna extraña razón, pensaba que si no permitía que le dieran besos en la boca, podría sobrevivir a todo lo que se había visto obligada a vivir. Afortunadamente para ella, sus clientes habían accedido a su petición, ya que bien podría haber vuelto a recibir otra paliza, que habría soportado estoicamente si eso significaba que la indultaran durante otra semana, más o menos, mientras se curaba de sus lesiones y pensaba un plan para escaparse.

En su retorcido sentido de la supervivencia, pensó que si alguna vez llegaba a sentirse cómoda con las caricias de un hombre, al menos podría ofrecerle una parte de su cuerpo que nunca había sido mancillada.

Eso la llevó a lo último que había pensado sobre Marcus, que parecía estar mucho más interesado en ella que en ayudarla. Aunque la idea estaba ahí, todavía no se había dado tiempo para considerar lo que eso significaba.

Sus divagaciones llegaron a su fin cuando entraron en una habitación que aparentemente se utilizaba para realizar interrogatorios. En el centro de la habitación había una maltrecha mesa de madera, rodeada de varias sillas en no mucho mejor estado.

Dos hombres se pusieron de pie al entrar y les hicieron un gesto con la cabeza.

—¿Señor Mallory? ¿Señorita Davenport? Por favor, siéntense.

—Soy el inspector Lewis —hizo un gesto en dirección al otro hombre—, y él es el agente Pemberton.

El segundo hombre asintió y se subió las gafas. Todos repitieron las respuestas esperadas y, una vez acomodados en las sillas, el inspector tomó un bloc de notas y un lápiz.

—Tenemos aquí un informe de la Policía Metropolitana de Londres que dice que usted cree que fue secuestrada.

Lizbeth se quedó boquiabierta. ¿Qué tontería era esa?

—¿*Que creo que* me secuestraron? Claro que me secuestraron.

El inspector no levantó la vista, sino que se puso a escribir.

—¿De dónde la sacaron?

—De la residencia donde vivía. Me sacaron de la cama en mitad de la noche y me llevaron a un lugar desconocido para mí.

El hombre asintió y continuó escribiendo. Lizbeth tuvo el deseo de quitarle el bloc de notas para que la mirara a la cara.

—Ya veo. ¿Por qué permitió que la sacaran de su cama?

—No lo *permití*. Fui secuestrada.

El hombre levantó la vista.

—¿Alguien la amenazó con un arma?

Ella vaciló.

—No.

—¿La ataron de pies y manos?

—No.

Siguió escribiendo.

—¿Usaron algún tipo de fuerza contra usted?

Lizbeth se sentó inclinada hacia adelante, cada vez más nerviosa a medida que el hombre continuaba haciéndole preguntas.

—Estaba drogada.

El inspector miró al agente y después volvió hacia ella.

—Ya veo. ¿Cómo la drogaron? ¿Le pusieron droga en la comida?

—No. —Dijo apretando los dientes—. La señora O'Leary me dio una tisana para que me la tomara antes de acostarme esa noche.

—Ah, señora O'Leary. —Pasó las páginas del bloc y la miró—. ¿La casera? —Preguntó.

¿Qué le pasaba a este hombre? Empezó a sentir que era ella la sospechosa.

—Sí.

—¿Lo hacía todas las noches?

Lizbeth suspiró.

—¿Hacía qué?

—Darle una tisana. —El inspector le dedicó una sonrisa tensa—. ¿No le pareció extraño que decidiera darte una tisana? ¿Se la pidió usted?

—No. Hasta el día anterior no tenía ninguna razón para pensar que la señora O'Leary no fuera más que una mujer amable y considerada. Me dijo que durante la cena se había fijado en que había tosido mucho, y que eso me iba a ayudar a dormir.

De nuevo, el hombre inclinó la cabeza y se puso a escribir. Después de casi un minuto de silencio, dijo:

—¿Y lo hizo?

—¿Que hice qué?

Sinceramente el hombre estaba siendo desagradable. Aunque nunca antes había sido interrogada por la policía, se preguntaba si este era el procedimiento normal.

—Toser en la cena.

El hombre le sonrió como si fuera una idiota.

—No.

Los dos hombres se miraron de nuevo.

—¿No le pareció extraño que le ofreciera una tisana, que según usted afirma contenía droga, y sin embargo no había... —bajó la vista a sus notas—... tosido?

—No. Bueno, en realidad, sí. Quiero decir, no fue hasta más tarde que me di cuenta de que no había estado tosiendo. Como ya le he dicho, no tenía ninguna razón para desconfiar de ella. —Y continuó rápidamente—: Al menos hasta ese momento.

– ¿Fue la única vez que te ofreció una tisana?

—No. Otra vez me ofreció una también.

—¿Porque estaba tosiendo?

—No me acuerdo.

Lizbeth miró a Marcus, que parecía listo para saltar sobre el hombre.

—¿Se sintió excepcionalmente somnolienta cuando le dio la tisana la primera vez?

El agente escribía y escribía en el cuaderno, y a ella cada vez se le iban poniendo los nervios más de punta.

—De hecho, sí. Recuerdo que dormí bastante bien.

El inspector Lewis asintió y siguió garabateando en la página. Finalmente se detuvo y la miró.

—Si se sintió tremendamente cansada cuando le dio la tisana la primera vez, ¿por qué la tomó una segunda vez?

—Porque no sabía lo que tenían planeado.

—¿Y qué cree que tenían planeado?

Lizbeth habló entre dientes.

—Secuestrarme. —Quiso agregar la palabra *bobo,* pero tampoco quería terminar en la cárcel—. No esperaba estar tan drogada como para que pudiera sacarme de mi cama para llevarme a un burdel.

Lizbeth había ido elevando el volumen de su voz con cada palabra que pronunciaba.

Marcus hizo un ruido que sonó como un gruñido. Tenía las manos cerradas sobre los muslos. Al menos, no era la única a la que el interrogatorio le estaba pareciendo insultante.

Se aclaró la garganta y miró al inspector.

—Inspector, no entiendo sus preguntas. Parece como si estuviera intentando que la señorita Davenport reconozca que no fue secuestrada, sino que se metió en un burdel en Londres por su propia voluntad.

—Yo no he dicho eso. Simplemente la estoy interrogando para poder entender lo que ella cree que sucedió.

Lizbeth se levantó disparada.

—¿Lo que creo *que* pasó? ¿Está sugiriendo que estaba sufriendo algún tipo de delirio? ¿Que de repente dejé la residencia donde vivía y me fui a Londres por mi cuenta para conseguir trabajo en un burdel?

—Siéntese, señorita Davenport —dijo el inspector en voz baja—. Estoy recopilando hechos. Si las preguntas le resultan incómodas, me temo que no hay mucho que pueda hacer al respecto. No es mi

trabajo juzgar lo que sucedió, sino simplemente registrarlo para ver si hay razones para presentar cargos.

—Es posible que solo esté recopilando información, inspector —dijo Marcus—, pero me parece que ya ha decidido que lo que le sucedió a la señorita Davenport es un cuento chino.

El inspector Lewis dejó el lápiz, se reclinó en la silla y se cruzó de brazos.

—Tenemos aquí a una señorita —le hizo un gesto a Lizbeth—, que estaba sin trabajo, desesperada por encontrar empleo y sin familia a la que recurrir. —Se encogió de hombros—. Ya ha ocurrido antes. Al fin y al cabo, es una forma de ganarse la vida.

Marcus se puso de pie y tomó a Lizbeth del brazo.

—Nosotros ya hemos terminado. Si desea volver a interrogar a la señorita Davenport, puede ponerse en contacto con mi abogado aquí en Bath, el señor Carter Westbrooke.

Salieron a toda prisa de la oficina y la llevó por el pasillo. Ella estaba tan enfadada y confundida que sentía que fácilmente podría terminar estrangulando a alguien. Contar ovejas no ayudaba, rezar no ayudaba, y hacer un muñeco vudú con la imagen del inspector Lewis tampoco ayudaba.

Marcus hizo señas al conductor para que adelantara el carruaje. Subieron y Marcus le indicó al hombre que los llevara a *The Pump Room*.

—¿Por qué vamos ahí?

—Porque todavía no quiero volver a la casa de Berkshire. Siento que tenemos mucho que decirnos. Y prefiero no molestar a Addie.

Marcus observó a Lizbeth mientras se alejaban de la estación de policía. Tenía el rostro enrojecido y sus ojos claramente mostraban una rabia intensa. Se veía tan hermosa como una Erinia, las divinidades de la venganza.

Quería abrazarla para transformar toda esa furia y convertirla en pasión.

Quería que fuera para él.

Quería ver el deseo en sus ojos mientras la rodeaba con sus brazos y se apoderaba de su boca en un beso ardiente. Quería sentir

la inocente reacción de su cuerpo que sabía que tendría, a pesar de su experiencia en el burdel. Era una novata, y él quería ser el hombre que le mostrara lo maravilloso que podía ser el encuentro entre un hombre y una mujer si había deseo genuino y cariño entre ellos.

Sin duda, ella se había quedado con la sensación de que todo eso era doloroso y sucio. Pero quería borrarlo de su mente haciéndole saber que era hermosa, deseable, y que lo que le había pasado no le importaba. No había cambiado quién era ella.

Se sorprendió a sí mismo con esos pensamientos. Era demasiado parecido a algo que siempre había desterrado de su mente antes de que esa idea se asentara en él. Desde que conoció a Lizbeth avanzaba sin parar en una dirección que durante años había evitado.

A esa hora *The Pump Room* estaba abarrotada. En cierto modo, era algo bueno, ya que lo más probable es que pasaran desapercibidos, pero también malo porque Marcus sentía que quería arremeter contra alguien. Sin embargo, la persona a la que quería golpear todavía estaba en la comisaría.

Tomó a Lizbeth del brazo y caminaron por el exterior de las Termas Romanas, frente a la Abadía de Bath.

—¿No tienes frío?

—Sí. Mira, en realidad tengo tanta rabia que tengo la sangre muy caliente —respondió Lizbeth.

—Sentémonos allí.

Marcus señaló un banco desocupado en una zona tranquila de la espaciosa plaza que rodeaba la abadía.

Lizbeth se volvió hacia él en cuanto se sentaron.

—¿Podrías aclararme, por favor, lo que acaba de suceder? ¿Por qué siento que estaban buscando algo de lo que acusarme?

Marcus se pasó los dedos por el pelo.

—Lo he estado pensando bastante. Aunque nunca antes había estado en un interrogatorio con la policía, no encuentro sentido a la manera cómo se comportaron. Era casi como si quisieran hostilizarte.

—¿Por qué? Estoy confundida.

—Creo que pueden ser dos cosas. O no quieren que nos involucremos en su investigación, o nos están ocultando algo.

—Si su intención era mantenernos alejados del asunto, han cometido un gran error porque su actitud solo me hace querer investigar por mi cuenta. Si no van a hacer nada con lo que me pasó, entonces lo haré yo misma.

—Espera un momento. —Marcus tomó sus manos entre las suyas —. Esto no es un juego, Lizbeth, no puedes meterte alegremente en esto. Hay personas peligrosas involucradas. Según la investigación que he realizado, es un grupo muy unido que no quiere que se detenga su maravillosa máquina de hacer dinero. Y si la policía, al menos los dos agentes con los que nos reunimos, no está deseando hacerlo, por la razón que sea, la situación se vuelve muy peligrosa. Casi creo que nos lo han estado advirtiendo.

—¿Por qué?

Marcus miró a lo lejos.

—No estoy seguro. Como ya te dije, podría ser por alguna de las dos razones.

—Yo no me voy a quedar quieta con la cabeza gacha y las manos cruzadas sobre el regazo como una niña bien educada por hacer caso a la policía. Esas personas horribles me me han robado algo muy preciado. Y no me refiero a la virginidad, que claro que me molesta, sino más bien a la confianza que se ha de tener con las personas. —Negó con la cabeza y se llevó las manos al vientre—. Voy a seguir con esto aunque acaben matándome.

—¡No digas eso! —Gritó Marcus y respiró hondo, lo mejor para mantener la calma—. Si aceptas mis reglas, te ayudaré. Si no consigo que se apruebe mi Proyecto de Ley, por lo menos habré acabado con toda esta gente.

Lizbeth lo miró de reojo.

—¿A qué reglas te refieres?

—Lo único que te pido es que nunca te expongas al peligro. Y que no hagas nada sin decírmelo primero.

Lizbeth asintió.

—Eso suena bastante justo. En este sentido, mi próximo paso es colarme en la residencia de la señora O'Leary y robar mis

pertenencias. Sobre todo mis cuadros.

Además tuvo el descaro de sonreírle como si todo fuera un juego.

Marcus dejó caer la cabeza entre las manos y soltó un quejido.

Capítulo 9

El tintineo de la campanilla de la puerta de *Once Upon a Book*, la librería de Addie, hizo que Lizbeth desviara la atención del libro que estaba leyendo. Sus ojos se abrieron de par en par, se levantó de un salto y corrió hacia la parte delantera de la librería.

—¡Pamela!

No la veía desde hacía dos semanas cuando Pamela se despidió de ella y Marcus en el andén del tren a Bath.

—¿Pensaba que te habías ido a vivir a Londres con tu hermano?

Pamela la abrazó, después la cogió del brazo y la acompañó hasta la parte trasera de la librería.

—Te lo voy a c-contar t-todo. ¿El nuevo d-dueño también ti-tiene té en la l-librería?

—Sí, y es muy generoso compartiéndolo.

Entraron en la pequeña zona que había detrás de la librería, y Lizbeth se frotó los brazos de arriba a abajo.

—Me vendría bien tomarme una taza de té ahora mismo. Hace un día horrible.

Era un día lluvioso y frío, y Lizbeth solo había atendido a un par de clientes en toda la mañana. Llevaba poco tiempo trabajando en la librería, y eran solo dos días y medio a la semana, pero le encantaba volver a tener trabajo y a ganar dinero. Todavía tenía la incómoda sensación de que Addie pagaba furtivamente su salario, aunque cuando se lo preguntó, lo negó tajantemente.

Lizbeth preparó el té. Le encantaba la lámpara de alcohol para calentar la tetera que mantenía el agua hirviendo todo el tiempo.

—No puedo decirte lo feliz que estoy de verte.

Pamela asintió.

—Me encantó e-enterarme por Addie de que estás t-trabajando aquí. Siempre nos encantó este l-local, y es maravilloso tener a una de nuestras a-amigas trabajando aquí de n-nuevo.

Lizbeth sonrió a Pamela, a quien tanto debía.

—Me siento honrada de que me consideres una de sus amigas.

Se abrazaron de nuevo y enseguida se sentaron a tomar el té.

—Entonces, dime por qué decidiste quedarte en Londres, pero ahora estás aquí. Lizbeth sirvió el té y se preparó el suyo tal como le gustaba. Pamela le pasó el azúcar y la leche.

Pamela tomó un trago de té y después se echó a reír.

—Tuve que d-darle caza a Nick para que m-me pidiera ca-casarme con él.

Lizbeth tomó una galleta del plato y dijo:

—Esta es una historia que tengo que escuchar.

—Es b-bastante simple, la v-verdad. Yo lo amo y él me ama. Mi hermano i-intervino e intentó arruinarlo t-todo, pero cuando me enteré de lo que había hecho, hice mis m-maletas y me volví a B-Bath. —Levantó la mano para enseñarle un hermoso anillo de compromiso—. Y yo t-tenía razón. —Dijo sonriendo— Este hombre me a-ama.

Lizbeth admiró el impresionante anillo de diamantes. No era demasiado grande como para ser llamativo, y consistía en un diamante principal rodeado de rubíes más pequeños. Se veía muy bonito en la mano de Pamela.

—Estoy muy feliz por ti. Si alguien merece la felicidad, esa eres tú.

Charlaron sobre la boda, y Pamela le dijo que Addie había insistido en celebrarla en la mansión de los Berkshire.

—Me estoy quedando en la casa de N-Nick, p-pero es muy gracioso. Tiene un a-ama de llaves que actúa como mi d-dama de c-compañía. No deja que Nick se a-acerque a mi habitación por n-ninguna razón, e insiste en que s-siempre permanezcan a-abiertas las puertas de to-todas las habitaciones en las que estamos.

Lizbeth se rió a carcajadas.

—Es gracioso. Pero, ¿por qué lo acepta? Al fin y al cabo, ella es su empleada.

—Una de las c-cosas que he d-descubierto de Nick es su gran corazón. Aunque todo el mundo lo ve muy d-diferente, con las p-personas que le importan, es muy in-indulgente.

—Estoy muy feliz de que Addie se haya ofrecido a organizar el banquete de bodas, aunque como está tan cerca del parto, me sorprende que Grayson lo permitiera.

Lizbeth había sido testigo de la actitud protectora que tenía con su hijo de cinco años, Michael, que era sordo, y con su esposa.

—Insistió en que ella p-podía organizarlo todo desde el s-sofá del salón. Como su m-madre ahora está con ellos para a-ayudarla cuando llegue el bebé, me imagino que e-entre tú y ella haréis la m-mayor parte del trabajo.

Lizbeth había conocido a la señora Mallory, la madre de Addie, el día anterior, cuando acababa de llegar de Londres. Su marido pensaba reunirse con ella en una semana más. Tenía negocios que atender, había dicho.

Además de su escaño en la Cámara de los Comunes, Marcus también trabajaba en las empresas de su padre, y desde que estaba en casa de Addie, había estado supervisando algunos de sus negocios en Bath. Siempre le había confundido que tuviera fama de libertino. Desde que se conocieron nunca había visto esa faceta en él. Aunque, Addie le mencionó que los últimos años estaba mucho más tranquilo.

—A mí me parece bien. Le debo mucho a Addie por haberme recogido. Es realmente una amiga maravillosa. —Lizbeth se pasó una servilleta por los ojos—. Las dos sois maravillosas.

Pamela le dio unas palmaditas en la mano.

—Te m-mereces tener buenas a-amigas, y espera a que conozcas a L-Lottie. Le e-encantarás. Su marido, C-Carter Westbrooke, está tan enamorado de ella que es casi cómico.

Lizbeth suspiró por toda la felicidad conyugal que estaba viviendo ese grupo de mujeres.

—Parece que todas habéis desafiado la causa por la que os marchasteis de Londres para quedaros en Bath, y ahora estáis felizmente instaladas... o a punto de estarlo, en tu caso.

Pamela asintió.

—Sí. Todavía nos c-consideramos "*Las alegres Inadaptadas de B-Bath*", pero supongo que ya no e-estamos exactamente inadaptadas.

Lizbeth apretó su servilleta.

—Sí. Bueno, la verdad es que yo sí lo soy. —Levantó la vista—. No sirvo para ningún hombre, y dudo que alguna vez me sienta de otra manera.

Apenas pronunció esas palabras se acordó de Marcus, con su hermoso rostro, su sonrisa de niño pequeño y sus fuertes brazos rodeándole el cuerpo.

Luchó contra sí misma, pero finalmente cedió a su curiosidad. Pamela era una buena amiga y podía contar con ella para no dijera nada.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por s-supuesto.

—No quiero que le des mucha importancia a esto, porque simplemente tengo una curiosidad. He oído que el señor Mallory tiene fama de ser un libertino.

Si a Pamela le pareció extraña su pregunta, no se lo hizo sentir.

—Sí. La t-tiene. O mejor d-dicho, la tenía.

—Ya veo. —Trazó un círculo sobre la mesa con la yema de un dedo— ¿Tenía muchas amantes y amoríos?

Pamela se echó a reír.

—Aunque hace tiempo a-asistí a muchas fiestas de la alta s-sociedad, no estaba al tanto de sus *affaires de c-coeur,* aunque puedo d-decirte que escuché algunos r-rumores. Pero, sobre todo, s-siempre era a-acosado por las madres que buscaban m-marido para sus hijas. Ha sido un hombre bastante popular, pero ¿en cuanto a ser libertino? Si lo fue en algún momento, no se c-comentó demasiado. Pero, después, he estado unos c-cuantos años recluida aquí en Bath.

No había sido de mucha ayuda porque Lizbeth había descubierto lo mismo. No había visto ninguna evidencia de que fuera un libertino, solo que era un hombre guapo, encantador y servicial.

Pero, era un hombre.

Pamela dejó la servilleta junto al plato y se puso de pie.

—Me t-tengo que ir. —Sacó un pedazo de papel de su retícula—. Addie también me ha d-dado una lista. —Dijo echándose a reír mientras agitaba el papel.

Fueron juntas hasta la puerta y se abrazaron antes de que Pamela se fuera. Todavía sonriendo por la visita, Lizbeth lavó las tazas de té y continuó leyendo su libro.

Se acercaba la hora de la cena cuando Lizbeth regresó a la mansión de los Berkshire después de cerrar la librería. Se retiró brevemente a su habitación para asearse, y después se unió a la familia en el salón.

Grayson estaba jugando a una especie de juego de dedos con su hijo mientras Addie los observaba con sonrisa de mamá indulgente. La señora Mallory estaba concentrada conversando con Marcus, que pareció inmensamente aliviado cuando Lizbeth entró en la habitación.

—Disculpa —le dijo a su madre, y se levantó de un salto, se acercó a Lizbeth y le hizo una leve reverencia—. Buenas noches. ¿Cómo está la librera?

—Bastante bien, en realidad. Pasé la mayor parte del día leyendo.

Su cálida sonrisa hizo que sintiera mariposas en el estómago. ¿Eso era bueno o malo?

—Ah, qué buen trabajo. ¿Te apetece tomar una copa jerez?

—Sí, por favor.

Lizbeth lo siguió hasta el aparador, donde le sirvió una copa de jerez y rellenó su copa de brandy.

—Señorita Davenport, por favor, ven conmigo. —La madre le hizo un gesto desde su asiento al otro lado de la habitación. Y aunque Marcus se quejó, Lizbeth dijo—: Voy, voy. Hay que ser atento con su madre.

En cuanto se acomodaron, Penrose entró en el salón e hizo una gran reverencia a todo el grupo. Lizbeth evitó sonreír al ver la alegría de Marcus por haber evitado que tuviera que conversar con su madre. Lizbeth era consciente del interés que la señora Mallory tenía por ella desde que había llegado para ayudar con el bebé de Addie.

Al parecer, nadie le había hablado de los antecedentes de Lizbeth. Y era muy poco probable que quisiera a una ex prostituta para su hijo. La idea la deprimió, y se negó a preguntarse por qué le ocurría eso.

La gran escenificación femenina de la boda que Marcus presenció llegó a su fin el día en que Nick y Pamela se casaron. Como Lizbeth

estaba ocupada trabajando en la librería y ayudando con la boda, había contratado a una persona para que vigilara la residencia de la señora O'Leary mientras revisaba la montaña de notas que había reunido mientras investigaba por su cuenta.

La ceremonia de la boda en sí misma mantuvo el interés de Marcus mucho más que cualquiera otra a la que hubiera asistido. Durante años había evitado asistir a bodas todo lo que había podido. De hecho, la última en la que había estado presente había sido la boda de su hermana el año anterior. Una celebración muy bonita. Pero el amor que veía en los rostros de Nick y Pamela le había hecho pensar en cosas que nunca había pensado antes.

Ganas. Deseo. ¿Ilusión?

Estaba un poco nervioso por culpa de su madre, que estaba todo el tiempo observándolo a él y a Lizbeth, especulando con la mirada. Aunque había tenido la mente ocupada con la boda y los bebés, después de conocer bien a Lizbeth mientras organizaban la boda, sabía que solo sería cuestión de tiempo para que sintiera su delicada mano en la espalda, empujándolo al altar donde lo esperaba el vicario.

Había esquivado las preguntas que le había hecho su madre sobre Lizbeth todo lo que había podido, pero había sido en vano. Ya le había cogido cariño a Lizbeth, lo cual era comprensible dado el tiempo que habían pasado juntas, viviendo en la misma casa y preparando la boda. Dudaba que alguien le fuera a contar a su madre la terrible experiencia que había sufrido Lizbeth, pero como sabía que era muy compasiva, sin duda no le daría importancia por considerarlo insignificante.

Ahora la tenía arrinconada justo cuando iba a comenzar el banquete de bodas. A menudo miraban hacia donde estaba él, y se reían como solo suelen hacer las mujeres cuando están compartiendo una conspiración. En lugar de parecer molesta cuando consiguió rescatarla de su madre, Lizbeth sonreía.

Su Lizbeth era verdaderamente una mujer extraordinaria.

¿Su Lizbeth?

¿Eso era lo que sentía hacia ella? Si le contara lo que pensaba, sin duda Lizbeth se reiría a carcajadas o, tal vez, le daría una

bofetada. No tenía ninguna razón para creer que estuviera más receptiva a las atenciones de un hombre que en la noche en la que la rescataron.

Llevaba un vestido de seda azul oscuro que Marcus reconoció que ya lo había usado Addie en alguna sus desastrosas fiestas de alta sociedad en Londres. Como Lizbeth era un poco más delgada que Addie, debían habérselo adaptado porque se ajustaba a su cuerpo perfectamente como si fuera un guante, y le marcaba las curvas de manera que todo el mundo las podía ver.

Eso le molestó.

Una vez que se sentaron para disfrutar del banquete, también le molestó ver que lord Benson estaba sentado junto a Lizbeth. Él, por otro lado, tenía a su lado a la cuñada de Pamela, lady Mulgrave. Era una de las mujeres más condescendientes y remilgadas que había conocido. Pasó todo banquete de bodas con aspecto de estar horrorizada, preocupada por si no fuera hablar accidentalmente con alguien que considerara que socialmente estaba por debajo de ella.

Pero Marcus lo aprovechó al máximo y estuvo conversando con la mujer que tenía a su otro lado, la señora Fletcher, el ama de llaves de Nick y, por lo que Lizbeth le había contado, también era como la dragona guardiana de la virtud de las señoritas. Lizbeth se rió cuando le contó cómo la señora Fletcher le había prohibido a Nick entrar en la habitación de Pamela, y que él no se atrevía a incumplir sus reglas.

Cuando Smith se puso en contacto con él por primera vez, Marcus esperaba que el propietario de *The Lion's Den,* un conocido club de juego en Bath*,* fuese una especie de delincuente. Conocía su pasado de niño de la calle y pequeño ratero que se había criado en los bajos fondos de Londres.

Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que era un hombre duro, pero justo, y estaba tan enamorado de su nueva esposa que casi rozaba lo ridículo. Aunque nadie se atrevería a ridiculizar al señor Nicholas Smith.

Una vez terminada la comida, Marcus hizo una reverencia a la señora Fletcher y a lady Mulgrave y fue a buscar a Lizbeth. Cuando la encontró al otro lado de la habitación, ella estaba retrocediendo

para alejarse de Benson mientras negaba con la cabeza. Terminó pegada a una pared con la mano de Benson apoyada junto a su cabeza, que se acercaba a su cara.

La sangre de Marcus corrió con fuerza por todo su cuerpo y los latidos de su corazón acallaron cualquier sonido exterior. Solo veía al hombre que estaba acosando a Lizbeth.

Marcus agarró a Benson de un hombro y tiró de él hacia atrás.

—Tienes que dejar espacio para que la joven pueda respirar, Benson.

Lizbeth respiró hondo y le dedicó una sonrisa temblorosa. Luego se acercó a ella y le pasó un brazo por la cintura. Su movimiento era completamente posesivo, pues era evidente que Benson la estaba molestando y Marcus quería asegurarse de que entendiera que, fuera lo que fuese lo que hubiera entre él y Lizbeth, la iba a proteger de compañías no deseadas.

—¿Qué tal, Benson? Hace tiempo que no te veo.

Marcus podía sentir en su mano los escalofríos de Lizbeth.

El hombre dio un paso atrás con una sonrisa forzada.

—Estoy bien, gracias. No vengo a Bath muy a menudo, pero como lady Pamela y yo somos viejos amigos, no quería perderme su boda.

—¿Ah, sí? —Marcus se volvió hacia Lizbeth haciéndole un gesto de desdén—. Tengo entendido que habrá música en cuanto Nick y Pamela se marchen. Me sentiría muy honrado si me concedes un vals.

—Por supuesto —dijo ella, dirigiendo los ojos hacia Benson.

—¿Y a mí también, señorita Davenport?

La mirada de Benson hizo que Marcus cerrara el puño. Al fin y al cabo, era por su propia maldita culpa. No debería haber mencionado que iban a bailar un vals frente a Benson.

Antes de que Lizbeth pudiera responder, apareció Berkshire, se puso a hablar con Benson, y le dio a Marcus la excusa que necesitaba para estar a solas con Lizbeth.

—Antes de que comience la música, ¿podemos dar un paseo por el salón? Hay un algo que me gustaría hablar contigo.

Marcus la apartó a un lado y comenzaron a deambular por el salón.

—Ahora que la boda ha terminado, es hora de que hablemos de la manera de entrar en la casa de la señora O'Leary para recuperar tus pertenencias.

—Sí. Y mis cuadros. He podido comprar algunos materiales de pintura con el dinero que he ganado en la librería, pero quiero que me devuelva mis cuadros. Fueron dos años de duro trabajo.

Marcus asintió.

—He tenido a alguien vigilando la residencia. Podría entrar y salir de allí rápidamente sin que nadie se dé cuenta.

Lizbeth se detuvo.

—No.

Marcus enarcó las cejas.

—¿No?

—Eso sería muy bueno, Mallory. —Entrecerró los ojos—. Pero iré contigo.

—No. No lo harás.

Ella apretó la mandíbula.

—Sí. Sí lo haré.

—Es demasiado peligroso —respondió haciendo un gesto con la mano.

Pero Lizbeth levantó la barbilla mostrando lo obstinada que era.

—Son mis cosas, y voy a ir contigo. Como ya te dije, no me voy a quedar quieta como si fuera una niña buena mientras todos los demás me resuelven el problema. Iré contigo y no hay más que hablar.

Cada día aprendía algo más del carácter de Lizbeth. Era leal, valiente... y muy testaruda.

—Además, aparte de las pinturas, que no dan lugar a confusión, no sabes cómo son mis cosas. Podrías llevarte cosas personales femeninas de alguna otra mujer.

Entonces lord Berkshire se acercó a ellos.

—No tengo idea de por qué estáis hablando de cosas personales femeninas, pero creo que la orquesta va a comenzar y prefiero veros bailando que discutiendo.

—Ah, no estábamos discutiendo, Berkshire, sino debatiendo —dijo Marcus asintiendo con la cabeza.

Lizbeth sonrió y los tres se rieron.

—Ahora tengo que encontrar a mi esposa. Está demasiado gorda como para bailar, pero tengo que vigilar que no se exija demasiado.

Les hizo un leve saludo y se marchó.

Tal como dijo, la orquesta comenzó a tocar los compases de un vals. Marcus hizo una reverencia a Lizbeth.

—¿Nuestro baile, verdad?

Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Iré contigo a la residencia?

—Ah. ¿Entonces el baile depende de mi respuesta?

—Mmm. Algo así.

Pero no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de tener a Lizbeth entre sus brazos. Era una mujer perfecta para él y, para ser justos, lo mejor era que lo acompañara. Sabía cuáles eran sus cosas y conocía la casa. Por mucho que no le gustará ponerla en peligro, cedió consciente de que esa era su propia lucha.

—Muy bien. Puedes venir conmigo.

Su brillante sonrisa casi hizo que se cayera de rodillas.

—Entonces sí, señor Mallory, creo que este es nuestro baile.

Extendió la mano como si fuera una reina que se la ofrece a un súbdito para que se la bese.

Marcus no pudo evitarlo. Se echó a reír y, tomándola de la mano, la llevó hasta la pista de baile. La estrechó en sus brazos, y sintió con el dulce aroma a rosas y limón que emanaba de ella.

—Prepárate para mañana por la noche. Nos encontraremos en el salón poco antes de la medianoche. Ponte algo oscuro.

Dio un giro para evitar a otra pareja.

—Estaré preparada.

Ella entonces sonrió cariñosamente y él le devolvió la sonrisa.

Capítulo 10

—¿Qué llevas puesto? ¿Y de dónde, lo has sacado?
Los ojos de Marcus se abrieron de par en par cuando vio que Lizbeth bajaba las escaleras preparada para ir a la residencia. Sus bonitas piernas destacaban porque iba con unos pantalones masculinos muy ajustados.

Lizbeth levantó la barbilla.

—No veo nada malo en lo que llevo puesto. Le pedí prestados los pantalones al hijo del jardinero.

—Se te marcan las... las piernas.

—¡Oh, qué terrible! —Respondió riendo—. Puedo moverme mucho mejor con pantalones, y si tenemos que correr no quiero terminar en el suelo enredada en mis propias faldas.

A decir verdad, Marcus hubiera preferido que no se hubiera vestido de una manera tan práctica para así poder convencerla de que se tendría que quedar en el carruaje mientras él registraba el almacén de la residencia. Pero no había tenido suerte. Parecía que Lizbeth siempre iba un paso por delante de él.

La miró con el ceño fruncido y la tomó del brazo para acompañarla desde la casa hasta el carruaje que había alquilado por toda la noche. En el caso de que fueran descubiertos y tuvieran que salir corriendo, no quería involucrar en el asunto al carruaje de Berkshire, que llevaba su escudo grabado en la puerta. Era mucho más seguro usar un carruaje alquilado.

Casi se vio obligado a cerrar los ojos cuando ella entró en el carruaje delante de él, pues su encantador trasero, remarcado por los pantalones, pasó justo frente a su cara. Se puso a sudar y se apresuró a sentarse frente a ella antes de que pudiera verse su reacción.

Tal vez hacía demasiado tiempo que no disfrutaba del cuerpo de una mujer. Nunca antes había tenido problemas para controlar las reacciones de su cuerpo ante una mujer atractiva. Sin embargo, por alguna razón, desde que vio a Lizbeth Davenport por primera vez,

pensaba en ella con deseo y, al mismo tiempo, se reprendía por hacerlo.

La pobre muchacha había pasado por algo terrible para una joven inocente, pero siempre pensaba en las diversas formas de complacerla, a ella y a él mismo, en lugar de centrarse en encontrar a los responsables y asegurarse de que se hiciera justicia.

Cómo se iba a enfrentar a esos sentimientos cuando todo terminara seguía siendo un misterio para él. Si Lizbeth hubiera sido una mujer soltera cualquiera, la cortejaría y vería hasta dónde les llevaba el noviazgo. A pesar de que poco a poco le había permitido que le tocara la mano, la espalda y la mejilla, eso todavía estaba muy lejos de la alcanzar la intimidad.

Pero dejó a un lado esos pensamientos y miró por la ventana cuando se detuvieron en un vecindario bien cuidado compuesto en su mayoría por pensiones. Habían elegido bien el momento. Todo estaba oscuro por ser una noche sin luna, y la típica niebla inglesa lo envolvía todo.

Se había enterado, por las personas que había contratado para vigilar la casa, de que el portero se retiraba una vez que la puerta principal se cerraba con llave por la noche. Lizbeth le había contado que si alguna residente no llegaba antes de las once y media, no se le permitía entrar hasta la mañana siguiente. Parecía que la residencia para mujeres de la señora O'Leary era una de las más respetables de Bath. Pero las apariencias engañaban.

Cuando salieron del carruaje Marcus dio instrucciones al conductor para que los esperara en la siguiente calle. No querían llamar la atención, solo entrar y salir de la casa lo más rápido posible.

Sin hablar, avanzaron en silencio hasta la parte trasera de la vieja casa de tablillas blancas.

Le había dado a Lizbeth una pequeña linterna para que la llevara. Marcus se palmeó los bolsillos, donde guardaba un instrumento que abría cerraduras, dos velas, cerillas y una pistola. Esperaba que no se encontraran ningún problema, pero prefería ir preparado.

Analizaron cómo podrían entrar y descartaron romper una ventana. En cambio, Marcus había comprado herramientas para abrir

cerraduras. El hombre que le vendió el aparato le enseño a usarlo, y cabe destacar que no le preguntó por qué podría querer forzar cerraduras.

Marcus le entregó a Lizbeth las cerillas.

—Esto me dará un poco de luz sin atraer la atención de los vecinos —murmuró—.

Lizbeth encendió una cerilla y la sostuvo junto a la cerradura mientras Marcus se agachaba e introducía el instrumento en la abertura. La cerradura debía de ser muy poco segura, pues él, que era un novato, lo abrió en unos pocos segundos.

—Déjame guiarte —susurró Lizbeth mientras apagaba la cerilla.

—Un momento.

Marcus abrió la puerta y miró hacia adentro para asegurarse de que nadie los estuviera esperando. Luego le hizo señas para que se pusiera delante de él y subieron las escaleras traseras. Agradeció a sus estrellas de la suerte que estuviera tan oscuro que casi no alcanzaba a ver a la persona que tenía por delante. Por supuesto, el solo recuerdo de lo que vio al entrar en el carruaje era suficiente para que su cuerpo se animara.

Ambos hicieron una pausa y contuvieron la respiración cuando Lizbeth pisó uno de los escalones que emitió un fuerte crujido. Lizbeth estiró un brazo hacia atrás y agarró la mano de Marcus, que le dio un ligero apretón.

Después de un minuto de forzando los oídos sin oír ni gritos ni golpes por las escaleras, continuaron. Cuando llegaron al tercer piso, donde Lizbeth decía que se encontraba el almacén, ambos se detuvieron para recuperar el aliento. Enseguida Lizbeth le hizo una señal para que avanzaran y se dirigieron directamente hasta el final del pasillo.

Allí señaló la última puerta del lado derecho. Probó girar el pomo de la puerta, pero no se movió. Una vez más, Marcus sacó sus herramientas y se puso en cuclillas frente a la cerradura. Se preguntó por qué habría un trastero cerrado con llave, pero enseguida tuvo la respuesta en cuanto la puerta se abrió.

Dejó escapar un silbido al ver varias estanterías llenas de objetos que apenas se distinguían en la penumbra, y que sin duda

pertenecían a las mujeres que habían "desaparecido" en la residencia a lo largo de los años. Cuando se acercaron a los estantes, Marcus encendió una de las velas para poder distinguir las diversas prendas de vestir, zapatos, joyas, espejos, cepillos para el cabello y todo tipo de cuadros y artículos personales, que guardaban como si fuera una tienda bien surtida. Había objetos metidos en baúles o en cajas, y otros simplemente estaban en el suelo de madera.

Marcus se acercó a la única ventana de la habitación y miró hacia afuera. No podía ver nada por culpa de la espesa niebla, así que estaba bastante seguro de que nadie los podría ver.

—Podemos encender la linterna y dejarla en el suelo. Deberías encender la otra vela ahora para hacer una búsqueda más completa.

Lizbeth se paró en el centro de la habitación y giró formando un círculo completo mientras negaba con la cabeza.

—¿Te das cuenta de la cantidad de mujeres pudieron haber residido en esa habitación? ¿Y cuántas fueron también secuestradas y enviadas a prostíbulos? Esto debe haber estado sucediendo desde hace muchos años.

Marcus se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Demasiadas, cariño. Pero, maldición, ya solo una es demasiado.

Lizbeth se volvió hacia él y le tomó las manos.

—Gracias por rescatarme. No estoy segura de si alguna vez te he dado las gracias como corresponde hacerlo.

—No hacía falta. Me alegré por haber logrado sacarte de ese horrible lugar. — Le acarició una mejilla y rápidamente retiró la mano al sentir que ella se ponía a temblar—. Intenta dejar todo esto atrás. Será difícil, pero creo que una mujer tan fuerte como tú puede hacerlo.

Dejó caer la mano y miró alrededor de la habitación.

—Pero ahora tenemos que buscar tus cosas.

Lizbeth usó otra cerilla para encender la segunda vela y la linterna.

—No reconocerías mis cosas, así que las buscaré yo. Puedes buscar mis pinturas, que probablemente estén apiladas contra alguna pared. Dudo que hubiera muchas residentes que también fueran artistas. Pensar la señora O'Leary solía alabar mis pinturas y me anima a que siguiera pintando cuando la ayudaba. Era tan falsa. —Lizbeth negó con la cabeza—. Demasiado falsa.

En cuanto se separaron y Lizbeth comenzó a revisar en los baúles y cajas de cartón que guardaban objetos de tantas otras jóvenes. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando recogió una muñeca vieja y desgastada, que obviamente debió de ser un juguete preciado que alguna mujer desafortunada conservó después de que su infancia terminara. Le temblaban las manos cuando devolvió la muñeca a la caja. Tantas vidas arruinadas, tantos sueños de mujeres jóvenes destrozados.

La señora O'Leary lo pagará.

Con cada caja en la que buscaba se iba enfadando más. ¿Cómo se atrevía la señora O'Leary a acoger a una mujer tras otra para después venderlas, comportándose todo el tiempo como si fuera una mujer perfectamente maravillosa y cariñosa? Volvió a prometerse a sí misma que si alguien era condenado por haberla secuestrado, se iba a encargar personalmente de que fuera ella.

Después de unos diez minutos, Marcus le habló en voz baja desde el otro lado de la habitación.

—¿Ya encontraste alguna de tus cosas?

—No. —Gruñó mientras sacaba una caja, aunque bajo la tenue luz de la vela que había colocado en el suelo, comenzó a ver algunas cosas le resultaban familiares—. Oh, espera. Creo que esto es mío.

Sacó la caja por completo y la dejó en el suelo.

—Si estás segura de que es tuyo, no te entretengas. Tenemos que estar aquí el menor tiempo posible.

Lizbeth movió algunos objetos de un lado a otro.

—Sí. Es mío. No puedo decir que todo esté aquí, pero lo miraré más tarde. ¿Has tenido suerte con las pinturas?

—No. —Se agachó y levantó la vela buscando en la pared que había debajo de los estantes—. Pero todavía tengo que mirar en el otro muro.

Lizbeth se puso de pie y se sacudió el polvo.

—Yo empezaré por este lado y tú puedes empezar por el otro.

Ambos se quedaron helados cuando oyeron unas pisadas sobre un suelo de madera, que procedían del otro extremo del pasillo. Marcus apagó la vela y le hizo señas para que ella hiciera lo mismo. Después se dirigió silenciosamente hasta la linterna y le apagó la llama.

Cuando Lizbeth apagó su vela, se acercó en silencio a Marcus, que la tomó de la mano, y los dos se metieron en un rincón oscuro que estaba parcialmente oculto por una de las estanterías. Marcus la puso detrás de él, y sacó la pistola del bolsillo.

Lizbeth estaba segura de que quienquiera que estuviera al otro lado de la puerta alcanzaría a oír los latidos de su corazón. Entonces sintieron el chirrido que producía el pomo al girar, y la puerta se abrió.

—¿Cuántas veces tengo que decirle a ese tonto que cierre esta puerta con llave? —murmuró la señora O'Leary.

Lizbeth recordó que cuando vivía en la residencia, la señora O'Leary tenía problemas para ver a lo lejos. Y como ella y Marcus estaban vestidos con ropa oscura, gracias a la penumbra de la noche, eran prácticamente invisibles para ella. Siempre y cuando no se movieran, o que no entrara a la habitación y se acercara a ellos.

Entonces oyeron que la señora O'Leary cerraba la puerta, seguida del sonido de la llave girando en la cerradura. Sonó un clic cuando la cerradura terminó de girar. Lizbeth colocó las manos en los brazos de Marcus y apoyó su frente en su espalda, dándole tiempo a su corazón para calmarse. Miró a su alrededor y ella misma no alcanzaba a ver nada.

—Sabemos que está despierta y deambulando por los pasillos, así que tenemos que terminar lo más rápido posible mientras pienso en la manera de salir de aquí sin que nadie se de cuenta.

—Probablemente no pueda dormir por culpa de su conciencia —agregó Lizbeth—. Ya tengo mi caja, así que lo único que tenemos que hacer es buscar mis pinturas en esa última pared.

Lizbeth rodeó a Marcus mientras él se volvía a guardar el arma en el bolsillo de la chaqueta.

Buscaron en silencio hasta que se encontraron en el centro de la última pared.

Lizbeth se puso de pie y se llevó las manos a las caderas.

—No están aquí —susurró—. No lo entiendo. ¿Qué hizo con los cuadros? Espero que no los haya destruido.

Marcus negó con la cabeza:

—No es probable. Pero ahora tenemos que salir de aquí. —Se acercó a la ventana y miró hacia afuera—. Está demasiado alto como para saltar y ni siquiera alcanzo a ver el suelo. Tendremos que arriesgarnos a que la señora O'Leary haya regresado a su cama y a salir por donde entramos.

—Cerró la puerta con llave, así que tendrás que usar tus nuevas habilidades forzando cerraduras para salir de aquí.

Marcus asintió y se agachó. La puerta se abrió rápidamente y se puso sobre un hombro la caja con sus cosas.

—Ve delante de mí.

Lizbeth abrió la puerta en silencio y se asomó. No había nadie a por ahí a quien ella pudiera ver. Avanzaron silenciosamente por el pasillo hasta la puerta que daba a la escalera trasera. Su corazón se aceleró cuando comenzaron a bajar las escaleras. Contuvo la respiración hasta que llegaron a la puerta de entrada.

Marcus de nuevo hizo que se pusiera detrás de él y abrió la puerta. Miró de un lado a otro y salió.

—Vamos.

Rodearon la fachada del edificio, y después se dirigieron a la calle donde les esperaba el carruaje alquilado. Marcus abrió la puerta, metió la caja y, sin esperar a que ella subiera, la agarró por la cintura y la lanzó dentro del compartimento. Él subió justo detrás de ella.

El carruaje arrancó antes de que se cerrara la puerta y ambos se recostaron en el asiento respirando hondo profundamente.

—No creo que me gustara tener la costumbre de asaltar casas.

Lizbeth sonrió y se apartó el pelo de la frente con una mano temblorosa. Marcus le devolvió la sonrisa y dijo:

—Estoy de acuerdo.

Después le dio la mano y tiró de ella para que se sentara justo a su lado. Le rodeó los hombros con un brazo.

—Ahora hablemos de ese beso.

Su media sonrisa hizo que ella sintiera mariposas en el estómago.

Lizbeth dudó y sus entrañas se revolvieron. Solo la habían besado una vez, y había sido un joven que la arrinconó detrás de un árbol en una reunión de la iglesia cuando ella tenía solo dieciséis años. Había sido rápido, húmedo y descuidado.

Aunque cuando estuvo en el burdel no aceptó que la besaran, todo el resto había sido sucio, maloliente y doloroso. Pero si quería recuperar su vida, y posiblemente algún día se sintiera lo suficientemente fuerte como para considerar tener un esposo y una familia, tendría que empezar por algún lado. Marcus Mallory era todo un caballero. Nunca le haría daño ni la forzaría. Lo sabía perfectamente.

Respiró hondo, cerró los ojos y asintió lentamente. Su corazón latía con fuerza, pero esta vez no era por el miedo a ser sorprendida por la señora O'Leary en su trastero, sino por la curiosidad. ¿Le gustaría que Marcus la besara? ¿Un beso podría hacerle recordar las dos peores noches de su vida?

Sintió que se Marcus se movía y que se acortaba la distancia entre ellos. Sintió el aroma de su jabón corporal justo antes de que le agarrara las mejillas con sus grandes manos y bajara la cabeza para besarla intensamente.

Su primera reacción fue apartarlo, pero se dio unos segundos sin moverse esperando a que el pánico la venciera. Pero no fue así. Sus labios eran cálidos y suaves. Y ella se pegó aún más a él, estrechando el espacio que Marcus había dejado entre sus cuerpos. Eso pareció estimularlo y la abrazó con fuerza acercando sus duros músculos al calor envolvente de su cuerpo.

Pero enseguida recordó la imagen del horrible hombre del burdel que se subió encima de ella.

—¡No! —Le dio un empujón en el pecho y se desplazó hacia el otro lado del carruaje con la respiración entrecortada—. Ya basta. Ya has tenido tu beso.

Se apartó el pelo de la frente con una mano temblorosa.

Marcus la observó durante un instante.

—Está bien, Lizbeth. Hasta aquí he llegado. No te obligaré a nada.

Ella asintió y se retorció las manos sobre el regazo.

—Lo sé.

Tenía que reconocer que antes de que esa desagradable imagen apareciera en su mente, se había sentido segura en los brazos de Marcus. Sabía a menta, y eso, combinado con el conocido olor que solía tener Marcus, aumentaba su sensación de seguridad.

Marcus permaneció tranquilo en su asiento, pero se inclinó hacia adelante apoyando los brazos en los muslos.

—Me encanta besarte, y algún día, cuando estés lista, espero que podamos intentarlo de nuevo.

Ella se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—¿Por qué? Por lo que me han dicho, puedes besarte, y hacer muchas más cosas, con cualquier mujer que te guste.

Marcus soltó una risita.

—No con cualquier mujer que me guste. —Le hizo un gesto con la mano—. Por ejemplo contigo, tú me atraes y, además, me importas mucho. No puedo evitarlo, simplemente es así. Eres la única mujer a la que quiero besar, y tal vez algún día, cuando estés lista, con la que hacer el amor.

—No. No lo creo. —Lizbeth se acurrucó en un rincón abrazándose a sí misma—. Nunca estaré preparada para eso. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que tragar saliva un par de veces—. Pero quiero hacerlo. Sé que suena contradictorio, pero siempre he querido sentir el amor. Tener un marido. Un hogar. Niños. Pero...

Pero Marcus no se dejaba disuadir fácilmente, y le sonrió.

—Soy un hombre paciente, Lizbeth. No me voy a ir a ninguna parte. Y como dije, esperaré hasta que estés preparada para hacerlo.

Miró por la ventana a la oscuridad de la noche, y pensó que se parecía a la oscuridad que se había apoderado de su alma. ¿Estaría preparada alguna vez? ¿Iba a quedarse soltera y sin ser amada durante el resto de su vida? ¿Nunca tendría un esposo amoroso, o

una casita acogedora como la que se crió? ¿Nunca iba a tener hijos? La gente horrible que la había secuestrado habría ganado la partida. ¿Lo iba a permitir?

Lizbeth se secó las lágrimas de las mejillas y miró sus ojos tranquilos y firmes.

—¿Querrás… ayudarme?

Capítulo 11

Dos días después de que Lizbeth y Marcus recuperaran sus pertenencias de la residencia de la señora O'Leary, ella decidió ponerse a pintar por primera vez desde su secuestro. Cuando vivía en la residencia, la señora O'Leary le dejaba pintar un cuadro después de terminar su trabajo del día, pero esa obra, así como sus demás pinturas no estaban en el almacén, así que ya era hora de que empezara a crear algo nuevo.

Sin embargo, le emocionó ver que sus materiales de pinturas estaban en la caja que habían conseguido recuperar. Además ya había comprado algunas cosas con lo que había ganado en la librería, y ya tenía suficientes pinturas como para comenzar una obra nueva.

Addie la había trasladado amablemente a otra habitación donde la luz era mucho mejor. Justo cuando estaba colocando el caballete y preparando las pinturas llamaron a su puerta.

Se levantó del suelo donde estaba ordenándolo todo y abrió la puerta. Al principio, pensó que había imaginado el golpe en la puerta porque no vio a nadie. Entonces apareció un niño pequeño, que aparentemente se había alejado corriendo de la puerta.

Era Michael, el hijastro de Addie, que tenía una cara muy hermosa perpetuamente sonriente. Ya lo había visto por la casa, pero nunca había pasado un rato con él. Como era sordo, realmente no tenía manera de comunicarse con él, pero pensó que podía hacer algunos movimientos que posiblemente entendería.

Se inclinó hacia él y le sonrió. El niño le devolvió la sonrisa. Entonces se estiró e hizo un gesto hacia la habitación.

—¿Te gustaría pasar?

Michael asintió y entró la habitación. Miró a su alrededor y enseguida se acercó al caballete y a las pinturas. Se dio la vuelta y volvió a sonreír, después se señaló el pecho.

—¿Pintas?

Movió la mano como si estuviera pintando.

De nuevo debió de entenderla porque asintió. Se volvió hacia el caballete que ella había colocado y pasó sus deditos por el lienzo.

De pronto, Lizbeth recordó de golpe a su hermano menor, Eli, que hacía exactamente lo mismo cuando tenía más o menos misma la edad que Michael. Siempre que comenzaba una pintura nueva, a Eli le encantaba verla pintar.

Fue una sorpresa total para sus padres cuando supieron que Eli estaba de camino, pues el niño era quince años menor que Lizbeth.

Cuando Michael se volvió, ella juró haber visto el rostro de Eli. Algo debió reflejarse en su rostro porque Michael frunció el ceño, se acercó a ella y le abrazó las piernas. Ella volvió a sentarse en el suelo y puso a Michael sobre su regazo. Abrazó su cuerpo tan pequeño y lloró.

Lloró por el niño que se llevó la gripe antes de tener la oportunidad de crecer. Lloró por su vida, que le fue arrebatada, no una, sino dos veces. Mecía a Michael y seguía llorando. El niño también la abrazaba y le daba palmaditas en la espalda con su pequeña mano, lo que hizo que se pusiera a llorar aún más fuerte.

Olía a niño pequeño. A galletas de azúcar, jabón de baño y chocolate, que eran los olores característicos de Eli.

Entonces se abrió la puerta de la habitación, que no había quedado cerrada del todo.

—¿Michael? ¿Qué haces aquí?

La suave voz de Marcus atravesó su dolor. Soltó a Michael y se secó las mejillas con las manos.

Marcus se acercó a ella, levantó a Michael, lo dejó de pie y después le ofreció una mano a Lizbeth. Ella le agarró la mano y se levantó.

—¿Qué pasa? ¿Michael ha hecho algo que te haya molestado? Lo hemos estado buscando.

Lizbeth negó con la cabeza.

—No. Lo único que Michael hizo fue ser él mismo.

—No lo entiendo.

Respiró hondo y miró a Marcus.

—Por un momento me recordó a mi hermano pequeño, Eli, que murió de gripe.

—Ah.

Marcus le dio un abrazo y la meció suavemente mientras ella continuaba llorando. No había necesidad de que cundiera el pánico. Marcus la abrazaba como a un amigo, sin esperar nada a cambio. Se sentía cómodo y reconfortado, y ella se aferraba a él como un faro en una tormenta.

—Era un niño. No tuvo la posibilidad de hacerse mayor. —Lizbeth se echó hacia atrás y lo miró—. Fue muy injusto. Debí de haber sido yo, en lugar de él.

Marcus la abrazó con más fuerza.

—No, cariño. Si Eli hubiera sido el único superviviente, se habría quedado completamente solo. Tú pudiste sobrevivir sola, pero él no lo habría conseguido.

Lizbeth se limpió los ojos con las manos.

—Sí. Me temo que tienes razón.

Lizbeth miró a Michael, que la observaba con el ceño fruncido.

—Creo que he asustado a este pobre niño.

Marcus levantó a Michael en sus brazos, después le hizo algunos movimientos con los dedos y el niño sonrió. Michael se volvió hacia Lizbeth y le dio unas palmaditas en el hombro. Quería volver a ponerse a llorar, pero se contuvo.

—¿Conoces el lenguaje de signos? —Preguntó.

—He aprendido un poco, lo suficiente como para poder ayudar a Michael en una crisis.

Lizbeth se echó a reír.

—¿Y esto es una crisis?

Marcus movió a Michael en sus brazos y pasó un brazo por los hombros de Lizbeth, poniéndola frente a él.

—Lo fue para ti.

Tantas lágrimas le habían provocado un leve dolor de cabeza, y había perdido el interés por la pintura que estaba a punto de comenzar. Lo que necesitaba era salir de la casa. Un paseo, tal vez.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Siempre estoy dispuesto a dar un paseo contigo. Déjame devolver a Michael a su niñera, que estaba a punto de acostarlo para que duerma la siesta cuando se dio cuenta de que se había

marchado. Podemos caminar cuantas unas calles hasta el pequeño salón de té que hay en Milsom Street. Si tienes hambre, podemos tomar allí una taza de té.

—Eso suena maravilloso. Solo déjame ver qué puedo hacer para que no se note que he estado llorando.

Marcus colocó su nudillo debajo de su barbilla y le levantó la cabeza.

—Te ves muy bien tal y como eres. Muy guapa.

—Creo que ya sabemos que eres un mentiroso.

Marcus se dirigió hacia la puerta, todavía cargando a Michael en sus brazos.

—Te espero abajo, en el salón.

Lizbeth se cambió el vestido que llevaba puesto, que era mucho más adecuado para pintar que para dar un paseo por la ciudad. Se puso en cambio un traje de paseo verde pálido con ribetes negros, con un sombrero a juego, ambas prendas cortesía de lady Berkshire, que decía que después de que llegara el bebé ya nunca le volvería a quedar bien su ropa, y que se lo pensaba pasar en grande gastando el dinero de su señoría para hacerse un nuevo guardarropa.

Una vez que se enjuagó la cara y se aplicó un paño frío en los ojos, se sintió mucho mejor. Incluso le empezó a disminuir el dolor de cabeza. Se miró en el espejo y se le elevó el ánimo. Se veía bonita. Casi feliz. Eso le solía suceder después de llorar. Se sentía mejor después de expulsar sus malas vibraciones.

Como capricho, cogió la sombrilla que hacía juego con el traje de paseo y bajó las escaleras. No llovía ni hacía sol, pero la sombrilla completaba el conjunto.

Marcus se puso de pie cuando entró en el salón.

—Señorita Davenport, estás realmente muy guapa.

Le hizo una reverencia, ella se la devolvió y ambos se echaron a reír.

Aunque no le gustaba nada tener que cubrir su hermoso atuendo, hacía demasiado frío como para dar un paseo sin capa. Marcus tomó la prenda de las manos de Penrose y se la puso sobre los hombros. Después le ofreció un brazo y salieron de la casa.

Marcus de nuevo no podía apartar los ojos de Lizbeth. Cuando le dijo que la veía guapa cuando estaba hecha un desastre de tanto llorar, lo había dicho en serio. No solo era hermosa por su cara, sino por su sonrisa y por la forma que tenía de comportarse sino, sobre todo, por el coraje que había demostrado tener desde que la secuestraron.

Pero ahora, con su nuevo traje, al que acompañaba un alegre sombrero, volvía a verse tan guapa como cuando la sacaron del burdel.

Las lágrimas que había derramado por su hermano lo habían dejado destrozado por dentro, y sus sentimientos hacia ella crecían cada día. No podía ser feliz si ella no lo era también. No estaba tranquilo si ella estaba nerviosa, y le aterrorizaba que se pudiera ver en peligro.

—¿Qué te parece trabajar en la librería? —Preguntó Marcus mientras observaba el tráfico cuando llegaron al borde de la acera y cruzaron la calle cuando los vehículos se detuvieron.

—Me encanta trabajar en la librería. Siempre me ha gustado leer, y poder estar con libros todo el día es un placer. Y cuando no estoy muy ocupada, me pongo a leer allí mismo.

—Algún día me tendré que pasar por allí. También para mí leer es uno de mis pasatiempos favoritos. Y lamento decir que solo estuve en *Once Upon a Book* un par de veces, cuando mi hermana era la propietaria.

Permanecieron en silencio durante unos minutos, después Lizbeth se volvió hacia él.

—¿Te puedo hacer una pregunta que tal vez pueda parecer grosera? Si me perdonas la impertinencia y me contestas, te lo agradezco un montón —Sonrió—. Oh, parece que he dicho un trabalenguas ¿no?

—Sí. Ha sido toda una declaración. Me da pavor pensar lo que tienes en la mente.

Esperó unos minutos, y justo cuando él pensaba que había cambiado de opinión, Lizbeth continuó:

—Nunca he pertenecido a la clase alta. —Dijo y se volvió hacia él —. La gente con la que sé que te relacionas en Londres.

Marcus sonrió.

—Ah. El *Beau Monde*. También conocido como la *élite social*. O la *Élite de los Diez Mil*.

—Sí. A ese grupo.

—Podría ser. El hermano mayor de mi padre es conde, y el padre de mi madre era barón. Por lo tanto, somos miembros de la *aristocracia*. Y como tal, he asistido a una serie de eventos. —La miró a la cara—. ¿A eso te refieres?

Tal vez Lizbeth tenía ganas de asistir a alguno de los muchos bailes y carreras por los que estaba preguntando. Aunque estaría encantado de acompañarla a cualquier evento al que ella quisiera ir, si tenían razones para estar en Londres, con su dulce semblante y su carácter honesto, muchas de las jóvenes de la sociedad no la podrían soportar.

—Sí, a eso me refiero. Sé que Addie lo pasó mal, pero me dijo que tú eras bastante... popular.

Por fin entendió de qué se trataba. Había pasado varios años forjándose la reputación de libertino. Era cierto que había disfrutado de numerosas relaciones, aunque evitaba estar con mujeres casadas. Además, de vez en cuando había tenido a alguna amante, y había gastado bastante dinero en las salas de juego y en los clubes de caballeros.

Pero en su currículum no había borracheras públicas o carreras por Hyde Park. Tener que trabajar todos los días en los negocios de su padre reducía un poco sus salidas, a pesar de que algunos de sus amigos no trabajaban y seguían siendo caballeros, a pesar de que muchos de ellos tenían serias dificultades para conservar sus propiedades.

Creyó, y deseó, que tal vez estaba equivocado respecto a lo que ella le preguntaba y le dijo:

—Sí. Siempre me han invitado a muchos eventos sociales. —Se encogió de hombros—. Supongo que se podría decir que siempre aparecía en la mayoría de las listas de invitados.

—Ya veo. —Dijo mientras continuaban caminando—. Pero eso no es exactamente lo que quiero decir.

Eso era lo que se temía. Cruzaron otra calle y Marcus hizo que se dirigieran hacia la zona donde estaba el salón de té.

—¿A qué te refieres, entonces, exactamente?

—Addie mencionó, y Pamela también... no es que estuviéramos hablando de ti, por favor, entiende, que...

—¿Qué?

Como percibió que titubeaba, por si estaba equivocado mantuvo la boca cerrada y dejó que ella le diera su opinión.

Lizbeth hizo que se detuvieran bruscamente.

—Que eres un libertino y has tenido un montón aventuras, docenas de amantes y asistes a fiestas de dudosa reputación.

Enseguida Lizbeth hizo que continuaran avanzando con la cara completamente roja..

—Ya veo.

¿Cómo diablos iba a responder a esa acusación? Aunque le había encantado haberse acostado con más de una mujer, no se podía decir que hubiera tenido un montón de aventuras y docenas de amantes. Tal vez en su juventud, recién salido de la universidad, asistió a algunas fiestas en las que no le hubiera gustado encontrarse con su hermana, pero todos los caballeros al menos una vez en su vida habían conocido ese mundo. ¿O no?

Marcus se aclaró la garganta.

—Debes entender que la vida de un joven de la *clase alta*...

—¿Lo fuiste?

—¿Qué?

Tal vez la ignorancia le podría ayudar a ganar tiempo para darle una respuesta sincera sin parecer que era una especie de sinvergüenza.

Lizbeth lo miró sonriendo.

—Creo que estás eludiendo la pregunta.

Llegaron al salón de té y él agradeció la interrupción mientras los saludaban, los sentaban y se les acercaba el camarero. Una vez hecho el pedido, Lizbeth cruzó las manos sobre la mesa y lo miró directamente a los ojos.

—Todavía estoy esperando que me respondas.

—Eso es lo que temo —murmuró para sí mismo y contuvo el impulso de abrirse la corbata, que de repente sentía que estaba demasiado ajustada—. Llevaba la vida típica de un joven de *clase alta*. Estuve en muchos eventos sociales, como bailes, excursiones, fiestas de jardín y fiestas privadas.

Cuando dejó de hablar ella le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—También iba a las salas de juego, a mi club de caballeros, y a algunas fiestas que... digamos que no eran apropiadas para señoritas.

Lizbeth sonrió y se echó hacia atrás cuando el camarero se acercó con los implementos para tomar el té. Después Lizbeth preparó y sirvió el té, y le pasó las bandejas con sándwiches, galletas y tartas.

Sacudió la servilleta y la colocó sobre su regazo.

—¿Y las otras cosas?

Marcus puso la cara más inocente que pudo y la miró.

—¿Otras cosas?

Lizbeth tomó un trago de té y enarcó las cejas.

—¿Las amantes?

Maldita sea, iba a hacer que se lo confesara. Si fuera cualquier otra mujer, esquivaría la pregunta sin dudarlo, pero quería que hubiera sinceridad entre ellos. Verdad y confianza. Sin duda, dada su experiencia, la confianza de Lizbeth estaba rota como un vaso arrojado a una chimenea. A pesar de lo incómodo que era lo que le preguntaba, ella necesitaba que fuera honesto.

—Sí. He tenido amantes. No docenas, sino unas pocas a lo largo de los años, y nunca más de una a la vez. —Se rió entre dientes—. No podía permitírmelo.

Tomó un trago de té deseando que fuera brandy, y ella se limitó a responderle levantando las cejas. La señorita Lizbeth Davenport estaba haciendo que se sintiera como un niño que esconde una galleta robada detrás de la espalda.

—¿Y las aventuras?

¡Doble maldición!

—Sí. Tuve alguna. —Se detuvo un instante y rápidamente continuó—. Pero nunca con mujeres casadas. Eso va en contra de mi propio código personal de comportamiento.

Miró los pasteles que había en la bandeja del centro de la mesa.

—¿Vírgenes?

—Nunca. —Sacudió la cabeza negando—. Nunca hice daño a ninguna jovencita. Ni me vi obligado a casarme con nadie.

Ella asintió como si estuviera satisfecha con sus respuestas. Él, en cambio, sentía sudor por debajo de la corbata y que la parte trasera de su camisa estaba empapaba como si acabara de terminar un asalto en un ring de boxeo.

Lizbeth le dio un mordisco a una tarta de frutas y sonrió.

—Está deliciosa. Deberías probarla.

Se lamió los labios y le sonrió.

¿Qué diablos acaba de pasar?

Capítulo 12

—Gracias, señor Sinclair. Estoy segura de que a su esposa le encantará ese libro.

Lizbeth sonrió al hombre que iba a la librería casi todos los días en que trabajaba. No siempre compraba algo, pero charlaba con ella y, de vez en cuando, le traía un caramelo de limón o fruta diciéndole que necesitaba engordar un poco.

Si hubiera sido más joven, o soltero, sospecharía que estaba intentando cortejarla, pero a sus sesenta y nueve años —se había jactado orgulloso de su edad la primera vez que se conocieron— y estando casado con la misma mujer desde hacía más de cuarenta años, no era más que un buen hombre al que le encantaban los libros.

—Estoy seguro de que a ella también le encantará. —Se quitó el sombrero—. Que tenga un buen día, señorita Davenport.

Todavía quedaban algunos clientes observado los estantes y, como ya les había preguntado si necesitaban ayuda, decidió tomarse un breve descanso y sentarse en la silla acolchada que tenían en la parte delantera de la librería para continuar leyendo *Emma* de Jane Austen, novela que había comenzado a leer esa mañana.

Primero lo intentó con *La mujer de blanco*, pero encontró que era un libro desconcertante que no iba a disfrutar, pues en este momento de su vida sobre todo necesitaba pasarlo bien y divertirse.

—Quiero estos dos libros, señorita.

Se acercó una mujer mayor que ya había estado en la librería otra vez durante su turno.

Lizbeth se levantó de un salto.

—Por supuesto.

Tomó los libros que le indicaba la mujer y los llevó al mostrador, donde comprobó los precios, hizo la cuenta y entregó el recibo a la cliente.

Intercambiaron el dinero, la mujer recogió su compra y se fue. Lizbeth volvió a echar un vistazo por la librería, y parecía que las otras personas que habían estado curioseando se habían marchado.

Echó un rápido vistazo al reloj y vio que solo quedaban quince minutos para el cierre.

Rara vez llegaban nuevos clientes en los últimos minutos antes de cerrar, así que se sentó en un taburete frente al mostrador y se dispuso a hacer la contabilidad del día. Pero de pronto la campanilla tintineó, y al levantar la vista tuvo que respirar hondo antes de reaccionar.

—Buenas noches, señorita Davenport.

La señora O'Leary se acercaba a ella como si fueran buenas amigas.

—¿Qué quieres?

Dijo incluso antes de pensar qué le iba a decir, y no le importó lo brusca que había sido al hablarle así.

La señora O'Leary le respondió.

—Querida, ¿el dueño de esta maravillosa librería... —se detuvo y miró a su alrededor— conoce la manera que tienes de saludar a sus clientes?

—Dudo de que seas cliente. En todo el tiempo en que estuve en tu casa nunca te vi tomar un libro.

La señora O'Leary se quitó los guantes y esbozó una dulce sonrisa que Lizbeth quiso borrarle de la cara.

—Leo de vez en cuando. Y como esta es librería pública, creo que tengo derecho a entrar y ver qué hay en los estantes.

—No sé qué haces aquí, pero la librería cierra en diez minutos.

A pesar de los latidos de su corazón, Lizbeth intentó terminar el trabajo que estaba haciendo, pero no lo consiguió porque teniendo a la señora O'Leary cerca no podía concentrarse.

¿Y si volvía a secuestrarme?

Se puso a sudar y no conseguía sumar las ventas del día. Estaba muy tensa y miraba continuamente por la ventana delantera por si veía a alguien al acecho. ¿Por qué no se le había ocurrido hasta ahora que la señora O'Leary, sabiendo que se había escapado del burdel, podría intentar secuestrarla de nuevo?

La maldita mujer se acercó al mostrador.

—La otra noche sucedió algo muy extraño en mi casa.

Lizbeth supo de inmediato a qué se refería, pero fingió no saber nada.

—Me temo que no puedo charlar en este momento. Tengo que terminar el informe del día.

Se secó las manos húmedas en la falda y fingió ponerse a sumar, pero estaba tan nerviosa que no recordaba ni lo que eran dos más dos.

—Sí, lo extraño fue que aparentemente alguien se metió en mi trastero. —Se acercó más a Lizbeth—. En mitad de la noche.

Lizbeth se echó hacia atrás, cruzó los brazos sobre la cintura y la miró fijamente.

—Señora O'Leary, tiene usted cinco minutos para comprar algo. Después la acompañaré para que salga de la librería y cerraré la puerta con llave.

—Sí. Hablando de cerraduras. La puerta de mi trastero siempre estaba cerrada con llave, pero por alguna razón, cuando fui a verlo a la mañana siguiente, estaba abierta. ¿Qué piensas de eso?

Lizbeth levantó la barbilla, decidida a no mostrar miedo frente a esta mujer, pero echó otra mirada por la ventana.

—No creo nada sobre eso, y no me interesa en absoluto que hayan entrado en tu trastero. Ahora debo volver a mi trabajo, y tú tienes que ver si te interesa algo y marcharte.

La señora O'Leary se alejó un poco y le habló por encima del hombro.

—Lo más extraño es que lo único que se llevaron fue la caja donde guardaba tus cosas.

Justo cuando estaba a punto de pedirle que se marchara de la librería, la campanilla de la puerta tintineó. Se giró rápidamente y respiró aliviada al ver que era Marcus. Primero la miró a ella, después a la señora O'Leary y arqueó las cejas.

—Buenas noches, señorita Davenport. Estaba por el barrio y decidí venir para acompañarte a casa.

—Ya casi he terminado.

La llegada de Marcus la relajó. Los latidos de su corazón se ralentizaron, y se le alivió el nudo que tenía en el estómago. Nadie la

iba a secuestrar estando con él. Le asombró la confianza que tenía en que siempre la protegería.

—Buenas noches, señora O'Leary.

Marcus le hizo una pequeña reverencia y ella le devolvió una sonrisa.

—Buenas noches tenga usted también. Es el señor Mallory, ¿verdad?

—Sí, señora. —Se dirigió hacia donde Lizbeth hacía sus cálculos y se puso a su lado—. ¿Qué hace aquí? —Murmuró.

—Acosarme. —Lizbeth bajó la cabeza—. Me dijo que alguien se metió en su trastero y que se llevó una caja con mis pertenencias —dijo susurrando.

—¿De veras? —Dijo Marcus levantando la voz—. Es una lástima que se hayan llevado tus cosas, pero creo que cuando estuvimos en la residencia de la señora O'Leary hace unas semanas, ella aseguró que ya te habías llevado todo. De hecho, si la memoria no me falla, sus palabras exactas fueron: "*Cariño, me temo que te llevaste todo cuando te marchaste tan de pronto".* —Cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en el marco de la puerta— ¿Verdad, señora O'Leary?

Ella le hizo un gesto de desdén con la mano.

—Es muy posible que se haya dejado algunas cosas, y las guardé en el almacén con la esperanza de que la señorita Davenport las reclamara algún día.

—Sin embargo, cuando fue a pedírselas, le dijo que ya se había llevado todo.

La señora O'Leary estiró los puños de su abrigo y avanzó hacia él.

—He tenido a muchas residentes a lo largo de los años. —Sonrió mientras intentaba pasar junto a Marcus, que todavía estaba apoyado en la puerta—. Es muy posible que a veces me confunda. Ahora, si me disculpa, creo que la señorita Davenport dijo que la librería estaba a punto de cerrar.

Marcus la miró fijamente y se apartó lentamente de la puerta.

—Que tenga una buena noche, señora O'Leary. Le aconsejo que busque otra librería donde ir.

La señora O’Leary entrecerró los ojos y la miró fijamente.

—Puedo ir de compras donde me plazca.

Marcus entonces apoyó una mano contra la puerta para evitar que la abriera.

—Pero le puedo asegurar que esta librería nunca la complacerá. —Y continuó unos instantes mirándola fijamente—. ¿Me he explicado bien?

Ella le hizo un gesto cortante con la cabeza, y él se apartó para que pudiera marcharse.

—Bien hecho, señor Mallory —dijo Lizbeth mientras la puerta se cerraba y ella dejaba a un lado el libro de contabilidad.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí? —preguntó Marcus mientras se apoyaba en el mostrador.

Le sorprendió, y enseguida le molestó ver a la señora O'Leary en la librería. Era evidente que Lizbeth estaba bastante disgustada. Le temblaba la mano mientras escribía en el libro de contabilidad, y no dejaba de hacer respiraciones profundas.

—Apareció no mucho antes de que llegaras tú. Tal vez cinco o diez minutos antes. No imaginas lo sorprendida que me quedé al verla.

Metió el libro de contabilidad por debajo del mostrador y se bajó del taburete.

—Sin duda. Menos mal que tenía una razón para pasarme por aquí esta noche. Creo que, por seguridad, debería acompañarte a casa todas las noches que trabajes. No me gusta que sepa dónde trabajas y que pueda enterarse fácilmente cuándo estás por aquí.

Siguió a Lizbeth, que se dirigió a la parte trasera de la librería donde apartó una cortina que colgaba de una puerta, y accedieron a una pequeña parte del local que obviamente se usaba como almacén.

—¿Crees que podría hacer que intenten secuestrarme de nuevo?

Lizbeth recogió su capa de un perchero y Marcus la ayudó a ponérsela.

—Existe la posibilidad ahora que sabe que ya no estás en Londres. Imagino que la gente con la que trabaja no debe de estar

contenta. Mi esperanza es que sea consciente de que la policía ha sido informada del secuestro y que la está vigilando. En cualquier caso, no confío nada en esa mujer. De hecho, creo que deberías renunciar a este trabajo.

En cuanto se lo dijo, supo que era un error. Incluso antes de que ella lo mirara frunciendo el ceño.

—No. Necesito el dinero para mantenerme, y si quiero dejar de vivir a costa de la generosidad de tu hermana y de lord Berkshire, tengo que tener un sueldo.

Como Marcus aún no había tomado la decisión del todo, probablemente tampoco era el momento de decirle que estaba pensando en casarse. Con ella. Para honrarla, protegerla y financiarla, para que nunca más tuviera que preocuparse por estar sola en el mundo, ni preguntarse cómo iba a conseguir su próxima comida.

Si tuviera que casarse, no le cabía duda de que lo haría con Lizbeth. A pesar de que no estaba completamente convencido de que el matrimonio fuera para él, sinceramente era una idea que cada día le parecía más atractiva.

Podía imaginarse fácilmente llevando una vida maravillosa con ella, él dedicado al negocio de su padre y cumpliendo con sus funciones como diputado, y Lizbeth cuidando de su hogar y criando a sus hijos. Habría pasión y humor, y posiblemente incluso amor.

Sí, podría ser una vida perfecta. Pero ella estaba lejos de estar dispuesta a compartir su intimidad con un marido. Marcus tenía mucho trabajo por hacer y presionarla sería un error. Tenía que seguir su propio ritmo. Si avanzaba demasiado rápido podría perderla para siempre.

Algo en lo que no quería ni pensar.

—Ten la completa seguridad de que no eres una carga para los Berkshire, aunque vivas en su casa —respondió—. Me gustaría que no te preocupes por eso.

Lizbeth apagó las lámparas de aceite que había en el local y, echando un último vistazo al lugar, se dirigieron a la puerta principal que cerró con una llave que colgaba de una cadena que llevaba en el cuello. Se puso los guantes y negó con la cabeza.

—Puede que no sea una carga económica, pero no formo parte de su casa. Pronto llegará el bebé y la casa se llenará de gente.

Marcus se echó a reír. Era realmente tan adorable.

—Lizbeth, hay siete dormitorios en esa casa, además de la suite principal que usan Berkshire y Addie.

Ella levantó la nariz.

—Puede que sea así, pero me siento mejor si gano mi propio dinero.

No parecía tener ningún sentido continuar la conversación. Hasta que no sintiera que ella estuviera lista para pedirle que se casaran, y él pudiera proporcionarle todo lo que necesitaba y deseaba, tenía que dejar el tema a un lado. Pero, sin duda, lo mantendría guardado en el fondo de su mente. Se aclaró la garganta, y puso una pequeña sonrisa adelantándose a lo que estaba a punto de decir.

—Hablando de ganar dinero, mañana por la mañana quiero enseñarte algo.

Lizbeth se animó.

—¿Qué?

Marcus negó con la cabeza ante su curiosidad. Pero tendría que esperar. Era mucho mejor para ella que lo viera antes de contarle lo que había descubierto ese mismo día.

—Ah. No te lo diré, pero prepárate para salir a primera hora de la mañana.

—Suena misterioso.

—Así es.

Le guiñó un ojo y la llevó hasta el carruaje de Berkshire, que estaba al borde de la acera frente a la librería. El conductor bajó de un salto y abrió la puerta. Marcus ayudó a Lizbeth a entrar, y después se sentó frente a ella. Con un golpe en el techo, el carruaje comenzó a rodar entre el denso tráfico de la tarde.

—No puedo decirte lo feliz que me sentí al verte entrar en la librería.

Lizbeth se abrazó a sí misma y se estremeció.

—¿Tienes frío?

—Un poco. Sí.

Le castañeteaban los dientes. Marcus se acercó a ella e hizo que se se pusiera a su lado del carruaje. Buscó a tientas por debajo del asiento y sacó una manta con la que la tapó. Después le pasó un brazo por encima de los hombros, y la estrechó hacia él.

—¿Sientes más calor ahora?

—Sí. Gracias. —Le dijo mirándolo—. ¿Por qué crees que vino la señora O'Leary a la librería?

—Obviamente para que supieras de que estaba al tanto de que te metiste en su casa, o alguien de tu parte. —Hizo una pausa y de pronto se puso tenso—. ¿Te amenazó de alguna manera?

Lizbeth negó con la cabeza.

—No. Pero no creo que me haya dicho todo lo que me quería decir cuando llegaste. Tal vez pensaba amenazarme. —Lizbeth dudó un minuto—. Supongo que la policía no le ha hecho nada, ya que sigue andando por ahí libre como un pájaro.

—En defensa de la policía —levantó la mano cuando ella abrió la boca para protestar—, tampoco les dimos demasiado material. Recuerda que deben armar un caso para poder detener a alguien. Y debe de ser un caso sólido para que se pueda sostener en los tribunales. La señora O'Leary es sólo un eslabón de una cadena, y quién sabe cuántas personas habrá involucrada en este asunto. Estoy seguro de que la policía de Bath está trabajando con los *bobbies* de Londres y quiere cerrar la operación y que todos los miembros de la red criminal acaben entre rejas.

Lizbeth se desplomó en el asiento.

—¿Crees que la habrán interrogado?

Marcus se encogió de hombros.

—Probablemente. Pero creo que con las relaciones que tiene Nick con los bajos fondos tenemos una buena oportunidad para descubrir quién trabaja con ella y proporcionar esa información a la policía. Después ellos se encargarán de acabar con ese grupo.

—¿No es algo que deberían estar haciendo ya? ¿No es ese su trabajo?

—Sí, lo es. Pero también tienen otros delitos que investigar. Y deben ser tranquilos y metódicos. No quieren detener a gente que

después quede libre porque no establecieron un caso lo suficientemente sólido.

Se volvió para mirar por la ventana a los carruajes que iban en la dirección opuesta, cargados de pasajeros ansiosos por volver a casa para cenar.

—Es todo muy frustrante.

—Sí, lo es, cariño. Pero estoy en contacto con todas las personas que he conocido mientras trabajaba en mi proyecto de ley. Hay una gran cantidad de información por ahí. Hay gente de la que ni siquiera la policía está al tanto porque algunos de mis contactos me llegaron a través de Nick Smith, y son personas que preferirían morir antes que hablar con un *poli*. Te prometo que se hará justicia.

—Siempre y cuando sirvan en bandeja de plata a la señora O'Leary.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, mientras bajaban las escaleras, Lizbeth le dijo frunciendo el ceño.

—No entiendo por qué no me dices adónde vamos.

—Ya te dije que es mejor que sea una sorpresa. Prefiero que veas lo que he encontrado antes de contártelo.

La ayudó a subir al carruaje que los esperaba y se sentó frente a ella.

—¿Cómo sabe el conductor adónde vamos?

Estaba tan emocionada como una niña pequeña que le hubiera gustado ponerse saltar en los asientos. Por la expresión de Marcus y la alegría de sus ojos, aparentemente iba a disfrutar del paseo.

—Pedí a Penrose que le dijera al conductor a dónde quería que nos llevara cuando solicité el carruaje hoy temprano. —Sonrió—. Llegaremos bastante rápido, así que no tendrás que especular demasiado tiempo.

Lizbeth suspiró.

—Muy bien.

Era un hombre muy testarudo. Pero tras aceptar que no iba a saber de qué se trataba, se relajó en el asiento y se dedicó a observar el ajetreado tráfico y a la gente que iba y venía comprando en las tiendas.

La mañana anticipaba otro día nublado y algo frío. Pero estaba demasiado emocionada pensando dónde la podrían llevar, y qué sería lo que Marcus quería mostrarle, como para sentir el frío.

Fiel a su palabra, sólo habían pasado unos veinte minutos cuando el carruaje se detuvo frente a una tienda. Lizbeth agachó la cabeza para mirar por la ventana y ver su nombre.

Galería Walker
Para expertos en el mejor arte

Lizbeth miró a Marcus, que se esforzaba por ocultar su sonrisa.

—¿Una galería de arte? ¿Hemos venido a comprar cuadros?

Marcus sacudió la cabeza y salió del carruaje.

—Espera y verás.

Le dio la mano y la ayudó a bajar por el escalón.

Al entrar en la galería los recibió el tintineo de una campanilla, que le recordó al de la librería. Enseguida se acercó a ellos un hombre, con el típico aspecto de ser el dueño de una galería de arte, vestido a la moda y sin un pelo fuera de su sitio.

—Buenos días, señor Mallory. Supongo que ella es la artista de la que hablamos.

Marcus le tomó una mano e hizo que avanzara hacia adelante.

—Así es, señor Walker. Le presento a la señorita Lizbeth Davenport.

El señor Walker le hizo una reverencia, y Lizbeth simplemente hizo el ademán de tragar, ya que no tenía ni idea de qué más debía hacer. Después el hombre se acercó a ella y le tomó la mano.

—Es un placer conocerla, señorita Davenport. Bienvenidos a mi galería de arte.

—Gracias. —Dijo ella y vio que Marcus sonreía.

—Señorita Davenport, la invito a ver nuestras obras de arte. Estoy seguro de que quedará impresionada con los talentosos artistas que presentamos.

El señor Walker miró a Marcus, al que también le brillaban los ojos.

—Sí. Gracias.

Todavía confundida con el encuentro, se dirigió a una pared y comenzó a contemplar las pinturas. Algunas eran muy, muy buenas, y otras sabía que ella podía hacerlas mejor. Walker y Marcus hablaban en voz baja mientras ella examinabas las obras de arte.

Cuando miró hacia ellos, Marcus volvió a sonreírle. La visita se estaba volviendo muy surrealista. Pero las obras eran excelentes en su mayor parte. Cuando avanzó hasta la siguiente pared, dejó escapar un suspiro, se tapó la boca con las manos, y se dio la vuelta para mirar a Marcus.

—¡Estos son mis cuadros!

Él la observaba con una mirada que ella no alcanzaba a identificar.

—Lo sé, cariño. Son tus cuadros.

—Pero cómo... ¿Cómo?

No podía formar una frase completa. Se sacudió la cabeza y volvió a mirar a la pared, para asegurarse de que no estaba viendo visiones.

Miró por encima del hombro.

—Marcus. Estos son mis cuadros.

Se dio la vuelta y volvió a observarlos, y a medida que avanzaba los iba contando. La mayor parte de las pinturas que había perdido estaban colgando de la pared de una galería de arte.

—Señorita Davenport, hay una historia que lo explica todo.

El señor Walker se unió a ella.

—Estoy segura de que sí. —Dijo sin volverse hacia él mientras continuaba mirando sus cuadros—. Oh, me encanta este. Era mi favorito.

Siguió avanzando por el espacio hasta que llegó a un retrato de su hermano menor. Sus ojos se llenaron de lágrimas y recordó lo difícil que había sido hacer que se quedara quieto para poder pintarlo.

Se volvió hacia Marcus.

—Este es Eli.

Su voz se quebró y Marcus se acercó a ella y le pasó un pañuelo.

Lizbeth se tapaba la boca con las manos.

—Nunca pensé que volvería a verlos.

—Señorita Davenport, si me acompaña a la oficina, me gustaría hablar con usted acerca de estos cuadros.

El señor Walker hizo un gesto con la mano en dirección a una puerta situada al fondo de la galería.

Como en un sueño, lo siguió con Marcus a su lado, y el pañuelo aún mojado aplastado en una mano.

Cuando se sentaron Marcus dijo:

—Permítame contarle a la señorita Davenport cómo sucedió todo.

El señor Walker asintió y Marcus se volvió hacia ella, tomando su mano entre las suyas.

—Me pareció bastante extraño que la señora O'Leary se hubiera quedado con tus cosas, pero no con los cuadros. Dijiste que estabas

a punto de hacer una exposición en tu ciudad cuando tu familia enfermó. Eso me hizo pensar de que tus pinturas debían de tener un valor económico. Como la señora O'Leary es muy codiciosa, entre otras muchas cosas, pensé que no habría destruido sus cuadros, sino que habría intentado venderlos. Estuve varios días buscando galerías de arte de Bath.

—¿Pero cómo supiste que estos eran los míos?

—Como hacen todos los artistas, siempre pones tus iniciales en una esquina. También pregunté a los galeristas si en las últimas semanas alguna mujer les había traído una serie de cuadros para venderlos.

—Nunca pensé en eso. —Lizbeth se levantó de un salto de la silla y dio un golpe con su puño contra la palma de la otra mano—. ¡Esa mujer es una sinvergüenza! No solo me vendió a un burdel, sino que me robó los cuadros e intentó venderlos.

—Tranquila, cariño. —Marcus la tomó de la mano e hizo que la relajara—. Hemos recuperado las pinturas, así que todo va bien.

El señor Walker se aclaró la garganta.

—La razón por la que le creí al señor Mallory cuando me contó su historia fue el hecho de que encontré algo... ¿debería decir sospechoso…? en la historia de la señora O'Leary?

—¿Qué le contó? —Preguntó Lizbeth.

—Que ella era la representante de una artista que nunca se presentaba en público. Me mostró un papel, que ahora me doy cuenta de que no valía nada, que la autorizaba a vender las pinturas en nombre de la artista.

– ¿Y pensaba que se iba a salir con la suya? —Preguntó Lizbeth.

Marcus se encogió de hombros.

—Dado que se suponía que no estarías "disponible" durante mucho tiempo, nadie se iba a dar cuenta. Las pinturas llevan semanas aquí.

—Esa mujer tiene que pagar por lo que ha hecho.

El señor Walker volvió a aclararse la garganta.

—Por el lado bueno, señorita Davenport, ya he vendido cuatro de sus cuadros, y si desea continuar con esta galería, estoy seguro de que podremos vender los demás. Además, me gustaría ofrecerle

formar parte de los artistas de la galería para que pueda vender sus obras en el futuro.

Lizbeth volvió a restregarse los ojos con el pañuelo de Marcus.

—Sí. Sin embargo, me gustaría recuperar algún cuadro. Los de los miembros de mi familia, y las mascotas y ese tipo de cosas. Tal vez seis o siete pinturas. El resto me encantaría venderlo en su galería, señor Walker.

Marcus se reclinó en su silla y se volvió hacia ella.

—He revisado el contrato que ofrece el señor Walker y me parece bastante justo. He estudiado los contratos de otras galerías, y el suyo es similar.

Lizbeth enarcó las cejas.

—Veo que has estado bastante ocupado. —Volvió a palmearse los ojos—. Gracias.

—Haría cualquier cosa para hacer que sonrías.

Pero sus ojos decían mucho más que sus palabras.

Entonces irrumpió el señor Walker.

—Si espera unos minutos, revisaré mi libro de contabilidad y le haré un cheque por lo que se le debe por las pinturas que ya han sido vendidas. He guardado el dinero, porque no quería decirle a la señora O'Leary que los cuadros se habían vendido porque intuía que había algo raro en todo el asunto.

—Sí. Es fantástico. —Se volvió hacia Marcus—. Me van a pagar.

—Así es, cariño. Y legítimamente.

Al día siguiente, como era sábado, Marcus había convencido a Lizbeth de que no fuera a la policía para denunciar que la señora O'Leary le había robado sus cuadros, se pasara el día pintando y por la noche fueran a bailar a los salones de la Asamblea.

A Marcus le parecía que los bailes de la Asamblea de Bath eran mucho más agradables que los de Londres. Las mujeres de Bath no tenían tanta malicia como las de la capital. Había visto a su hermana, Addie, bastante afectada muchas veces como para ser consciente de lo hirientes que podían ser algunas muchachas.

Cada día, cuando terminaba de trabajar, se pasaba un rato a ver a Lizbeth pintar, y era evidente desde el boceto inicial hasta la

manera de aplicar la pintura que era extremadamente talentosa. Le prometió que la iba a ayudar a llevar los materiales de pintura al aire libre cuando el tiempo fuera lo bastante cálido como para trabajar al exterior.

—¿Dices que esperas seguir aquí en Bath para la primavera?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, lo que le hizo considerar qué era exactamente lo que pensaba hacer. Su idea inicial había sido visitar a su hermana para conocer a su nueva sobrina o sobrino y tomarse un descanso de Londres. Después, su visita se convirtió en ayudar a Lizbeth.

Pero ahora le iba bien, había recuperado sus cuadros y ganaba dinero vendiéndolos en la galería de arte. Irían a ver a la policía el lunes y les darían toda la información sobre las pinturas robadas. Con un documento firmado por el señor Walker, junto con la copia del contrato que la señora O'Leary había firmado, no había forma de que no pudieran acusarla de robo. En concreto de hurto mayor.

Pero una vez que naciera el bebé, no tenía más motivos para quedarse en Bath. Excepto...

Mientras estaba en Bath, pasaba varias horas al día a cargo de los negocios de su padre, y también buscaba nuevos negocios o cómo expandir los que ya tenían. La idea de hacer nuevos negocios lo entusiasmaba, y Bath era el lugar perfecto para hacer crecer sus finanzas. Lo que más le asombraba era lo poco que echaba de menos Londres.

Estaba cansado de la falta de entusiasmo de sus compañeros con respecto a su proyecto de ley, de los aburridos eventos sociales que se celebraban llenos de madres que arrastraban a sus hijas para presentárselas, o de las ridículas apuestas en White's. Bath estaba muy lejos de todo eso tanto en distancia como en parecido. Juraba que el aire era más limpio, el tráfico menos congestionado y que el río Avon olía mejor que el Támesis, con diferencia.

Y ,además, estaba Lizbeth.

Constantemente sentía cosquillas en la nuca cuando estaban juntos, y una gran sensación de ausencia cuando estaban separados. Una preocupación que no podía quitarse de encima era que Lizbeth hubiera podido escaparse con tanta facilidad. Las

personas que dirigían la red que secuestraba a mujeres jóvenes eran despiadadas, y no les gustaba que nadie frustraran sus planes.

El hecho de que la única repercusión que habían tenido hasta ahora hubiera sido la visita de la señora O'Leary a la librería no significaba que Lizbeth estuviera a salvo. Hubo algunos días en los que sintió que podría producirse un segundo intento.

Por otro lado, poco a poco, aunque definitivamente, había conquistado su corazón. Todo en ella le gustaba. Su aspecto, su dulzura, la forma en que se recuperaba de su horrible experiencia, la alegría que había expresado cuando vio sus pinturas y la tristeza que sintió al recordar a su hermano pequeño cuando abrazó a Michael.

Su etapa de libertino había quedado atrás, aunque decidiera volver a Londres y a la vida que tenía allí. No tenía ganas de tener otra amante, y solo podía pensar en meter en su cama a una mujer a la que amara.

Lizbeth.

Pero, ¿alguna vez llegaría a superar lo que le sucedió? ¿Sería capaz de compartir su intimidad con un marido? ¿Tendría la paciencia necesaria para poder darle el tiempo que necesitaba?

Sí, todo lo necesario.

Siempre había sido un hombre paciente, y una vez que decidió que Lizbeth iba a ser suya, y ese día se acercaba, podría esperar todo el tiempo que le hiciera falta. Por difícil que pudiera ser una vez que fuera su esposa, de ello dependía tener un matrimonio largo y feliz.

¿Había pensado, *una vez ella fuera su esposa*? ¿Ya había tomado esa decisión? Sonrió. Parecía que sí.

Dejó de divagar cuando se dio cuenta de que Lizbeth estaba sentada frente al caballete, con un pincel en la mano, esperando pacientemente su respuesta.

—Sí. Hay una bastantes posibilidades de que esté aquí en la primavera.

Lizbeth se volvió hacia el caballete.

—Bien.

¿Qué diablos significaba eso? ¿Pensaría ella algo parecido?

Silbó una dulce melodía y la dejó pintando tranquilamente.

El carruaje se detuvo frente a la Asamblea poco después de las diez. Los cientos de velas y lámparas que ardían en su interior iluminaban la fachada del edificio como si fuera de día.

Un hombre de Estados Unidos, el señor Thomas Edison, que afirmaba haber inventado algo a lo que llamaba "bombilla", tenía a todo el mundo entusiasmado con la posibilidad de tener iluminación nocturna casi tan potente como la de la luz del sol.

Marcus pensó que por todos los incendios causados por manejar torpemente las velas y las lámparas de aceite ya sería algo bueno.

—Oh, creo que acabo de ver a Pamela y Nick entrar en la Asamblea. Pensaba que estarían en un viaje de bodas —dijo Lizbeth mientras tomaba a Marcus del brazo y se disponían a subir las escaleras.

—Me dijo en su boda que no iban a tomarse más que unos días de luna de miel porque mientras Nick estaba en Londres, Carter había encontrado un comprador para su club.

—Así es, Carter Westbrooke es su abogado, ¿verdad?

—Sí. Y el de Berkshire y el mío.

Marcus la ayudó a quitarse la capa.

Lizbeth alisó las pocas arrugas de su vestido tras el breve traslado en el carruaje.

—¿Nick va a vender el club?

—Sí. Al parecer siempre ha sido su objetivo vender el club y reinvertir el dinero en algo a lo él llama más "respetable". Estoy seguro de que casarse con Pamela lo animó a hacerlo en cuanto pudo.

Marcus la tomó del brazo mientras se abrían paso entre la multitud hacia donde se encontraban Lottie, Carter, Pamela y Nick.

—¡Oh, qué alegría verte, Lizbeth! —Lottie la abrazó y se volvió hacia Marcus—. Y a ti también, Marcus.

Marcus hizo una reverencia al grupo.

—Es un placer veros a todos vosotros también.

—Si Addie hubiera p-podido estar aquí, habríamos e-estado todas.

Pamela tomó las manos de Lizbeth y se las apretó.

Lottie miró a Marcus.

—¿Cómo está Addie? Le prometí que Pamela y yo iríamos a tomar el té esta semana. —Se volvió hacia Lizbeth—. Queremos asegurarnos de que sea un día en el que estés tú también.

—Addie está bien —dijo Lizbeth—. Pero, está en un punto en el que se siente incómoda en cualquier posición en que se ponga.

—Ya le d-debe de quedar po-poco tiempo —dijo Pamela.

—Creo que es hora de que los caballeros vayan a buscar algo a la mesa de refrigerios —dijo Nick—. ¿Queréis limonada o esa horrible ratafía?

—Vaya, ya que lo has dicho así, tomaré limonada —dijo Lottie con su voz suave.

—Limonada, entonces —añadió Lizbeth, y Pamela asintió.

Los tres hombres se dirigieron a la mesa de los refrigerios.

—Parece que pasas mucho tiempo con Lizbeth —dijo Nick mientras cogía dos vasos de limonada.

—La he estado ayudando. Fuimos a la policía a prestar declaración, pero me dio la impresión de que querían que nos apartáramos de su camino. Espero que sea porque están trabajando diligentemente para atrapar a los secuestradores.

—¿Necesitas que te ayude? —Preguntó Nick—. —¿Te sirvieron de algo los contactos que te di?

—Sí. Mucho. Pero lo único que podemos hacer en este momento es darle toda la información a la policía de Bath y de Londres, y esperar a que hagan un buen uso de ella. En este momento, tenemos algo sobre la casera. Iremos a la policía el lunes.

Carter negó con la cabeza.

—La policía trabaja despacio, pero si se le insiste, al final harán algo.

Marcus asintió.

—Apuesto a que si Pamela hubiera sido secuestrada, la ira de todo el *Beau Monde* habría caído sobre sus cabezas.

Los ojos de Nick se entrecerraron.

—Si alguien fuera lo suficientemente estúpido como para poner sus manos sobre mi esposa, no me haría falta ni la clase alta, ni la policía. Solo abría que llamar a una funeraria.

Todos sabían que Nick no iba de farol. Marcus había oído cosas sobre Nick de las que los caballeros no hablaban. Pero, para ser justos, consideraba que era un hombre absolutamente honorable. Y que había diferentes tipos de honor.

Cuando regresaron con las damas, que estaban muy juntas hablando y riendo, Marcus observó lo cómoda que se sentía Lizbeth con el grupo. Estaba mucho más feliz desde que recuperaron sus cuadros, y era casi como si su vida hubiera dado un vuelco.

Mientras las observaba, decidió que él ya estaba preparado. Y Lizbeth parecía estar camino de estarlo.

Era el momento.

Maldita sea. Su madre iba a estar encantada.

Capítulo 14

Lizbeth y Marcus fueron recibidos por el mismo funcionario sentado en un escritorio en el vestíbulo de entrada de la comisaría de Bath.

Era el lunes por la mañana y llegaron sin cita previa. Marcus llevaba los documentos que incriminaban a la señora O'Leary como ladrona. Incluso el sol parecía estar su favor, pues cuando salieron de la mansión de los Berkshire brillaba intensamente.

—El inspector Lewis los recibirá ahora mismo.

El joven policía asintió y giró sobre sus talones. Lo siguieron por el pasillo hasta la misma habitación donde conocieron al inspector unos días antes.

Era casi como si los dos hombres no se hubieran movido de su puesto de trabajo desde la última vez que estuvieron allí. La misma sala, las mismas sillas, y Lizbeth hubiera jurado que el inspector también llevaba el mismo traje marrón.

—Buenos días, señorita Davenport y señor Mallory. —El inspector les hizo una señal para que se sentaran y después lo hizo él poniendo las manos sobre la mesa. —¿Qué podemos hacer por ustedes esta mañana?

—Supongo que no tiene ninguna información para nosotros sobre el secuestro de la señorita Davenport.

Los dos hombres se miraron.

—No. Me temo que cualquier información que tengamos no se puede compartir en este momento.

Marcus asintió y sacó los papeles que llevaba guardados en su chaqueta.

—Tengo aquí documentos que prueban que la señora O'Leary, la casera, llevó treinta y siete cuadros robados a la Galería de Arte Walker para venderlos y quedarse con el dinero.

El inspector Lewis se enderezó en su silla y se inclinó hacia delante.

—¿Qué tiene ahí? —Preguntó señalando el papel.

—Un testimonio bajo juramento del señor Walker donde afirma que la señora O'Leary hizo que le entregaran las pinturas en su

galería después de firmar un contrato con él, alegando que tenía autorización para venderlas y que, en realidad, era la representante del artista.

—¿Y cómo sabe que esos cuadros eran robados? —Preguntó el inspector Lewis mientras miraba el papel.

—Porque yo soy la artista, inspector —dijo Lizbeth.

Lewis levantó la cabeza y miró fijamente a Lizbeth.

—¿Es usted la artista en cuestión?

—Sí.

—¿Y tienes pruebas de ello?

—Claro que sí. Aparecen mis iniciales en la parte inferior de la esquina derecha de cada cuadro.

Los dos hombres se miraron de nuevo, y una sonrisa brotó en el rostro de Lewis.

—Esto es bastante interesante.

Continuó revisando los documentos que habían traído.

Una vez que terminó, preguntó:

—¿Supongo que puedo quedarme con esto?

—Siempre y cuando nos de un acuse de recibo —dijo Marcus.

El inspector Lewis sonrió.

—Muy sensato. —Empezó a golpear la mesa con la punta de un lápiz— Supongo que el señor Walker, que sé que es un marchante de arte legítimo, estaría dispuesto a venir a hacer una declaración.

—Claro que sí —dijo Lizbeth, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. — Casi estaba saboreando la victoria—. El señor Walker dijo que había sospechado desde el principio que la señora O'Leary había falsificando la autorización para vender las pinturas.

—Sin embargo, se las llevó.

—Sí, pero todavía no le había pagado nada cuando el señor Mallory encontró los cuadros. El señor Walker dijo que no le pareció bien hacerlo hasta que no conociera a la artista, que según le dijo la señora O'Leary vivía completamente recluida —dijo Lizbeth.

El inspector Lewis continuó leyendo los documentos.

—Por favor, espere aquí y haré que le hagan un acuse de recibo.

Ambos hombres se pusieron de pie y salieron de la sala. Marcus se volvió hacia Lizbeth.

—Finalmente siento que estamos llegando a alguna parte.

Lizbeth respiró hondo.

—Sí. No puedo explicar lo feliz que estoy. La señora O'Leary finalmente será acusada de algo. —Hizo una pausa— Será acusada, ¿no?

—Tienen que hacerlo, cariño. Tienen las pruebas.

Lizbeth se mordió el labio.

—¿Y si la policía destruye los documentos?

Marcus le tomó la mano.

—No te preocupes por nada. En primer lugar, confío en la policía. Y segundo, aunque fueran así de corruptos, el señor Walker simplemente nos firmará otro documento y podremos ir a una instancia superior.

—Supongamos que...

—Basta. —Le apretó la mano—. Por favor, no te preocupes. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Los dos hombres regresaron.

—Muy bien, aquí tiene su recibo —el inspector Lewis le dio un papel a Marcus.

– ¿Se nos notificará cuando la arresten? —preguntó Lizbeth.

—No. No notificamos a las víctimas los pasos que tomamos. Sin embargo, si necesitamos que nos proporcione información adicional, supongo que continúa viviendo en la misma dirección.

Marcus se puso de pie y se guardó el papel en el bolsillo de su chaqueta, después tomó a Lizbeth del brazo.

—Sí, los dos residimos en la mansión Berkshire. Gracias, inspector.

Salieron del edificio y se dirigieron al carruaje.

—Me siento muy bien con lo que hemos hecho. —Lizbeth sonrió —. Al menos esta vez nos han creído, y sinceramente siento que esta vez se hará justicia.

Marcus respiró hondo.

—No te hagas demasiadas ilusiones, cariño, sobre lo rápido que vaya a ir. La ley es muy lenta.

De camino a casa iban muy tranquilos, y Lizbeth no dejaba de imaginarse a la señora O'Leary esposada. Sabía que era poco

caritativo y anticristiano de su parte aplaudir la caída de alguien, pero le ayudaba a distanciarse de lo que le había sucedido. Tal vez incluso pensaba que iba a ser curativo para ella.

Esa palabra la hizo mirar a Marcus, aunque no quería mortificarse. Sí, era guapo, encantador, honorable y cariñoso, pero era un hombre. Con todos los deseos y necesidades de un hombre.

¿Cómo sería compartir su intimidad con Marcus? Seguramente, con lo que se podía ver de él con ropa, desvestido no debía de estar nada mal. Y como la amaba, no haría que sintiera que estaba siendo utilizada, como le ocurrió con los dos hombres que se vio obligada a soportar en el burdel. Además, teniendo en cuenta su reputación de libertino, ya fuera en el presente o en el pasado, seguramente debía de ser un excelente amante.

Se estremeció al pensar en sus manos acariciando su cuerpo. Manos que no la manoseaban, apretaban ni lastimaban, sino que le proporcionaban caricias amorosas. Pensar en sus manos acariciándola hizo que se le endurecieran los pezones y se le humedeciera la entrepierna. ¿Qué significaba eso?

Tal vez la próxima vez que intentara besarla, ya no iba a volver la cabeza ni se apartaría de él.

Ahora que había tomado esa decisión, estaba deseando que Marcus intentara besarla de nuevo. ¿Debería hacerle saber que ya estaba preparada? ¿Pensaría que era una mujer fácil por haber estado en un burdel?

—Aquí estamos. —Marcus le dio un golpecito en el hombro a Lizbeth—. Estabas perdida en tus pensamientos, cariño.

Sintió una oleada de calor, y se dio cuenta de que tenía la cara de color rojo brillante. Él la miró extrañado, aunque como si pudiera adivinar por dónde habían estado vagando sus pensamientos. Por supuesto, no podía hacerlo, pero de todos modos, en lugar de vergüenza, sintió un tipo diferente de emoción.

—¿Estás bien, Lizbeth? —Preguntó observándola.

—Sí. —Se abanicó la cara con la mano—. Solo tengo un poco de calor.

Ya fuera por sus palabras o por su comportamiento, la mirada que le dio hizo que sus entrañas se calentaran más aún. Su sonrisa

mientras la bajaba del carruaje confirmó sus sospechas.

—Me gustaría hablar contigo en la biblioteca dentro de un rato.

El calor de sus ojos la calentó aún más.

¡Caramba! Se quedó con la boca abierta mientras otro pensamiento revoloteó por su mente. ¿Había asumido que, como ella le había pedido que la ayudara a superar su terrible experiencia en el burdel, esperaba que le ofreciera ser su protector? ¿Que se convirtiera en su amante?

¿En qué otra cosa podría estar pensando? Se decía que a lo largo de los años había declarado muchas veces y en voz alta que el matrimonio no era para él.

Bueno, eso ya lo veremos.

Si le sugería algo así, tendría que darle una bofetada en la cara y, con toda la dignidad que pudiera encontrar, le ordenaría que se marchara de la casa.

El problema es que la casa era de su hermana.

—Oh, menos mal que está aquí.

Sybil bajó corriendo las escaleras, con el abrigo desabrochado volando detrás de ella mientras se ataba las cuerdas del sombrero bajo la barbilla.

—¿Qué pasa? —Preguntó Lizbeth.

—Lady Berkshire dice que el bebé está de camino y su señoría no está en casa.

La joven doncella se retorció las manos y miró de un lado a otro entre Lizbeth y Marcus.

Marcus corrió hacia Sybil, y al entrar en la casa casi derriba a la pobre chica.

—¿Dónde está lady Berkshire? —Preguntó mientras pasaba a toda velocidad junto a Penrose.

—La señorita Sybil ha dicho que está en su dormitorio. —Penrose se secó el sudor que le caía por la frente—. Su señoría no está en casa.

—Eso es lo que he oído. —Marcus se volvió hacia Lizbeth, que le pisaba los talones—. Creo que sé dónde está Berkshire a esta hora.

Lo encontraré y lo traeré a casa. ¿Puedes cuidar de Addie hasta que llegue?

—¿Y el doctor? —Preguntó Lizbeth.

Marcus chasqueó los dedos.

—Correcto. Necesitamos al médico. —No estaba destinado a desempeñar este papel. Al menos no todavía—. ¿Dónde está mi madre?

—Fue al centro a hacer algunas compras.

El mayordomo parecía estar a punto de desmayarse.

—Maldita sea.

Tomó a Lizbeth de la mano y la arrastró escaleras arriba.

—Quédate con Addie. Primero iré a buscar al médico, y después buscaré a Grayson.

Lizbeth asintió. También se veía bastante pálida. Maldita sea otra vez. Addie y su esposo llevaban meses preparando ese momento, así que ¿por qué no había nadie donde se suponía que tenía que estar cuando el bebé decidiera venir al mundo?

Marcus continuó arrastrándola, hasta que ella se detuvo por completo.

—¡Espera!

—¿Qué? ¿Nadie sabía lo grave que era esto?

—Sé dónde está el dormitorio de Berkshire. ¿Por qué no vas a buscar a Grayson y al médico? O ve a buscar al doctor primero.

—¿Quién es el doctor?

Se miraron el uno al otro durante unos momentos.

—Maldita sea.

Marcus avanzaba por el pasillo con Lizbeth pisándole los talones. La puerta se estrelló contra la pared cuando irrumpieron en el dormitorio de Addie.

Addie pegó un grito.

—Oh, ¿tanto te duele? —Preguntó Lizbeth bastante pálida.

—No. —Addie se llevó la mano al pecho—. Es que me habéis dado un susto de muerte. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Qué pasa? —Gritó Marcus y agitó las manos como si fuera un demente—. Vas a tener un bebé, y Grayson no se encuentra por

ningún lado, no sabemos quién es tu médico, y maldita sea, no soy yo quien debería estar haciendo esto.

—Cálmate, Marcus. —Addie se llevó las manos a la barriga y cerró los ojos. Hizo un gesto de dolor y todos contuvieron la respiración hasta que abrió los ojos—. Doctora Stevens —dijo jadeando—, y es probable que Grayson esté en su club, o con Carter en la oficina.

—¿Por qué diablos no lo dijiste?

Marcus giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Bajó las escaleras y corrió hacia el carruaje. Se detuvo bruscamente, apoyó la frente contra él y dio un puñetazo al costado del vehículo.

—¿Dónde demonios está el doctor Stevens?

El conductor que estaba el asiento superior del carruaje le gritó.

—Sé dónde está, señor Mallory. Súbase y llegaremos enseguida.

Una vez que el carruaje arrancó, Marcus respiró hondo intentando calmar los latidos de su corazón. Encontraría al médico, lo llevaría a rastras a la casa de Berkshire, después iría en busca del padre de todo este lío y se bebería la copa de brandy más grande que pudiera encontrar.

Se detuvieron frente a una pulcra casa de tablas de madera en un barrio de clase media bien cuidado. Marcus salió de un salto del carruaje y subió corriendo las escaleras para llamar a la puerta principal.

—¡Doctor Stevens!

Una joven abrió la puerta con los ojos muy abiertos. Llevaba un vestido bastante usado, y no demasiado limpio. Unos mechones de pelo castaño le caían libres por los hombros, que se le habían soltado del moño que aparentemente se había hecho esa mañana.

—¿Qué pasa?

—Necesito ver al doctor Stevens.

—¿En qué puedo ayudarte?

Marcus suspiró. Absolutamente nada le salía bien. Respiró hondo e intentó comunicarle a la mujer, que obviamente era una sirvienta, que necesitaba ver urgentemente al doctor Stevens.

—Pero mujer, le acabo de decir que necesito ver al doctor Stevens.

—Sí. Ya lo escuché. De hecho, habla bastante claro. Precisamente por eso le he preguntado en qué le puedo ayudar.

—Puede ayudarme yendo a buscar al doctor Stevens. Es el médico de mi hermana, lady Berkshire, y está a punto de dar a luz. Ahora, por favor, dese prisa.

La mujer le dio la espalda y corrió por el pasillo.

—Vuelvo enseguida.

Marcus tenía ganas de golpearse la cabeza contra la pared. ¿Acaso esa boba no había entendido que quería que fuera a buscar al doctor Stevens, y no que saliera corriendo diciéndole que volvería enseguida?

Se paseó por el vestíbulo murmurando entre dientes. Estaba a punto de ponerse a registrar todas las habitaciones hasta encontrar al maldito doctor cuando la sirvienta regresó poniéndose un abrigo. En la otra mano llevaba un maletín de médico.

—¿Es usted la ayudante del doctor Stevens?

—No. —Le respondió sonriendo— Yo soy la doctora Stevens.

Marcus se quedó mudo y la observó fijamente cuando ella pasó junto a él y bajó apresuradamente las escaleras, con la boca abierta.

¿Era la doctora Stevens?

Una vez que llegó al carruaje, la mujer se volvió hacia él.

—¿Viene usted conmigo, señor quien sea, ya que no se ha presentado?

Como si estuviera en trance, Marcus bajó las escaleras y se subió al carruaje. Una vez que la puerta se cerró, el conductor inmediatamente hizo que avanzaran entre el tráfico.

—Es usted una mujer.

—Sí. —Respondió ella mirando por la ventana.

—¿Y es usted doctora?

—Sí, de nuevo.

—¿Lo sabe lady Berkshire?

—¿Que soy su doctora? —Volvió a sonreír—. Yo creo que sí.

—Ah, ¿pero sabe que usted es una mujer?

La doctora Stevens se miró a sí misma.

—Creo que lady Berkshire tiene una vista excelente, así que imagino que lo sabe.

Como no había nada más que hacer, Marcus se quedó observando a la mujer que afirmaba ser doctora. Era bastante guapa y parecía tener unos veintitantos años. Era delgada, y antes de cubrirse con el abrigo, Marcus se había fijado en que tenía bonitas curvas.

—¿Por qué?

Ella se volvió hacia él y lo miró con las cejas levantadas.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué es usted médico?

—Lo siento, pero ¿nos ha presentado alguien?

Marcus se sintió como un idiota. Se había quedado tan desconcertado al descubrir que Addie estaba a punto de dar a luz sin que hubiera ningún médico a su lado, ni marido paseándose nervioso, y que su doctor era, *además de todo*, una mujer, que se había saltado los modales más básicos.

—Le pido disculpas. Soy el señor Marcus Mallory, hermano de lady Berkshire.

—Ah. —Sonrió—. Entonces entiendo que haya sentido pánico. ¿No tiene hijos propios?

Marcus se echó hacia atrás.

—¡No!

La doctora Stevens se rió a carcajadas haciendo un sonido muy melodioso que lo tranquilizó.

—Hace que parezca que fuera una enfermedad.

—Una vez más, debo disculparme. Es solo que todo este asunto me ha dejado un poco desconcertado.

—¿Solo un poco?

Inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Quizá bastante.

Una vez que llegaron a la casa, él salió primero y la ayudó a bajar. Subió las escaleras corriendo y la puerta se abrió de inmediato.

—Mallory, no tienes que ir a buscarme.

Berkshire apareció en el pasillo cuando Marcus entró por la puerta.

—Menos mal... —Sus hombros se desplomaron y cerró los ojos. Después de un minuto intentando controlar la respiración para protegerse del ataque cardíaco que se le avecinaba, se dirigió a la biblioteca y le habló por encima del hombro—. ¿Quieres tomarte un brandy conmigo?

—No. Quiero mantenerme muy alerta, pero tómatelo tú. Voy a subir a ver a Michael. No habrá escuchado todo el ir y venir de un lado a otro, pero aun así percibe que estamos inquietos.

Apenas dio un trago a su copa brandy, Lizbeth entró en la biblioteca y miró con envidia el licor que tenía en la mano. Marcus alzó la licorera.

—¿Te apetece tomar algo?

Ella suspiró.

—Sí me apetece, pero me voy a tomar una copa de jerez.

Ambos tomaron sus copas, se sentaron en el sofá y se quedaron en silencio durante unos minutos.

—Antes de que todo esto sucediera, me dijiste cuando veníamos a casa que querías hablar conmigo en la biblioteca.

Lizbeth apuró el último trago de su bebida, y le lanzó una mirada que casi parecía como si quisiera estrangularlo.

—Sí.

Marcus colocó su copa sobre la mesa, se arrodilló frente a ella y le tomó la mano.

Capítulo 15

Lizbeth miraba a Marcus como si le acabara de crecer otra cabeza. ¿Por qué estaba de rodillas? Los hombres no solían ofrecer protección a su futura amante arrodillándose ante ellas. Aunque, para ser justos, nunca antes ningún hombre le había ofrecido que fuera su amante.

Pero antes de que pudiera preguntarle porqué estaba siendo tan tonto, Marcus la miró directamente a la cara.

—Lizbeth, te quiero mucho. Hay tantas cosas de ti que admiro. Creo que de alguna manera también me quieres, y nos llevamos bastante bien.

Hizo una pausa y ella continuó observándolo. El fastidio que había sentido antes se había transformado en curiosidad.

—Lo que quiero preguntarte es: ¿Me harías el gran honor de aceptar ser mi esposa?

—¡Tu esposa!

Sintió que su cabeza se quedaba sin sangre y empezó a ver puntos negros. Era lo último que esperaba que le dijera.

—Sí. Sé que a lo largo de los años he repetido que no tenía intención de casarme nunca, pero desde que te conocí, mi mente ha ido cambiando lentamente.

¿No se acordaba de a quién le hablaba? La única vez que había intentado besarla, ella se había dado la vuelta.

—Aunque me siento halagada por tu oferta, tengo que decir que hay ciertos aspectos del matrimonio con los que no creo que me vaya a sentir cómoda.

—Lo sé, y he pensado mucho en ello. Como ya te dije, tengo mucha paciencia. Necesitas tiempo, y lo sé. Nunca te obligaría a nada, ni te haría sentir incómoda.

—Pero sería tu derecho como esposo.

Marcus le besó el dorso de la mano.

—Mi derecho como esposo es hacer que mi esposa se sienta cómoda y feliz.

—Eso suena muy noble, pero ¿y si nunca me siento cómoda?

Marcus se echó hacia atrás apoyado en los talones.

—No quiero presumir, pero estoy seguro de que con el tiempo podré ayudarte a superar tus miedos.

Lizbeth se mordió el labio inferior y lo observó. Era honesto y sincero, y sabía que no tenía motivos para dudar de su palabra. Le había pedido que la ayudara con su problema, pero la verdad es que no esperaba que se ofreciera a hacerlo.

Además, últimamente había sentido curiosidad por besarlo...

—¿Puedo pedirte un favor antes de responder?

—Por supuesto.

Ella asintió.

—En primer lugar, por favor, deja de estar de rodillas. *Ya* me está incomodando.

Marcus sonrió.

—Y a mí también. —Se acercó a ella sin soltarle la mano—. ¿Qué quieres, cariño?

Lizbeth se aclaró la garganta y levantó la barbilla.

—Bésame.

Marcus levantó las cejas y a ella le dieron de reírse. Parecía bastante sorprendido.

—Señorita Davenport, no dejas de sorprenderme. —Le ofreció una breve sonrisa y le cogió la cara—. ¿Estás segura?

Ella asintió y cerró los ojos. El ambiente estaba completamente electrificado. Estaba segura de que no tenía miedo, y las mariposas que sentía en el estómago bailaban todas a su propio ritmo. Era por las expectativas que tenía, y en cierto modo, porque era una prueba. Si ni siquiera podía permitirse que le dieran un beso, la situación sería muy incómoda y no auguraría nada bueno para el matrimonio.

Enseguida sintió el cálido aliento de Marcus en la cara mientras se acercaba. Olía a jabón de baño y a algo con olor a menta. El primer roce de sus labios la sobresaltó y se retiró.

—¿Estás segura de que estás segura?

Lizbeth se echó a reír.

—Sí. Estoy segura de que estoy segura.

Esta vez no se contuvo. Empezó con calma, pero no pasó mucho tiempo hasta que soltara un suave gemido cuando la atrajo contra él

y le movió su cabeza en diferentes direcciones para poder besarla más intensamente.

Cuando le dio un golpecillo con la lengua contra sus labios ella los abrió, y se sorprendió cuando su cálida y suave lengua entró en su boca. Cuando las dos lenguas se encontraron, se batieron en duelo hasta que ella comenzó a sentir como si todos los huesos de su cuerpo se le hubieran derretido.

Marcus se echó hacia atrás y sonrió.

—Respira, Lizbeth.

Ella abrió los ojos lentamente y respiró hondo.

—Sí. Respirar es bueno. —El corazón le latía con tanta fuerza como si hubiera corrido una carrera. Le hormigueaban todo el cuerpo y le dolían los pechos—. ¿Podemos hacerlo de nuevo?

—Con mucho gusto, cariño.

La volvió a besar y esta vez fue ella la que entró primero en su boca. Marcus le pasó las manos por la espalda y después se inclinó sobre ella para recostarla en el sofá.

Pero entonces sonaron una campanas en la cabeza de Lizbeth, y pasó por su mente la imagen del hombre desnudo subiéndose encima de ella con la mirada lasciva. Abrió los ojos y empujó a Marcus con todas sus fuerzas.

—Bájate.

Marcus se incorporó de inmediato. Levantó las manos con las palmas frente a ella.

—No te tocaré. Mantén la calma. Por favor.

Ella asintió y respiró hondo. Marcus se recostó en el sofá y también inspiró profundamente. Apoyó el brazo sobre el respaldo del sofá y le tocó suavemente un hombro con un dedo.

Como ella no lo apartó, comenzó a dibujarle pequeños círculos imaginarios.

—Te pido disculpas. No debería haberlo hecho.

Lizbeth negó con la cabeza.

—No. Ya sabemos que soy yo la que tiene un problema.

—Y acordamos que yo iba a tener paciencia. —Le respondió sonriendo—. Hablando de paciencia, todavía no has respondido a mi pregunta.

Todo tipo de pensamientos e imágenes confusas inundaron la mente de Lizbeth. Recordó su horrible experiencia en el burdel. A Marcus jugando con ella, sonriéndole, ayudándola y defendiéndola. Entonces se hizo la única pregunta que realmente importaba. Si Marcus le hubiera propuesto matrimonio antes de que la secuestraran, ¿cuál hubiera sido su respuesta?

Sí.

No le cabía duda de que así habría sido. Era el esposo de los sueños de cualquier muchacha. Alto, guapo, ingenioso, valiente y cariñoso. Además era rico y generoso, y solo una tonta le diría que no.

Por otro lado, sus sueños infantiles habían quedado destrozados. Pero, ¿estaba preparada a su edad para renunciar para siempre a ellos? ¿Era realmente tan cobarde?

—¿Cariño? Me estás poniendo nervioso.

No todos los días una mujer sin relaciones sociales, sin fortuna, sin haber tenido ni la educación ni la formación de las mujeres de la alta sociedad, recibía una oferta de matrimonio por parte de un aristócrata.

Esperaba que el nudo que tenía en la garganta no se fuera a convertir en un río de lágrimas.

—Yo también te hago la misma pregunta. —Su voz tembló cuando le preguntó—:¿Estás seguro?

Contuvo la respiración mientras Marcus la observaba, aunque enseguida su rostro se relajó y se volvió cariñoso y cálido.

—Estoy completamente seguro. De hecho, nunca he estado más seguro de algo en toda mi vida.

Lizbeth se llevó las manos al pecho y asintió.

—Entonces mi respuesta es sí.

Marcus esbozó una sonrisa.

—¿Puedo pedirte otro beso?

Parecía tan inseguro que casi le rompió el corazón. Sabía que se merecía a alguien mucho mejor que ella, pero era lo bastante egoísta como para que no le importara. Marcus la quería y eso era suficiente.

—Mi respuesta es sí.

La rodeó con sus brazos y le cubrió de besos la cara, el cuello y la zona expuesta de su pecho. Luego se apoderó de sus labios dándole un beso ardiente que fue rápidamente interrumpido cuando oyeron unos fuertes tosidos.

Se separaron rápidamente y vieron que Berkshire estaba en la biblioteca.

—He hecho un poco de ruido al entrar, pero parece que no me oísteis. Si no hubierais respondido esta vez, me habría visto obligado a disparar la pistola para llamar vuestra atención.

Lizbeth, que tenía la cara colorada, se alisó las faldas y se acicaló el pelo.

Marcus se levantó, tomó una mano de Lizbeth, que estaba a su lado y le rodeó la cintura con un brazo.

—Felicítame, Berkshire. La señorita Davenport acaba de hacerme la persona más feliz del mundo al haber aceptado mi mano cuando le pedí casarme con ella.

—¿De verdad? —Arqueó las cejas y se acercó al aparador donde estaba el decantador de brandy—. Tengo que decirte que no me sorprende. —Se sirvió una copa de brandy y la levantó—. Muchas felicidades, Mallory, y brindo por que los dos tengáis una vida muy feliz.

—Gracias —dijo Lizbeth—. ¿Cómo está Addie?

Berkshire se estremeció.

—He estado un rato con Michael, después me pasé por nuestra alcoba y decidí bajar a tomarme una copa. —Hizo girar el líquido de un lado a otro—. Pero solo una.

—¿Sabías que el doctor Stevens era una mujer? —Preguntó Marcus.

—No empezó siendo así —dijo Berkshire mientras se sentaba frente a ellos.

Lizbeth frunció el ceño.

—¿Disculpa? ¿Nos lo puedes explicar, por favor?

—El doctor Stevens, un hombre, era quien atendía a Addie, pero su propio médico le obligó a jubilarse debido a su mala salud. Parece que su hija, la señorita Rayne Stevens, que trabajaba con él desde

hacía un tiempo tras finalizar su formación de especialista en medicina, tomó el lugar de su padre.

—¿Y estás de acuerdo con eso? —Preguntó Marcus.

—Sí. Es muy competente y, francamente, al haber terminado hace no tanto tiempo su formación, creo que estará más al día con los nuevos procedimientos.

—Bien por ti. Eres verdaderamente una joya entre los hombres. —Lizbeth levantó su copa vacía para felicitarlo. Después se volvió hacia Marcus—. Y tú también.

Lizbeth metió la llave en la cerradura de *Once Upon a Time*. Eran casi las nueve de la mañana y había que abrir la librería en media hora. Había estado trabajando todo el día anterior, pero el señor Finch iba a llegar alrededor del mediodía. Quería hacer algunos cambios en la librería, y pensaba hacerlos mientras ella se ocupaba de los clientes.

Mientras pasaba un paño por el expositor que había junto a la puerta, la luz del sol que entraba por la ventana hizo que le brillara el anillo de compromiso que llevaba en la mano izquierda.

Sonrió mientras se miraba el dedo. Todavía le costaba creer que estaba a punto de casarse. Bueno, todavía faltaba un mes. Addie había vuelto a insistir en organizar el banquete de bodas para Lizbeth y Marcus, a pesar de que se enteró de su compromiso justo al día siguiente del nacimiento de su hija, lady Judith Hartley.

Pamela también había querido ser la anfitriona del evento, pero Addie se mantuvo firme. Marcus era su hermano, y ella sería la encargada de preparar el banquete nupcial. Había recibido el anuncio con un estallido de lágrimas de alegría. Berkshire le dio una palmadita en la espalda, y le dijo que lo permitiría siempre que esperaran por lo menos un mes.

A decir verdad, Lizbeth se alegró de que todavía faltara un mes. Marcus la molestaba llenándola de besos cada vez que podía. Pero ella todavía estaba muy lejos de lo que él esperaría que ocurriera en su noche de bodas, pero cada vez estaba un poco más cerca.

Al día siguiente, Lizbeth tenía una cita con una magnífica modista que le iba a confeccionar su vestido de novia, así como todo su

guardarropa.

La señora Mallory, que resplandecía de felicidad cada vez que miraba el anillo de compromiso de Lizbeth, había concertado la cita. También se ofreció a acompañarla para orientarla, lo que a Lizbeth le encantó, ya que le asustaba bastante la idea de ir a una modista de moda.

Sin embargo, cuando mencionó que sus fondos eran limitados, por lo que debían mantener las compras al mínimo, su prometido simplemente levantó las cejas y dijo:

—Envíame las facturas, cariño. Vas a ser mi esposa. Yo me encargaré de los gastos de tu vivienda, tu comida y tu ropa.

Lizbeth le recordó que tenía dinero guardado de la venta de sus pinturas, pero Marcus insistió en que lo usara para comprar los materiales que necesitara para pintar, o cualquier otra cosa que se le antojara.

Se emocionó mucho cuando le contó que había acordado con su padre establecer una oficina en Bath para supervisar sus intereses comerciales en la ciudad, lo que significaba que no estaría obligada a mudarse a Londres.

También le explicó que mientras ella estuviera ocupada haciendo los preparativos para la boda que solían hacer las mujeres, él estaría buscando comprar una casa en Bath.

Fue un gran alivio para ella, y le encantaba que lo hubiera hecho. Cuando ese pensamiento cruzó por su mente, se dio cuenta de que se había enamorado del hombre que había ayudado a rescatarla de un destino horrible.

Un verdadero caballero con una brillante armadura.

Cuando le preguntó sobre sus obligaciones parlamentarias, le dijo que tendrían que pasar tiempo en Londres durante una temporada, pero solo mientras el Parlamento tuviera sesiones. Dado que estaba dispuesto a mudarse a Bath, eso era lo mínimo que podía hacer, ya que su trabajo en el Parlamento eran muy importante para él.

Levantó la vista cuando se abrió la puerta y entró el señor Finch. Era un buen hombre que estaba viviendo su madurez. Había estado casado durante muchos años, pero su esposa había fallecido por

culpa de una enfermedad debilitante hacía dos años. A menudo pensaba que había comprado la librería para mantenerse ocupado y no tener que pensar en su difunta esposa.

—Creo que voy a ir al salón de té que hay al final de la calle y me compraré un plato de sopa para almorzar —dijo Lizbeth mientras se acercaba a saludar al señor Finch—. Si le parece bien.

—Sí, sí. Por favor, ve muchacha. Siempre me das la impresión de que necesitas comer más.

Lizbeth le sonrió y se dirigió a la parte trasera de la librería para recoger su capa.

—Volveré dentro de unos veinte minutos.

Finch le hizo un gesto con la mano.

—Tómate tu tiempo. Estoy bien aquí.

Se subió el cuello de la capa mientras avanzaba por la calle. El sol de la mañana lentamente había sido reemplazado por nubes y la amenaza de lluvia. Soplaba una brisa fría que le provocaba escalofríos.

Unas tres tiendas antes de llegar al salón de té, pasó por un callejón y vio un rápido movimiento a su derecha. Al girarse, unos fuertes brazos la agarraron por detrás y se aferraron a su cintura.

—Pensabas que podías escapar de nosotros, ¿verdad? Pero nadie escapa de Joey Barton.

Lizbeth abrió la boca para ponerse gritar pero rápidamente una mano muy grande se la tapó. Enseguida la levantaron y la llevaron hacia un carruaje. Miró a su alrededor frenéticamente, pero en la calle no había nadie cerca. Un par de manzanas más abajo vio que había varias personas, pero no miraban hacia ella.

Dio unas patadas hacia atrás intentando golpear al hombre que le sujetaba las piernas, pero siempre lograba esquivarla. Otro hombre saltó a la refriega pero fue anulado rápidamente al darle una patada en la cabeza. Cayó al suelo como un saco de harina, y se golpeó el cráneo contra el pavimento.

Todavía pateando, arañando y luchando, finalmente la arrojaron ignominiosamente al carruaje, y cayó apoyándose en las manos y las rodillas. La puerta se cerró de golpe y el vehículo se puso en marcha.

Lizbeth quiso acercarse a la puerta para saltar a la calle, pero la cogieron del pelo y tiraron de ella hacia atrás. Aparentemente, Joey Barton no era el hombre que la sujetaba porque estaba sentado en el banco acolchado mirándola fijamente. Hizo un gesto con la cabeza a quien fuera que le estuviera agarrando el pelo y la soltó.

—Si haces ruido, será lo último que hagas. —Barton sacó una pistola y le apuntó al corazón—. No me gusta perder a mis mujeres.

—Yo no soy tu mujer.

Volvió a hacer un gesto con la cabeza al hombre que estaba detrás de ella y le dio un golpe en la cara.

Barton, mientras, se sacaba pelusas imaginarias de su abrigo de lana oscura.

—Tranquilo, Jenks, no queremos que se tome otras vacaciones mientras se le curan los moretones. Tiene mucho tiempo que compensarnos —Bajó la mirada hacia su mano—. Vaya, vaya. ¿Te has comprometido?

—No es tu maldito asunto.

—Qué lenguaje —exclamó Barton—. Aunque hay muchos clientes a los que les gustan las mujeres peleadoras y malhabladas. Tendremos que asegurarnos de que aprenda a decir las palabras adecuadas.

—Antes de volver a ese burdel me suicido.

—Oh, cariño. No te preocupes. No vas a volver al burdel de Londres.

Tenía algo en la mirada que la asustaba más que cualquier cosa que le hubiera ocurrido hasta el momento.

—No, no. Ahora nos vamos a asegurar de que esta vez no puedas hacer que tu amante te rescate. Estamos de camino a Bristol. Y allí hay un hermoso barco esperando a que llegues.

Sus ojos se abrieron de par en par y su corazón latía tan fuerte que pensó que se le iba a salir del pecho.

—¿Dónde me llevas?

—No te voy a llevar a ningún lado, cariño. Pero hay un capitán en el barco al que nos dirigimos que se ocupará de vigilarte hasta que llegues al burdel *The Penguin* en Australia.

Unos puntos negros bailaron frente a sus ojos hasta que una oscuridad absoluta se apoderó de ella y se desplomó al suelo.

Capítulo 16

Marcus pasó una pierna por encima de su caballo para bajarse y le entregó las riendas al mozo de cuadra de las caballerizas que había detrás de la fila de tiendas donde se encontraba *Once Upon a Book*. Esperaba convencer a Lizbeth para que almorzaran juntos.

Desde que Lizbeth aceptara su propuesta de matrimonio, su ánimo nunca ha estado tan alto. No era tonto y sabía que tenían que recorrer un largo camino antes de que ella se sintiera cómoda con él en el lecho nupcial, pero como había dicho muchas veces, tenía mucha paciencia. Y valía la pena esperar por Lizbeth.

Ella tenía todo lo que él siempre quiso que tuviera su esposa. Aparte de su belleza y atractivo físico, era inteligente, talentosa, delicada y cariñosa. E iba a ser una madre maravillosa cuando llegara el momento.

Cuando abrió la puerta de la librería estaba silbando. El señor Finch corrió hacia él, con la cara desencajada y muy nervioso.

—Menos mal que has venido, Mallory. Estaba a punto de ver si podía hacer que alguien te llevara un mensaje.

Marcus sintió un ataque de pánico, y miró alrededor de la librería en busca de Lizbeth.

—¿Qué pasa?

—No estoy absolutamente seguro de que haya pasado algo, pero estoy preocupado. La señorita Davenport salió hace una hora para ir hasta el final de la calle, a un salón de té donde suele ir a comprar sopa. Sin embargo...

Antes de que el hombre terminara, Marcus salió por la puerta y bajó la calle. Se detuvo frente al salón de té, abrió la puerta y vio que Stanley Maxim, el hombre al que tenía contratado para seguir a Lizbeth, estaba en una silla con una venda en la cabeza, hablando con la doctora Stevens. Su pánico aumentó.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó a la doctora.

La doctora Stevens le dedicó una cálida sonrisa.

—Hola, señor Mallory. ¿Este hombre es amigo suyo? Porque necesita...

Marcus dirigió su atención a Maxim.

—¿Dónde está la señorita Davenport?

La doctora fue lo bastante sensata como para permanecer en silencio mientras Maxim empezaba a hablar.

—Dos hombres la agarraron, justo delante de mí. Ella no se dio cuenta de que yo estaba allí para ayudarla, y me dio una patada y caí en la acera, donde me golpeé la cabeza y quedé inconsciente. Cuando recuperé la conciencia, ya se habían marchado.

—¡Maldita sea!

—¿Puedo ayudar en algo? —Dijo la doctora Stevens.

—No. Pero gracias. ¿Quizás pueda ocuparse de que el señor Maxim vuelva a su casa? Yo tengo algo urgente que atender.

Por mucho que Marcus luchara contra el pánico, este ya empezaba a abrumarlo. Tenía que calmarse si quería recuperarla. Regresó a las caballerizas, agarró su caballo y se dirigió a la residencia de la señora O'Leary.

Cuando llegó a su casa, tiró de las riendas para que le caballo se detuviera y bajó de un salto. Dejó al animal al borde de la acera, consciente de que estaba bien entrenado y que no se marcharía. Marcus entonces subió las escaleras corriendo, llamó a gritos a la señora O'Leary y golpeó la puerta hasta que el portero la abrió muy sobresaltado.

El mismo hombre que los había fulminado con la mirada cuando él y Lizbeth habían ido a ver a su jefa. Sin embargo, ahora no estaba de humor para ningún tipo de retraso, y se abrió paso a empujones, mirando por todas partes.

—¿Dónde está la señora O'Leary?

—Disculpe, señor...

Marcus pasó corriendo junto a él y se puso a gritar el nombre de la señora O'Leary. No estaba en ninguna de las habitaciones de la planta baja, y completamente ajeno a las amenazas del portero, subió corriendo las escaleras hasta el primer piso, llamándola a gritos.

La mujer salió de pronto de una de las habitaciones, y puso los ojos como platos cuando lo vio abriendo y cerrando puertas.

—Señor Mallory, debo pedirle que se vaya. Esta es una residencia de mujeres respetable y no permitimos que entren hombres a este piso.

Pero Marcus la agarró por el brazo y la empujó de vuelta a la habitación de la que acababa de salir.

—Alguien se ha llevado a la señorita Davenport. Quiero nombres y ubicaciones. ¡Ahora mismo!

Ella se incorporó y lo fulminó con la mirada.

—No tengo idea de lo que está hablando.

Nunca había puesto sus manos sobre una mujer en toda su vida, pero simplemente había demasiado en juego. La empujó contra la pared, y le apretó el antebrazo contra la garganta.

—Te mataré si no me lo dices.

Tendría que ser perdonado porque hablaba en serio.

Ella tragó saliva y asintió rápidamente.

Se inclinó aún más hacia ella.

—Habla.

La mujer tenía el rostro enrojecido.

—Barton se la ha llevado a Bristol.

Marcus frunció el ceño.

—¿Bristol?

—Sí. La va a meter en un barco que se dirige a Australia.

¿Australia?

—¿Qué barco? ¿Y cuándo se va?

—Eso no lo sé. No me lo dijo.

Volvió a apretarle la garganta.

—Dímelo.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas y le agarró un brazo intentando que dejara de apretar.

—Se lo juro. No lo sé.

Estaba perdiendo el tiempo. Ella podía saberlo, o tal vez no, pero a menos que la estrangulara, no iba a sonsacarle más información. Cuando retrocedió la mujer se desplomó en el suelo.

Prácticamente bajó volando las escaleras, salió por la puerta y, afortunadamente, su caballo seguía esperándolo. Saltó sobre el

caballo y giró en la dirección opuesta a la que había venido. Solo tardó unos segundos en decidir qué tenía que hacer.

Una vez que el carruaje comenzó a moverse frente al salón de té, Joey Barton hizo que el otro hombre le atara las manos detrás de la espalda con una cuerda, así como los tobillos, y le pasó un paño sucio y maloliente por encima de la boca. Cada vez que respiraba, sentía un olor rancio y espantoso que le provocaba arcadas.

Lo cual podría significar una muerte instantánea pues al tener la boca tapada, si devolvía, no tendría por dónde salir el vómito.

Cerró los ojos intentando bloquear la realidad de su situación. Marcus nunca la iba a encontrar. La iría a buscar al burdel de Londres mientras ella estaría en un barco que se dirigía a Australia. Habría salido de Inglaterra mucho antes de que él se enterara de lo que le había sucedido.

Si es que alguna vez *lo llegaba a saber.*

Sus ojos se llenaron de lágrimas. No estaba segura de si era porque de nuevo la iban a obligar a trabajar en un burdel, o porque nunca más volvería a ver a Marcus.

El hombre al que amaba.

Su caballero de brillante armadura.

Marcus, mi amor. Si nunca te vuelvo a ver, por favor intenta olvidarme y seguir adelante. Pero debes saber que yo siempre te voy a amar.

Después de unos minutos revolcándose en la autocompasión, recuperó la rabia que tanto la había ayudado desde que comenzara su terrible experiencia. No iba a renunciar a su única oportunidad de ser feliz. Marcus era el marido perfecto para ella. Era amable, considerado y estaba dispuesto a ayudarla a superar su miedo a la intimidad. Tenía que encontrar la manera de salir de todo este lío.

Unas tres horas más tarde, Lizbeth vio por la ventanilla del carruaje que estaban llegando a los muelles de Bristol. Había sido un viaje largo y agotador en el que había transitado entre el dolor y la ira. El camino estaba lleno de baches y le costaba ir sentada, pero se había negado a ir tirada en el suelo como si fuera un animal.

Los hombres se habían mantenido en silencio durante todo el viaje.

Había un gran ajetreo en el muelle, y había varios hombres que corrían de un lado a otro por las pasarelas de los tres barcos atracados. Uno de los barcos estaba siendo cargado con palés cargados de mercancías y alimentos mientras los trabajadores soltaban una gran cantidad de gritos y palabrotas.

El carruaje disminuyó la velocidad y se detuvo.

—Quédate aquí con la chica. Vuelvo enseguida.

Joey Barton pasó por encima de ella y salió del carruaje. Lizbeth miró al otro hombre, que la miraba de reojo. Ella movió su trasero de manera que quedó encajada en la esquina del carruaje.

El hombre se acercó a ella lamiéndose los labios.

—Voy a pedirle a Barton que me deje probarte antes de que te vayas. Le voy a dar un muy buen uso a tu boca.

Entonces se agarró la entrepierna haciendo que a ella se le revolviera el estómago y tuviera que hacer un esfuerzo para no ponerse a vomitar.

Piensa, Lizbeth. No vuelvas a ser su víctima.

Durante el viaje, había estado tirando poco a poco de la tela deshilachada con la que le habían atado las manos, y se había aflojado un poco. No lo suficiente como para liberar ninguna de sus manos, pero si seguía insistiendo, tal vez se terminaría por romper.

Tanteó con los dedos y tocó el pasador metálico que sujetaba la puerta a la carrocería del carruaje. Rápidamente arrastró los pies hasta que consiguió frotar la tela contra el metal.

Afortunadamente, el hombre que la custodiaba estaba ocupado mirando por la ventana y no advirtió los movimientos de sus brazos. Continuaba luchando para romper la tela y había comenzado a transpirar. Se estaba haciendo daño en piel de la muñeca pero no dejaba de restregar.

Levantó la cabeza para mirar a su guardia cuando sintió la tela se rasgaba. Seguía mirando por la ventana, y no se dio cuenta cuando sus brazos se liberaron al romperse la tela.

Lizbeth respiró hondo y pensó en su situación. Tenía las manos libres, pero los tobillos atados. No tenía la posibilidad de huir

corriendo, y, evidentemente, saltar no era la mejor opción para escapar.

De hecho, esa visión aligeraba un poco su estado de ánimo.

De pronto los ojos del guardia se abrieron de par en par, se acercó a la puerta y la abrió. Enseguida oyeron ruido de carreras, gritos y finalmente los disparos de una pistola. El hombre la miró como si estuviera tomado una decisión.

—No voy a perder el culo por ti, muchacha.

Con esas palabras, se bajó del carruaje y echó a correr dejando la puerta abierta balanceándose de un lado a otro mientras desaparecía de la vista de Lizbeth.

Marcus se arriesgó en ir a buscar a Nick, que no quería pasar demasiado tiempo lejos de su nueva esposa, y se dirigió a su casa tan pronto como salió de la librería. Si alguien podía ayudarlo, ese era Nick Smith.

Después de recibirlo en la entrada le pidieron que esperara en el salón. Tras dar vueltas de un lado a otro durante unos tres minutos, que le parecieron diez, Nick y Pamela llegaron corriendo a la habitación. El rubor que se apreciaba en la cara de Pamela y su moño deshecho le indicaron que probablemente estaban disfrutando de un momento "privado" antes de que Nick se fuera a *The Lion's Den*.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Nick en cuanto entró en el salón.

Marcus dejó de dar vueltas.

—Secuestraron a Lizbeth de nuevo.

El solo hecho de decirlo en voz alta hizo que le volviera la sensación de pánico con toda su fuerza.

Nick hizo un gesto hacia una silla frente a la chimenea.

—Dime todo lo que sabes.

Marcus ignoró la silla y siguió dando vueltas mientras se pasaba los dedos por el pelo.

—Contraté a un hombre hace un par de semanas para que siguiera a Lizbeth cuando saliera de casa. No se lo dije porque no estaba seguro de que aprobara mi paternalismo, pero necesitaba

asegurarme de que, si no podía estar con ella, alguien la iba a cuidar.

Nick asintió y se acercó al aparador. Sirvió dos copas de brandy y le entregó una a Marcus.

—Continúa.

Pamela se sentó en el brazo de una silla y tomó una mano de Nick entre las suyas.

Marcus se bebió el brandy de un trago.

—Preferiría contarte el resto de camino a Bristol.

—¿Bristol?

—Sí. Debemos irnos de inmediato.

Pamela asintió.

—Iré c-contigo.

El rostro de Nick se suavizó mientras miraba a su esposa.

—No puedes ir, amor. Te quedarás aquí sana y salva, y cuidarás de ti y de mi hijo.

Le dio unas palmaditas en el vientre ligeramente redondeado.

—Pero p-puede que necesite que la co-consuelen —dijo Pamela mientras seguía a Marcus y Nick hasta la puerta principal.

—Mallory le brindará todo el consuelo que necesite. —Miró a Marcus con las cejas levantadas—. ¿Verdad?

Marcus sonrió por primera vez desde que llegó a la librería.

—Sí. Lizbeth ha aceptado casarse conmigo.

Nick asintió bruscamente.

—Entonces vamos a buscar a tu prometida.

Justo antes de que se abriera la puerta, Nick se acercó a su esposa, la inclinó sobre su brazo y la besó intensamente.

—Espérame —murmuró mientras Marcus y el portero sonreían.

Cuando se alejaron Pamela parpadeó un par de veces como si estuviera aturdida y se dio palmaditas en los lados del cabello.

Montaron en sus caballos, y Marcus le contó a Nick todo lo que sabía mientras galopaban justos hacia Bristol.

Cuando la puerta del carruaje se abrió por un golpe de viento, después de que el hombre que la custodiaba se fuera con tanta prisa, Lizbeth vio que dos carruajes se acercaban al barco que

supuestamente la iba a llevar a Australia. Alcanzó a ver la palabra *Policía* en letras doradas en negrita estampada a los lados de los vehículos. Detrás de ellos venía un gran carro tipo vagón, con los costados abiertos.

Enseguida un grupo de bobbies descendió de los dos primeros vehículos y se puso a dar vueltas por los muelles. Detuvieron a unos hombres que estaban hablando entre ellos, que obviamente habían sido tomados por sorpresa. Otros tres policías se apresuraron a subir por la pasarela y entraron en el barco.

Además, otros dos *polis* tuvieron que ponerse a perseguir a otros cuatro hombres que salieron corriendo de los muelles. Sonaron silbatos, continuaron los gritos y se disparó un tiro desde alguna parte.

Lizbeth consiguió quitarse la tela de la boca y se deslizó sobre su trasero hasta que sus pies atados quedaron colgando al borde del carruaje. Gritó pidiendo ayuda hasta dolerle la garganta, pero con el ruido que había nadie se daba la vuelta. Justo cuando estaba a punto de saltar, Joey Barton apareció de la nada y la empujó hacia adentro de nuevo.

—No vas a ninguna parte. Ya me has causado suficientes problemas. Voy a sacar dinero por ti.

Como un poseso, cerró la puerta del carruaje y saltó al asiento del conductor, sin darse cuenta, o sin importarle, que ella ya no tenía las manos atadas. Entonces ella intentó desesperadamente, aunque en vano, desatarse los nudos de la cuerda que le ataba los pies. Pero tan pronto como el hombre se acomodó en la parte superior del carruaje y este comenzó a rodar, ella abrió la puerta y saltó.

Rodó e intentó frenar su caída con las manos.

—¡Lizbeth!

Levantó la vista y vio a Marcus abalanzarse sobre ella desde lo alto de su caballo. Su compañero, que parecía ser Nick Smith, pasó junto a ellos para perseguir el carruaje de Barton.

Marcus había saltado de su caballo sin que se hubiera detenido del todo. La tomó en sus brazos y la observó de cerca.

—¡Oh! ¿Estás bien?

Cuando Lizbeth sintió su cuerpo cálido y fuerte, y su aroma tan personal, se puso tan contenta que sus ojos se llenaron de lágrimas.

Se desplomó apoyada contra él, y por primera vez en años se sintió segura.

—Ahora, sí.

Capítulo 17

Marcus continuó acunándola en sus brazos un buen rato.

—Nick y yo agotamos a nuestros caballos con la esperanza de rescatarte antes de que te metieran en ese barco.

Cuando la miró, juró que en el futuro nunca la iba a dejar alejarse más de tres pasos de él.

—Ya me puedes bajar.

El rubor que vio en su rostro lo cautivó. Con todo lo que había pasado, todavía le avergonzaba que la tuviera en brazos.

Enseguida la dejó en el suelo, aunque bastante reacio a hacerlo. Todavía sujetándole un brazo para que no perdiera el equilibrio, metió la mano en su chaqueta y sacó un cuchillo con el que cortó la cuerda que le ataba los tobillos. Ella se estremeció, y él se sacó su abrigo y se lo puso.

Lizbeth lo estrechó a su cuerpo y se frotó los brazos de arriba y abajo mientras observaba lo que ocurría frente a ellos. Los policías arrastraban a algunos hombres hasta el vagón para encerrarlos dentro, mientras otros perseguían a los que intentaban huir.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

Marcus le rodeó los hombros con un brazo.

—La señora O'Leary. Me costó un poco persuadirla, pero finalmente me lo contó.

Lizbeth se echó hacia atrás y lo miró.

—¿La señora O'Leary? ¿No está en la cárcel?

—Sabes, no lo pensé. —Marcus frunció el ceño—. Pero tienes razón. Debería estar en la cárcel robarte las pinturas. Sin embargo, cuando me enteré por Maxim de que te habían secuestrado, corrí a su casa asumiendo que tenía que saber lo que te había ocurrido.

—¿Maxim?

—Mmm. Sí. ¿Te acuerdas del hombre al que le diste una patada tan fuerte que se golpeó la cabeza contra el pavimento cuando te cogieron delante del salón de té?

—Sí.

—Le pagaba para que te siguiera en caso de que te vieras en problemas.

Marcus esperaba que se lo reprochara, pero en lugar de eso, Lizbeth se limitó a mirarlo con la boca abierta.

—¿Y yo lo dejé noqueado?

—Me temo que sí.

Lizbeth negó con la cabeza.

—Bueno, eso no funcionó tan bien. Pero volvamos a la señora O'Leary. No me puedo creer que no estuviera en la cárcel.

Fueron interrumpidos cuando un hombre se acercó a ellos.

—¿Inspector Lewis? —Dijo Marcus.

Al parecer, las sorpresas del día no habían terminado. El alguacil Pemberton se acercó a su lado.

—No sé por qué estáis aquí, pero os habéis metido en medio de una redada —gruñó.

—¿Redada? —Dijeron los dos al mismo tiempo.

El inspector se llevó las manos a los lados.

—Ahora mismo, hay agentes en Londres y Bath, así como en Bristol, deteniendo a docenas de personas implicadas en secuestros como el suyo, señorita Davenport.

Lizbeth levantó la barbilla.

—Entonces, ¿finalmente reconoce que fui secuestrada? Sin embargo, inspector, no nos hemos metido *en medio de esta redada*. Me volvieron a secuestrar y me estaban llevando a ese barco. —Hizo un gesto con el brazo hacia el barco donde más de una docena de hombres eran obligados a cruzar la pasarela con las manos atadas a la espalda—. Afortunadamente, el señor Mallory vino a rescatarme.

El hombre les hizo un gesto cortante con la cabeza.

—Muy bien. Me alegro de que todo esté bien, pero ahora debo pedirles que se vayan para que podamos continuar con nuestro trabajo.

Marcus tomó el brazo de Lizbeth para hacer que avanzara.

Pero enseguida le soltó el brazo.

—Un momento, inspector. —El hombre se volvió hacia ella—. El señor Mallory se enteró dónde estaba yo esta noche porque se lo dijo la señora O'Leary. ¿Por qué no está en la cárcel?

El inspector miró a Pemberton y se aclaró la garganta.

—La señora O'Leary nos proporcionó información detallada sobre los secuestros y los burdeles. Gracias a su ayuda fue posible hacer esta redada.

—¿Sí? —Dijo Lizbeth alargando la palabra.

Marcus, que comenzaba a entender lo que había sucedido, le pasó un brazo por los hombros para asegurarse de que no fuera a agredir al inspector y acabara en la cárcel junto al resto de maleantes.

—A menudo, los delincuentes pueden tener sentencias más leves si ayudan a resolver otros delitos.

El inspector comenzó a retroceder, como si volver a la refriega que se estaba desarrollando detrás de ellos fuera más seguro que la expresión que vio en el rostro de Lizbeth.

Debió de darse cuenta de adónde iba el inspector Lewis al decirle eso, porque se sonrojó.

—¿Qué está diciendo exactamente, inspector?

—Dado que el robo de sus pinturas no generó ningún beneficio a la señora O'Leary, ya que el galerista nunca le pagó, los cargos en su contra fueron retirados a cambio de que delatara a todos los implicados en los secuestros.

—¡¿Qué?!

Marcus la agarró con más fuerza y tiró de ella hacia atrás.

—Busquemos una posada donde podamos pasar la noche.

—¡No!

Lizbeth zafarse, pero él la agarró con fuerza.

—Vamos, cariño. —Marcus sentía en las manos que todos sus músculos estaban tensos—. Ven. Tienen mucho trabajo por delante.

Justo en ese momento, Nick llegó a los muelles conduciendo un carruaje. Tiró de las riendas de los caballos, bajó de un salto y se dirigió al inspector.

—Joey Barton está dentro del carruaje. Puede que esté dormido. —Se encogió de hombros—. O noqueado. O tal vez muerto. No estoy seguro. —Se llevó las manos a las caderas e hizo un gesto a Lizbeth—. Bienvenida de nuevo, señorita Davenport.

—Gracias.

El inspector habló con Pemberton y después se marchó para unirse a los demás. Pemberton abrió la puerta del carruaje y arrastró a Joey Barton inconsciente, o tal vez muerto.

Nick sonrió cuando la cabeza del hombre tocó el suelo.

—Me voy a casa. No quiero dejar a mi esposa sola durante demasiado tiempo. Le gusta meterse en problemas.

Marcus se acercó a él y se dieron un apretón de manos.

—No sé cómo agradecerte lo suficiente por lo que has hecho.

—Haría cualquier cosa por un amigo.

Le guiñó un ojo a Lizbeth, que miró a su alrededor.

—¿Dónde está tu caballo?

Nick se dirigió a la parte trasera del carruaje.

—Atado de nuevo aquí. Primero voy a ir a la estación de tren para ver si sale un tren dentro de poco con vagón de transporte de animales para evitar que el pobre animal tenga que volver a Bath conmigo a cuestas.

Nick desató el caballo, se montó en él y, con un pequeño gesto con la cabeza, se alejó de Marcus y Lizbeth que lo miraban fijamente.

—Es un hombre maravilloso. Estoy muy contenta de que todo haya salido bien entre él y Pamela —suspiró Lizbeth.

Marcus la acompañó hasta el caballo y la depositó sobre su lomo. Después trepó por detrás de ella y la rodeó con sus brazos, agradeciendo haber llegado a tiempo.

Encontraron un lugar respetable para pasar la noche, y Lizbeth no protestó porque pidiera una sola habitación. Parecía tan cansada que Marcus se preguntó si se había dado cuenta de lo que había hecho.

Después pidió que le prepararan un baño caliente y se dirigió al comedor para pedir la comida que él mismo llevaría a la habitación cuando ella terminara de bañarse. Mientras tanto, esperó en una pequeña mesa del comedor, se bebió una copa de brandy y vigiló la puerta principal para que no entrara nadie cuyo aspecto no le gustara.

Al repasar los acontecimientos de la noche, decidió que si iban a unir sus vidas, se aseguraría de que nadie volviera a hacerle daño.

Al cabo de media hora, la esposa del posadero se acercó a la mesa para decirle que Lizbeth había terminado de bañarse. Cogió la comida del comedor y rápidamente subió las escaleras.

Lizbeth estaba sentada en medio de la cama, completamente vestida. Colocó la comida en una mesita, se acercó a la cama y se sentó a su lado.

—No quiero que te molestes porque tengamos la misma habitación. Firmé como si fuéramos una pareja casada, así que no tendremos problemas. Lo único que quiero hacer es acostarme a tu lado y abrazarte. Nada más.

Ella asintió.

—Confío en ti.

Probablemente confíes en mí más de lo que yo confío en mí mismo en este momento.

Terminaron de comer y se metieron en la cama. Pensó que no sería una noche demasiado complicada, pues aunque tuviera que dormir al lado de Lizbeth, estaba muy cansado. Cuando se acomodaron, y se subieron la manta hasta el cuello, la atrajo hacia él, y ella movió su hermoso trasero hacia su cuerpo suspirando de satisfacción. Los ojos de Marcus se abrieron de par en par y se le activaron todos los nervios del cuerpo.

Incorrecto. Iba a ser una noche muy, muy complicada.

Lizbeth se apartó de la ventana cuando Pamela, Addie y Lottie irrumpieron en su dormitorio.

—¡Hemos venido a ayudar a vestirse a la novia! —Dijo Addie.

Habían pasado dos semanas desde el último intento de secuestro. Con todo lo que había pasado, Lizbeth no deseaba tener una gran boda. Solo quería que asistieran amigos cercanos y familiares, a lo que Marcus accedió. Habían pasado algún tiempo a solas, pero él siempre había respetado su reticencia a hacer algo más que besarse.

Esperaba que con el tiempo sus temores se disolvieran, ya que Marcus merecía algo mejor de lo que ella le proporcionaba.

—Ha sido muy amable de tu parte que me hayas prestado el vestido, Addie. No había podido acudiera a la cita con la modista y

con una boda apresurada no había habido tiempo para que le hicieran un vestido nuevo. En cambio, le adaptaron muchos trajes de Addie para que se los pusiera en su viaje de bodas, con la promesa de Marcus de que le iba a comprar un guardarropa nuevo y completo a su regreso.

—No es un préstamo, como ya te he dicho. Desde que nació mi pequeña, Judith, ya no me cabe nada. Grayson me ha dado permiso para comprarme todo lo que quiera. —Bajó la voz y miró a las otras mujeres—. Los hombres se sienten tan terriblemente culpables después de que nace el bebé, pues oyen muchos gritos, y se sienten más que felices por poder comprarte lo que quieras. —Le dijo guiñándole un ojo.

Todos se rieron, y Pamela colocó una mano sobre su vientre en crecimiento, al igual que el de Lottie, que estaba mucho más cerca de que Carter la colmara de regalos de "agradecimiento" que Pamela.

—Aquí estamos, Lizbeth —dijo Addie mientras sostenía un hermoso vestido rosa pálido.

Cuando comenzó a prepararlo para pasárselo por la cabeza, Lizbeth levantó una mano.

—Espera.

—¿Qué? —Preguntó Addie con el ceño fruncido.

Lizbeth se retorció las manos y se puso a caminar en círculos.

—Hay algo que quiero que todas sepáis. —Se detuvo un instante y las miró de frente—. Por favor, decidme si creéis que estoy siendo egoísta al casarme con Marcus.

Addie enarcó las cejas.

—¿Por qué lo dices? ¿Por qué piensas eso?

—Porque soy una mujer mancillada. —Para su vergüenza, sus ojos se llenaron de lágrimas y una rodó por su mejilla—. Ni siquiera puedo...

—Qué, cariño —dijo Lottie mientras se acariciaba el pelo.

—Ofrecerle una verdadera noche de bodas. Todavía tengo miedo por lo que pasé en el burdel.

Addie la tomó de la mano y la llevó a la cama donde ambas se sentaron. Lottie y Pamela se sentaron a ambos lados de ellas.

—¿Lo sabe Marcus? —Preguntó ofreciéndole un pañuelo.

Lizbeth tomó el pañuelo y se palmeó los ojos, intentando de no tener la cara roja e hinchada cuando bajaran a reunirse con los hombres y el vicario.

—Sí. Lo sabe desde hace mucho tiempo. Incluso antes de que me propusiera casarme con él.

—Entonces, ¿por qué te preocupa? —Preguntó Pamela.

—Porque siento que lo estoy engañando. ¿Qué pasa si nunca supero el rechazo que tengo a que mi esposo me toque?

Addie le pasó un brazo por un hombro.

—Conozco a Marcus de toda la vida. Es un hombre muy paciente...

—Eso me dice todo el tiempo.

—Y él te ama. ¿Y tú lo amas?

—Con todo mi corazón. Pero tal vez no sea suficiente.

Lottie se inclinó para mirar a Lizbeth.

—Tengo una idea. ¿Por qué no hablas con la doctora Stevens?

—¿La doctora Stevens?

—Sí. La doctora Rayne Stevens. Seguro que la conociste cuando nació Judith. Es una buena doctora y, como mujer, podría darle algún consejo. —Lottie señaló a las amigas sentadas en la cama—. Es la doctora de las tres, y confío profundamente en ella.—Lottie sonrió—. Y aún más impresionante es que Carter confía en ella.

—Igual que N-Nick.

—Y Grayson. —Addie se puso en pie— Basta ya. Es hora de vestir a la novia. — Hizo que Lizbeth se levantara de la cama y la abrazó—. Estoy muy contenta de que vayamos a ser hermanas.

—Yo también.

Finalmente volvía a tener una familia.

Marcus charlaba con Nick, que iba a ser su padrino, pero seguía mirando las escaleras de reojo a la espera de que Lizbeth bajara. Pensaba que a estas alturas ya tenía que haber aparecido y cada vez estaba más preocupado de que hubiera cambiado de opinión. Se pasó un dedo por el interior del cuello y trató de concentrarse en lo que Nick le decía.

Cuando alzó la vista al oír sonido de los pasos y vio a Lottie y a Pamela bajando las escaleras, Lottie se acercó a él.

—Creo que deberías subir a hablar con Lizbeth.

Los latidos de su corazón se aceleraron.

—¿Qué pasa?

Pamela le dio unas palmaditas en la mano.

—Nada, de v-verdad. Solo son nervios de n-novia, pero creo que verte la a-ayudará.

Aterrorizado de encontrarse a su novia trepando por una ventana intentando escapar, corrió escaleras arriba y se encontró con Addie que ya bajaba.

—¿Cómo está Lizbeth?

—Bien. Pero necesita hablar contigo.

Addie se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

Después se dirigió a la habitación en la que ella se había quedado y llamó a la puerta.

—¿Lizbeth?

La puerta se abrió y estuvo a punto de caer de rodillas. Estaba hermosa, deslumbrante y encantadora.

Y llorando.

—Cariño, ¿qué te pasa?

Entró en la habitación y cerró la puerta.

Ella se arrojó a sus brazos.

—Tengo miedo.

Se echó hacia atrás para ver su rostro y le secó una lágrima con el dedo.

—Yo también.

Ella se secaba las mejillas con un pañuelo empapado.

—¿Por qué deberías tener miedo?

Marcus se encogió de hombros.

—Porque nunca me he casado antes.

—No, pero ya... antes.

Se acercó a su oído, y se le escapó una pequeña sonrisa.

—¿Qué he hecho antes?

Marcus hizo un gesto con la mano.

—Ya sabes.

Colocó sus manos sobre sus hombros.

—Sí, mi amor, lo sé. También sé que te amo tanto que me aterra la idea de no estar contigo cada minuto de mi vida. —Le levantó la barbilla con un dedo—. Estamos juntos en esto. Cualesquiera que sean los problemas que tengamos en nuestra vida, los enfrentaremos como si fuéramos una sola persona. Sean los que sean. Ya no estás sola.

Lizbeth lo observó durante un minuto y respiró hondo.

—Yo también te amo. Y ahora creo que es el momento de que celebremos nuestra boda.

Con una sonrisa burlona se acercó a la puerta, la abrió y le indicó que pasara.

—El vicario nos espera.

De hecho, el vicario los esperaba. Y también el resto de su vida.

Juntos.

Epílogo

Ocho meses después

—Rayne, lo siento, sé que eres la doctora, pero estoy segura de que estoy embarazada de gemelos. Todavía me quedan tres meses y estoy tan grande como una casa.

Lizbeth se frotó la parte baja de la espalda mientras se acomodaba en la silla de su salón ajustándose una almohada contra la espalda.

—Como ya te dije, dadas todas las señales, es muy posible. Sin embargo, solo siento un bebé en este momento, pero es posible que estén situados de tal manera que el segundo esté, a falta de una palabra mejor, escondido.

Marcus entró en el salón.

—Ah, buenas tardes, doctora Stevens. ¿Cómo está mi esposa?

Lizbeth sonrió alegremente a su esposo, que se acercó a ella, tomó su mano y le dio un delicado beso. La doctora Stevens sonrió al ver que Lizbeth se sonrojaba.

—Acabo de terminar el examen y está muy bien, señor Mallory. Saludable y feliz. Lo mejor para ser una futura madre.

—Ya que todas las mujeres de nuestro grupo de amigos se llaman por su nombre de pila, como usted es su médico, le sugiero que no hace falta que me llame por mi apellido.

—Sí. Y tampoco hace falta que me llames doctora Stevens.

—¿Te quedarás a cenar con nosotros?

Marcus se sirvió una copa brandy, se unió a las damas y se acomodó en una silla frente al sofá donde estaban ellas. No se molestó en ofrecer algo de beber a Rayne, ya que nunca había tomado ningún tipo de licor.

—Me temo que no. Tengo un paciente en la enfermería que tengo que atender. —Apretó los labios y negó con la cabeza—. Es un joven caballero que se encontraba en pésimas condiciones y los

imbéciles de sus amigos lo dejaron tirado en la puerta de mi casa anoche.

Los ojos de Lizbeth se abrieron de par en par.

—Oh.

—Sí. Tengo entendido que tiene fama de ser un disipado, un libertino y de que tiene otros hábitos desagradables. —Miró a Marcus—. De hecho, según Lottie, a quien estuve viendo antes porque su hijo pequeño tenía fiebre, le hizo la vida complicada hasta que Carter fue a verlo para que dejara de acosar a su esposa. —Hizo una pausa—. Creo que se lo pidió a puñetazos.

—No te referirás a lord Sterling, ¿verdad? —Preguntó Marcus.

Lord Sterling se había enterado de que la madre de Lottie era una cortesana muy conocida en Londres, y le hizo comentarios insultantes hasta que Carter lo convenció para que dejara de hacerlo.

—Sí. Me temo que es la persona dejaron en mi puerta.

—¿Está muy mal?

Rayne se puso de pie y se dispuso a recoger su maletín, sus guantes y su gorro.

—Sí. Aunque su vida ahora no corre peligro, la hará si no cambia su comportamiento y la forma en que abusa de su cuerpo.

Marcus acompañó a la doctora hasta la puerta.

—Gracias de nuevo por cuidar tan bien de mi esposa.

Rayne sonrió.

—No puedo hacer mucho, pero te aseguro que tus cuidados diarios son lo que más hace feliz una mujer embarazada. —Se puso el abrigo y le ofreció una sonrisa—. Buenas noches, Marcus.

Cerró la puerta y se dirigió al salón donde estaba su esposa que lo hacía feliz cada día. Sonrió pensando en lo dispuesta que estuvo para curarse de sus miedos, prácticamente desde la misma noche de bodas. Y no pasó mucho tiempo hasta que sucumbió a sus... ¿encantos?

—No puedo creer que Sterling terminara en la puerta de Rayne. Se veía en su cara que ese hombre no le gusta.

Lizbeth palmeó el asiento a su lado.

Marcus se sentó en el sofá y le pasó un brazo por la espalda.

—Ese hombre lleva en pésimas condiciones desde hace un par de años. Lo conocí en Londres, y estaba bien hasta que se vino a vivir a Bath.

—Me pregunto qué habrá hecho que cambiara.

Marcus le pasó una mano por la cabeza y la apoyó en su pecho.

—No es asunto nuestro, mi amor. ¿Cómo está el bebé hoy?

—Dando patadas como loco. —Se sentó y se sujetó el estómago —. ¡Lo sabía!

Marcus se levantó de un salto, aparentemente listo para correr detrás de la doctora.

—¿Qué?

—A menos que nuestro bebé tenga cuatro pies, me acaban de patear aquí —se tocó un lado de la barriga—. Y aquí. —Se llevó la mano al otro lado.

—¿Gemelos?

Marcus empalideció.

—Eso parece. —Movió la mano de un lado a otro—. Sí. Son gemelos. Estoy segura.

Él se pasó los dedos por el pelo.

—¿Qué debo hacer?

—¿Hacer? —Parecía sorprendida—. ¿Qué quieres hacer?

—No lo sé. Algo.

Volviendo a tocar el asiento a su lado, dijo:

—Mi amor, tú ya has hecho tu parte. El resto depende de mí.

Sí, Marcus había hecho su parte. Se había encontrado con una mujer destrozada y había hecho que sanara. La había hecho vivir de nuevo. Sus pinturas se vendían bien y estaban teniendo un matrimonio maravilloso. Y pronto tendría un bebé, o dos bebés, para completar su familia.

Lizbeth detestaba pensar que la señora O'Leary se había salido con la suya por lo que le había hecho, pero a pesar de que nunca se había tenido que enfrentar a una pena de cárcel, se había visto obligada a vender la residencia. Y poco después, se había marchado de Bath.

Pero Lizbeth a menudo se preguntaba cuán diferente habría sido su vida si no la hubieran despedido, y después secuestrado. Lo más

probable es que nunca hubiera conocido a Marcus. Las cosas siempre sucedían por alguna razón.

—Están dando patadas otra vez —dijo sujetándose la barriga.

Marcus soltó un gemido.

Fin

Sobre la autora



Una de las autoras más vendidas de la lista del USA Today, Callie Hutton, ha escrito más de 45 libros de romance histórico y de misterio. Vive en Oklahoma con su familia, muy unida y animada, que incluye a sus nietos gemelos, conocidos cariñosamente como "Los Twinadoes".

A Callie le encanta escuchar a los lectores. Puedes ponerte en contacto con ella directamente en calliehutton11@gmail.com o encontrarla en línea en www.calliehutton.com.

Derechos de autor

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos están reservados, incluido el derecho de reproducción, distribución o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio. Para obtener información sobre los derechos subsidiarios, póngase en contacto con la autora.

Sitio web de la autora: http://calliehutton.com/
Diseño de portada por Maria Connor, My Author Concierge
Hecho en Estados Unidos de América

Primera Edición Abril 2020